ELÉCTRICO: VOLUMEN UNO

CARGA

Siempre cuento mis aventuras en la cama.

AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

E. L. TODD

CARGA

Eléctrico #1

E. L. Todd

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o del autor, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing

Carga

Copyright © 2018 por E. L. Todd

Todos los derechos reservados.

Prólogo

Volt

Mi historia se ha contado ya un millón de veces.

Era un semental salvaje al que era imposible domar. La libertad resonaba dentro de mi corazón como lo habría hecho el tañido de una campana. El futuro no tenía poder sobre mí, porque sólo le prestaba atención a lo que me esperaba al día siguiente. Vivía el momento, lo saboreaba y podía sentirlo en la sangre de mis venas.

Hasta que la conocí.

Ella me puso los pies en la tierra con la misma fuerza de la gravedad. Me puso en mi sitio como si contase con la habilidad de mover montañas o de fijarlas en el terreno con un simple deseo.

Y nunca volví a moverme.

—¿Qué le parece? —La vendedora me tendió el anillo. Se trataba de un diamante talla princesa de una calidad exquisita. Con cada movimiento de su mano, los prismas contenidos en el interior de la joya bañaban las paredes con los tonos del arcoíris.

Era perfecto.

—Genial. Lo necesitaré en una talla cinco.

La vendedora sonrió, pero no porque acabara de hacer una venta y probablemente de ganarse una comisión; sonrió de verdad, una de esas sonrisas que se reflejaban en los ojos.

—Le encantará. Confíe en mí.

Le encantaría cualquier cosa que le regalase, pero definitivamente adoraría aquel anillo.

* * *

Mi chaqueta parecía haberse vuelto mucho más pesada de lo que lo había sido en el momento de entrar en la tienda; era como si tuviera un peso invisible sobre los hombros, proporcionándome una presión que parecía más cálida que agobiante. Saqué el móvil y llamé a la primera persona que se me ocurrió.

—Oye, ¿quieres salir? —sonó la voz de Derek desde el otro lado del teléfono, y, a juzgar por la conversación que se oía de fondo, no estaba solo. Parecía que Jared estaba con él, junto con los demás

chicos.

Lo cual resultaba perfecto.

—Tengo una noticia importante.

—¿Tu seguro ha aceptado el implante de polla?

Nada podía herir mi orgullo aquella noche; estaba hecho de acero puro.

—No. Me han dicho que tu trasplante de cerebro tenía prioridad.

—Vaya corte… —No podía verle la cara, pero su tono dejaba claro que había puesto los ojos en blanco—. ¿Vas a decírmelo, o tengo que pasarme una hora intentando adivinarlo?

Tenía el anillo escondido en lo más hondo del bolsillo, a salvo de cualquier arañazo dentro de su cajita negra. El forro de terciopelo y la capa protectora lo mantendrían brillante y limpio, listo para que lo revelase en el momento adecuado.

—Voy a pedirle matrimonio.

—Vete a la mierda, tío.

—Hablo en serio.

—¿Qué? ¿Volt Rosenthal va a tomar esposa? —Noté que se había separado del teléfono; su voz me llegaba ahogada—. Tíos, escuchad esto. Volt acaba de decirme que va a pedir matrimonio.

Al instante se oyeron gritos, chillidos y palabras del todo incomprensibles.

Derek volvió a ponerse al teléfono.

—¿De dónde ha salido esa idea? Ni siquiera sabía que estuvieras pensando en casarte.

—Bueno… a veces simplemente sabes que es el momento. —No llevábamos juntos mucho tiempo, sólo un año, pero conocía a parejas que llevaban juntas cinco y que resultaba más que claro que no estaban listas para casarse. El tiempo era subjetivo, y dependía de quién lo estuviera viviendo—. Acabo de comprar el anillo.

—Caray, así que vas en serio.

Fue mi turno de poner los ojos en blanco.

—Sí.

—Entonces está claro que tenemos que salir de fiesta. ¿Dónde quieres que quedemos?

Llegué al borde de la acera y dejé que la gente pasara de largo a mi lado. Manhattan era una de las ciudades más grandes del planeta, pero sus siete millones de habitantes hacían que pareciera mucho más pequeña. Mis ojos se desviaron hacia el bar que había una manzana más lejos.

—¿Qué tal Tito's?

—¿Tito's? ¿Dónde cojones está eso?

—En la esquina de la Veintitrés con Broadway.

—No he estado nunca, pero es tu noche. Te veo en diez minutos.

—Diez cuatro.

Derek acabó la frase.

—Cambio y corto.

Me guardé el teléfono en el bolsillo de los vaqueros y sentí como caía presa de los nervios. Ahora que se lo había dicho a mi mejor amigo, todo acababa de hacerse muy real; tenía un caro anillo de compromiso en el bolsillo y una pregunta que hacer. Me imaginé arrodillándome y lo que sentí fue entusiasmo; sus ojos azules parecerían todavía más brillantes, y la misma felicidad que ardía en mi corazón estallaría en su sonrisa como fuegos artificiales. Estaba decidido, no asustado.

En cuanto el semáforo se puso en verde cruce la calle, dirigiéndome a la entrada del bar. No había estado nunca antes, pero era una de las cosas hermosas que tenía Manhattan: podías vivir en la ciudad toda tu vida, y aun así no la habrías experimentado por completo.

Entré y sentí el calor corporal de todo el mundo aplastándome. Mi chaqueta resultaba sofocante, pero me la dejé puesta para poder sentir el diamante en el bolsillo; prefería sudar como un cerdo antes que arriesgarme a perderlo. Cuando miraba el diamante veía su rostro, no podía reemplazarlo sin más.

Estaban emitiendo los playoffs de la liga de hockey, y todo el mundo se apretujaba para ver el partido mientras se desarrollaba. Me dirigí al bar para pedir una copa, pero me detuve al reconocer a alguien.

Me llamó la atención una mujer, con el cabello largo y rubio y una figura menuda y delicada, a la que conocía mejor que a nadie. Sus ojos azules eran suaves, pero no parecían nada apagados; contenían una inocencia más pura que la nieve recién caída de los Alpes suizos. Eran como los cristales de hielo que pendían de los iglús, y reflejaban el profundo color azul del cielo.

Su piel era más clara que la de un melocotón maduro, suave al tacto y cálida contra los labios. La había saboreado en un millón de ocasiones, y su sabor era tan dulce como parecía.

Pero esos labios estaban besando a otra persona.

Iba vestida con unos vaqueros ajustados y oscuros que acababan en unas botas de tacón marrones; la única razón de que me fijara en eso fue que había sido mi regalo de cumpleaños. La vendedora de la tienda había pasado casi todo el día ayudándome a escogerlas, ya que yo no sabía una mierda de zapatos.

Estaba abrazada a la cintura de un tío, y lo miraba con una amplia sonrisa. Sus dientes perfectamente blancos y rectos se habían diseñado cuidadosamente para que encajaran en un rostro sin mácula. Él dijo algo y ella soltó una risita, y después volvió a besarlo.

Una vez más.

El camarero me preguntó qué quería tomar, pero sus palabras fueron poco más que un eco lejano. Mis oídos percibían lo que me estaba diciendo, pero mi cerebro se negaba a procesar los sonidos y convertirlos en información.

El tío le pasó las manos por los brazos y la sujetó por los hombros, apretándoselos suavemente. Tenía un poco de barba, producto de no haberse afeitado aquella mañana, y los ojos le brillaban al mirarla del mismo modo en que brillaban los de ella al mirarlo.

Y entonces lo entendí.

Era Leo… su ex.

No podía apartar la mirada, a pesar de lo mucho que me dolía verlos. El corazón no se me aceleró hasta adoptar un ritmo aterrador, sino que en su lugar se me ralentizó el pulso. Mi cuerpo fue apagándose, cortando la circulación a todos mis órganos.

Porque aquél era el único modo en que podía protegerme.

Nunca me había imaginado un momento como aquel, sencillamente porque nunca me había parecido siquiera una posibilidad, pero siempre había asumido que, si me encontraba en una situación así, lo que haría sería acercarme y darle al tipo una paliza de la que nunca fuera a recuperarse. Después miraría a la chica y diría algo tan cruel que la dejaría sumida en lágrimas.

Pero no hice nada de eso.

Seguí mirándolos, incapaz de creer lo que veía con mis propios ojos. Intenté pensar de manera lógica y darle el beneficio de la duda; puede que sólo estuvieran comportándose como unos amigos que se profesaban un gran cariño. Pero con cada beso esa posibilidad se desvanecía más y más. El tío ni siquiera era un cualquiera con quien se hubiera encontrado.

Tenían una relación.

La caja que llevaba en el bolsillo de repente pareció mucho más ligera al perder todo su significa e importancia. La imagen que tenía de cómo le iba a pedir la mano se partió como una rama seca. El sueño quedó hecho un millón de pedazos, rompiéndose para siempre. El dolor que me abrasó por dentro fue atroz; nunca había sentido nada parecido. Hubiese preferido una pierna rota o unas

costillas fisuradas antes que aquello.

Pero ni siquiera entonces sentí furia.

Sólo me sentía como un estúpido.

Ingenuo.

Y un inútil.

Tenía todo el derecho a ir hasta allí y decirle a aquella mujer que opinaba de ella. Tenía todo el derecho a montar un espectáculo y salir con un portazo. Tenía todo el derecho a decir lo que sentía en el corazón.

Pero no quería hacer nada de todo aquello.

Porque, en aquel momento, comprendí que mis sentimientos no importaban. Si había sido capaz de hacerme algo así, entonces no significaba nada para ella. Todos los besos y todas las caricias no eran más que una farsa. Estaba actuando.

¿Por qué iba a empezar a importarle ahora?

Aquella mujer no valía ni mi tiempo ni el dolor de mi corazón. Llamadme orgulloso, o cabezota, pero no iba a dejar que se enterase siquiera de lo que me había hecho. En realidad, iba a herirla mucho más profundamente de lo que ella me había herido a mí.

«Ya verá».

Capítulo 1

Taylor

Había cajas de cartón esparcidas por todo mi diminuto apartamento. El suelo de madera era del mismo color, por lo que resultaba difícil diferenciarlas. No es que tuviera muchas cosas, pero no por eso resultaba más fácil mudarse.

Los chicos llevaron mis muebles al salón, tanto el sofá nuevo que había comprado en Macy's como el resto de los muebles que conformaban mi sala de estar. Sus brazos fuertes se marcaban por los músculos cuando cargaban con el peso, y rompí a sudar con sólo mirarlos.

Sara entró cargando con dos cajas.

—Joder, ¿por qué pesa tanto?

Las cajas tenían la etiqueta LIBROS escrita en permanente negro en un lateral.

—La próxima vez lee las etiquetas.

Dejó caer las cajas en el suelo con un fuerte golpe, haciendo que temblase todo el piso. Se llevó las manos a las caderas e intentó recuperar el aliento.

—Tía, no tires mis cosas. Lo vas a romper todo.

—Los libros no se rompen.

—Así que *sí* que has leído la etiqueta.

Evitó la pregunta cambiando de tema.

—¿Para qué te hacen falta? Ya has acabado los estudios, ¿no?

—Siempre vienen bien para consultarlos.

—Para eso está Google y Wikipedia.

—Como académica, yo no uso Wikipedia.

Sara me miró con los ojos entrecerrados, dejando claro lo que pensaba con sólo una mirada.

—Vale, uso Wikipedia para todo. Pero no se lo digas a nadie.

—Ves.

Los chicos acabaron de descargar el camión y, una vez que les hube dado almuerzo y una buena propina, se marcharon. Sara y yo nos sentamos en el suelo del salón y empezamos a sacar todas mis cosas de las cajas poco a poco.

Sara abrió la de las decoraciones del salón: unas cuantas

esculturas y marcos de fotos. Cada vez que dejábamos de hablar y su mente empezaba a vagar, la expresión de su rostro se volvía triste. El pasado pesaba tras sus ojos, persiguiéndola.

—Gracias por ayudarme a vaciar las cajas.

Volvió a la realidad con brusquedad.

—No es nada. Como si fuera a dejar que mi mejor amiga lidiara con esto a solas.

—Ojalá hubieses mostrado la misma compasión con mis cosas…

Puso los ojos en blanco.

—Si en la caja hubiese puesto vajilla de porcelana, no la habría dejado caer.

—En realidad, la porcelana es más fuerte que los platos normales. Podrías tirarla contra la pared y seguiría intacta.

—¿Cómo sabes esas cosas? Todos esos detalles.

Me encogí de hombros.

—No lo sé, supongo que soy un poco esponja.

—¿Esponja?

—Ya sabes, lo absorbo todo.

Hizo una mueca al no comprender la referencia, y volvió a dedicarse a organizar mis cosas.

—¿Cuándo empiezas en el trabajo nuevo?

—El lunes. —Estaba terriblemente nerviosa, pero al mismo tiempo de lo más entusiasmada.

—Dar clase a esos mocosos engreídos en una escuela privada… —Arrugó la nariz en un gesto de desprecio—. Conmigo que no cuenten.

—No son mocosos engreídos, son niños.

—Lo que tú digas —respondió—. Pero aun así se limpiarán los mocos con tus blusas.

—Voy a darles clase a estudiantes de instituto, no a prescolares. —Sara no era precisamente maternal, y nunca lo había sido, pero ya le saldría el instinto cuando tuviera a sus propios niños. Le pasaba a todas las mujeres.

—Me pregunto si habrá profesores buenorros… —Movió las cejas de manera juguetona, pero era un poco ridículo con aquellas cejas tan rubias que casi parecían blancas. Costaba hasta verlas moverse.

—No importa si los hay o no; yo no me acuesto con mis compañeros de trabajo.

—¿Por qué no? —preguntó—. ¿Acaso no sería perfecto si te casaras con un profesor? Los dos tendríais los veranos libres.

—Admito que sería agradable, pero no es algo que tenga en

cuenta cuando busco a alguien. —Tampoco es que llevara una lista de prerrequisitos guardada en el bolsillo; estaba abierta a cualquier tipo de hombre, ya fuera divertido o extrovertido. Daba igual. Pero el salir con alguien con quien trabajaba lo que predecía era una catástrofe—. Me entusiasma más el estar por fin en un aula. Tengo la impresión de llevar siglos estudiando, y por fin podré hacer lo que me gusta.

—Y deben de estar pagándote bastante bien. Después de todo, es una escuela privada.

La paga no era excepcional, pero sí suficiente como para conseguir un apartamento decente, una cuenta de ahorros, y poder dedicar todavía una parte para gastos. No podía pedir nada más. Además, como profesora, recibiría una pensión, algo que resultaba tan raro hoy en día que casi había desaparecido por completo.

—No me quejo.

Sara ordenó los marcos de fotos, examinando la imagen de mis padres, mi hermano y yo en la cima del monte Rainier, en Washington. Sus ojos se detuvieron en ella más de lo necesario antes de seguir adelante.

—¿Va todo bien? —Percibía con facilidad su estado de ánimo; siempre había sido una persona muy intuitiva. Parte de mi trabajo se basaba en comprender las emociones humanas sin tener que preguntar, y si quería que mis estudiantes tuvieran éxito, entonces debía comprender qué necesitaban sin que fuera necesario que me lo dijeran.

—Sí, estoy bien. —Su voz desveló la pena que sentía en realidad. De repente sonó suave y ronca al mismo tiempo, como si estuviera reviviendo un recuerdo lejano que le ponía a prueba la voz sin necesidad de que hablase.

Supe qué era lo que le preocupaba sin necesidad que me dijera una palabra; su novio y ella habían roto un año antes, y el aniversario de la ruptura estaba a la vuelta de la esquina. No estaba segura de qué día era en concreto, pero sí que estaba cerca.

—¿Quieres hablar de ello?

—En realidad no.

Había terminado mi formación en la organización Enseña Por América en Nashville, Tennessee, así que llevaba lejos de Sara dos años. Habíamos sido mejores amigas desde la infancia, pero me fui a la universidad y después me mudé al sur. Mantuvimos el contacto a través de mensajes y alguna llamada por Skype, pero nos habíamos perdido grandes momentos en la vida de la otra.

—Todavía se me hace difícil, ¿sabes?

Me entretuve con los platos, organizando la cubertería y los vasos. Cada uno estaba protegido por una capa de plástico de burbujas, y tenía que retirarla con mucho cuidado antes de colocarlos uno a uno en el suelo.

—Se vuelve más fácil a medida que pasa el tiempo, pero nunca lo superaré del todo.

—Estarás bien, Sara. El sanar lleva tiempo.

—Pero supongo que lo no me deja dormir es no saber qué pasó. —Le tembló ligeramente el labio inferior, pero no le asomaron lágrimas a los ojos—. Estábamos bien. Éramos felices juntos, y todo era perfecto… Y después se marchó, sin más.

—Quizás hubiese otra persona. —Nadie quería considerar la idea de que su pareja les estuviese siendo infiel, pero aquello no significa que no fuera una posibilidad.

—No. Él no haría algo así. —No hubo ni un atisbo de duda en su voz.

Yo no había llegado a conocer a aquel hombre, así que no tenía ninguna opinión sobre él, y en la época en que empezaron a salir todavía pude hablar menos con Sara de lo que lo hacía habitualmente. De hecho, ni siquiera sabía qué aspecto tenía; Sara había reunido todas sus fotografías y las había guardado en una caja bajo la cama.

—Entonces puede que sencillamente sus sentimientos cambiaran.

—Pero la última vez que lo vi, todo era normal. Me dijo que me quería, y me besó… —Negó con la cabeza, como si aquello fuera a librarle del dolor—. Pero la siguiente vez que nos vimos, me dio la patada. No voy a intentar pintarlo de rosa, eso fue lo que hizo: *me dio la patada*.

—¿Le preguntaste por qué?

—Claro que sí. —Dejó de organizar los libros y se quedó mirando el suelo—. Pero dijo que sencillamente quería espacio. Y se marchó sin una palabra.

—¿Es posible que estuviera enfadado por algo?

—No… —Siguió con la mirada nublada.

Quedarse en el pasado y analizar cada palabra de una conversación antigua no era nada saludable; muy pronto la gente empezaba a ver cosas que nunca habían pasado. Sentían emociones que no habían existido. La memoria era subjetiva… y peligrosa.

—Déjalo estar. Vas a encontrar a alguien realmente fantástico, y en comparación ese tío te parecerá insignificante.

—Sí… supongo. —Su voz se fue apagando mientras reflexionaba

al respecto—. Es sólo que… creo que iba a pedirme matrimonio.

—¿Qué te hace pensar eso? —Lo dudaba. ¿Por qué iba a cambiar tan de repente de idea si iba a hacerlo?

—Es que se había estado comportando de manera distinta últimamente… quería que fuéramos a un viaje. Nunca habíamos ido juntos de viaje.

Seguir viviendo en el pasado sólo empeoraría las cosas.

—Sara, ¿quieres un consejo?

—Supongo. —Desvió la mirada hacia mí, volviendo por fin a la realidad.

—Fuera lo que fuera lo que pasó hace un año, ya no importa. Te dejó, y eso que se perdió. Algún día encontrarás a un hombre mucho mejor, uno que no dudará en pedirte que seas su esposa.

Al fin sonrió.

—Siempre sabes qué decir.

—Eso es porque soy tu mejor amiga.

Ya algo más animada, la vida le volvió a los ojos.

—Y siempre lo serás.

* * *

Mi primer día dando clase pasó sin novedades.

Leí el programa en voz alta y expliqué qué esperaba del año escolar. Un mar de rostros inexpresivos me devolvió la mirada; hasta el último de los estudiantes seguía en modo vacaciones. Los ojos se les iban a las ventanas, soñando con el verano que habían pasado junto a la piscina. Parecían un puñado de tortugas muertas.

«No es precisamente lo que me imaginaba».

Conseguir que se concentraran fue la parte más difícil, así que tuve que hacer aquello que más odiaba: ser dura. Les hice un examen sorpresa de los elementos de la tabla periódica para hacerlos espabilar. Ya les caía mal a todos y cada uno de ellos, pero al menos así me tomarían en serio.

Para cuando acabó el día, ya temía lo que pasaría al día siguiente. Harían falta al menos dos semanas para poner a esos críos al día de todo, y los padres ya me acosaban con preguntas sobre excursiones y el decatlón académico.

Fui a la sala de profesores y comí el almuerzo que me había saltado antes. Podía irme a casa, pero estaba agotada como para hacer cualquier otra cosa que no fuera sentarme y comer mi sándwich de ensalada con atún y mi manzana cortada a rodajas.

La señorita Lane se sirvió una taza de café y le añadió un sobrecito de azúcar.

—¿Un día largo?

Ni siquiera estaba segura de si me estaba hablando a mí; me estaba dando la espalda, pero no había nadie más en la sala de profesores, así que tenía que estar dirigiéndose a mí.

—Podrías decirlo así.

Se giró y se sentó frente a mí, dejando que el vaho del café le subiese hasta la barbilla. Tenía mi edad, puede que fuera un año mayor que yo.

—El director Rosenthal me ha dicho que vienes de Enseña por América.

—Así es.

—Genial. Yo también.

—¿Dónde fue tu programa?

—En California.

—Eso es fantástico. —Dejé de comer el sándwich; no quería que el aliento me oliera a pescado—. Me alegro de tener a otra antigua alumna conmigo. ¿Cuánto tiempo llevas en la Academia Bristol?

—Éste es mi tercer año. —Removió el café y lo sopló para que se enfriase—. Me encanta estar aquí. Los niños son muy buenos, y tiene muchos fondos. La semana que viene tenemos una excursión al museo.

—Qué bien. —Todavía no había decidido qué clase de excursiones iba a hacer mi clase. Primero quería crear una relación con mis estudiantes y así averiguar hasta dónde podían llegar.

—Me llamo Natalie, por cierto. —Me dio la mano.

—Taylor.

—Avísame si necesitas cualquier cosa. Siempre estoy ahí para ayudar.

—Gracias. —Lo más probable es que tuviera que aceptar su oferta.

—¿Eres nueva en Nueva York?

—Sí. Durante la universidad estuve en Washington, y después me fui a Tennessee para el máster.

—Sí que te has movido.

—Digamos que sí.

—Podría enseñarte la zona en algún momento. Yo nací y crecí aquí.

—Claro, eso estaría genial.

Volvió a soplar el café antes de levantarse de la mesa.

—Bueno, será mejor que me vaya yendo. Tengo algunos trabajos a los que poner nota.

—¿Ya?

Levantó la barbilla mientras salía.

—¿Qué puedo decir? Soy de las duras.

* * *

Para cuando acabó la semana, ya había cogido el ritmo de las cosas.

Todo giraba alrededor de la responsabilidad. Tenía que cumplir mis amenazas para que los chicos supieran que no dejaría pasar ningún mal comportamiento, y tenía que darles actividades divertidas para que no se pusieran nerviosos por el aburrimiento. La combinación de esos dos factores trajo estabilidad a la clase e hizo que fuera más fácil aprender.

Natalie entró en mi aula una vez que hubo sonado el timbre. Miró las mesas perfectamente alineadas en sus filas y la ausencia de papeles y chicle.

—Guau… qué chicos más limpios.

—No pueden marcharse hasta que queda todo recogido.

—Buena idea. Yo no lo aprendí hasta mi segundo año.

Recogí todos los deberes en una carpeta y la guardé en el bolso. Probablemente pasaría la noche poniendo nota a diversos trabajos mientras la televisión sonaba de fondo. Puede que se pasase Sara y acabara pintándose las uñas mientras hablaba del trabajo.

«A la miseria le encanta la compañía, ¿verdad?».

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó Natalie.

—Sólo una cita ardiente con los deberes.

Rió entre dientes.

—Voy a salir con unas amigas. Deberías venir.

Ahora que estaba en una ciudad nueva, necesitaba crear nuevas amistades. Mis planes eran quedarme durante mucho tiempo, y no podía salir siempre con Sara. La quería muchísimo, pero a veces me volvía loca.

—Me encantaría.

—Genial. Tengo algunos amigos de muy buen ver, así que espero que seas soltera.

Sonreí de oreja a oreja.

—Soltera y lista para conocer a gente nueva.

—Perfecto. ¿Sabes dónde está El León y la Serpiente?

«¿Eso es un zoo?».

Natalie respondió a la pregunta que no había llegado a formular.

—Es un bar, cerca de la Quinta con Broadway.

—Oh, vale. Lo encontraré.

—De acuerdo. Nos vemos a las ocho. —Salió de la clase, balanceando las caderas bajo la amplia falda.

—Lo espero con ganas.

* * *

A pesar de que era septiembre, en la ciudad todavía hacía calor. Me puse un vestido largo que me llegaba casi hasta los pies; caía suelto en piernas y cintura, y elegí una chaqueta rosa de punto por si en el bar hacía más fresco.

No me costó mucho encontrar el sitio gracias a Google. Nada más entrar, comprendí que iba poco arreglada para un local como aquél; de hecho, el problema era que llevaba demasiada ropa. Las mujeres iban con vestidos tan cortos que llevaban casi el culo al aire. Los tacones eran de al menos doce centímetros, y no podía ni mirarlos sin pensar en caerme.

«Me siento como si fuera un dinosaurio».

Justo cuando me decidí a darme la vuelta para cambiarme de ropa, Natalie me vio.

—Eh. Lo has encontrado.

—Sí, y todo gracias a Google.

Llevaba un vaso de vino en la mano, y un ajustado vestido negro que destacaba cada curva de su cuerpo torneado. No dejaba nada a la imaginación de lo mucho que se le pegaba a la piel; estaba espectacular. Intentó no perder la sonrisa al mirarme de arriba a abajo.

—Vas muy mona.

Sabía que no lo decía de corazón, solo intentaba ser agradable.

—Creía que sería algo más informal.

—En Nueva York, nada es informal. Ni siquiera puedes ir a la tienda a por algo de leche a las dos de la mañana sin ponerte maquillaje. Y ni se te ocurra ir al gimnasio en camiseta y pantalones cortos; será mejor que tengas todo un conjunto sexy preparado.

—Gracias por el consejo.

Entrelazó el brazo con el mío.

—De todos modos, estás muy guapa, así que ya está bien. Vamos a buscarte una copa y te presentaré a todo el mundo.

—Vale.

Me pidió un vaso de lo que fuera que estaba bebiendo y después me llevó hasta el fondo. Había una pequeña mesa con un sofá cómodo y una diana al lado; dos chicos jugaban mientras otro se sentaba en el sofá con la cerveza en la mano.

Cuando miré a mi alrededor comprendí por qué aquel bar tenía un nombre tan interesante: había cabezas de león disecadas por todas partes, y las paredes estaban decoradas con largas serpientes

esculpidas en el mármol. Era un caos artístico, pero aun así muy refrescante.

Natalie me guió hasta el sofá.

—Jared, ésta es mi amiga, Taylor.

Jared se acabó la cerveza antes de girarse hacia mí. Era rubio con ojos verdes; parecía como si acabara de volver de Irlanda. Me apretó la mano con gesto firme.

—Encantado de conocerte, Taylor.

—Lo mismo digo. —Era un chico atractivo, y me pregunté si sería aquel el hombre que Natalie quería presentarme.

—Taylor también es profesora. —Natalie intentó bajarse un poco el vestido de manera que la parte alta del muslo no quedara demasiado expuesta, pero fue inútil—. Estamos en la misma escuela.

—Guay. ¿Llevas mucho tiempo?

—En realidad acabo de empezar. Natalie ha tenido el detalle de hacerse amiga mía; ahora mismo soy bastante solitaria.

—¿Solitaria? —preguntó Jared.

—Acabo de mudarme a la ciudad. —Debería haberlo explicado antes y evitar que asumiera que era una perdedora.

—¿Eres nueva? —Brindó contra mi copa—. Bueno, en ese caso seré tu amigo. Confía en mí, vengo con muy buenas referencias.

—Es el mayor pedazo de mierda que he conocido nunca. —Uno de los chicos que había estado jugando a los dardos rodeó el sofá, arremangándose—. Acabará pidiéndote cinco pavos y no los volverás a ver nunca.

Jared puso los ojos en blanco.

—No me había dado cuenta de que te hacían tanta falta.

—Es el principio del asunto, tío. —Desvió los ojos azules hacia mí y me dio la mano—. Eres la profesora, ¿verdad?

—Así es.

—Soy Derek, el hermano de Natalie.

—Ah… —Le examiné la cara, pero no encontré ningún parecido—. Interesante.

—Sí, tiene suerte de estar emparentada con un semental como yo. —Flexionó los brazos.

—Un semental rata con el dinero —bromeó Jared.

—¿Rata con el dinero? ¿Yo? —preguntó éste, incrédulo—. Tú eres el que no me lo devuelve. Si tan poco son cinco dólares, ¿por qué no has sacado todavía esa cartera tan repleta que tienes?

El tercer chico devolvió los dardos a la diana y después se presentó.

—Soy Cam, y disculpa que tengas que escuchar estas tonterías. Me gustaría decir que no es habitual, pero sí que lo es.

Le apreté la mano, riéndome entre dientes.

—Doy clase en un instituto. Créeme, esto no es nada.

Natalie miró a Jared y a Derek y después se giró hacia mí, poniendo los ojos en blanco con tanto dramatismo que casi se le salen de las órbitas.

—Menudos perdedores, ¿verdad?

—Tú eres la que queda con tu hermano —la provocó Jared.

Derek se dio una palmada en la rodilla, riéndose.

—Muy buena, colega. —Tan pronto como dejó de reír cambió de tono—. Ahora dame mi dinero.

Cam se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Llevan con esta discusión dos semanas…

—Guau. Parece que tienen que encontrar otro tema sobre el que pelearse —respondí.

—Y que lo digas —coincidió Cam con una risita.

Tomé un sorbo de vino y escuché como seguía la discusión. Natalie y sus amigos eran agradables, y me habían dado la bienvenida a su grupo sin hacer demasiadas preguntas. Y me gustaba pasar el rato con ellos en lugar de ser interrogada.

Miré distraída a mi alrededor, observando aquella arquitectura extraña. No había nada parecido ni en Washington ni en Tennessee, y el hecho de que me resultara tan extraño le daba belleza. Parecía ser un lugar que pertenecía a una época distinta.

Un hombre giró la esquina, entrando de lleno en mi campo de visión. De repente los leones disecados y las cobras amenazantes no me parecieron tan interesantes; el papel de pared negro se convirtió en un fondo oscuro, y la persona que acababa de entrar en mi vida se hizo con el escenario.

Sabía que me había quedado mirándolo, pero mi cuerpo y mi mente se habían dividido en dos entidades distintas; habían dejado de compartir información y de trabajar juntas. El corazón me palpitaba dolorosamente mientras mi mente iba a cien por hora.

Aquellos ojos azul oscuro resultaban sorprendentes. Y, hablando de tierras distantes y épocas antiguas, mostraban un pasado que sólo los grandes narradores de historias podían relatar. Eran más profundos que un volcán lleno de lava en plena erupción, pero, al mismo tiempo, más suaves que los pétalos de rosa. Los ojos azules eran algo común. Los había visto miles de veces.

Pero nunca había visto unos como aquellos.

Iba vestido con una camiseta gris normal, algo que podría haber

comprado en cualquier tienda, pero su extraordinario cuerpo la llenaba bien, ofreciendo definición y profundidad gracias a su poderoso físico. Las mangas le quedaban ajustadas sobre los músculos marcados, y la cintura era delgada, con unas caderas todavía más esbeltas.

Los vaqueros oscuros le colgaban bajos en la cintura, lo suficiente para dejar al descubierto la forma de uve de sus músculos, que resultaba de lo más destacable. No hacía falta que expusiera su piel para dejar claro que tenía una forma tallada en piedra, la clase de imagen que sólo podía crearse con granito puro.

Todas esas observaciones duraron una milésima de segundo, y en cuanto procesé el calor que sentía en las mejillas y la boca repentinamente seca, entendí el efecto inmediato que había ejercido aquel desconocido sobre mí.

Sus ojos se desviaron en mi dirección una vez estuvo en la sala, pero en lugar de ver la misma expresión de deseo en su rostro, lo que vi fue una nada absoluta. No hubo ningún cambio ni en su actitud ni en él; yo no era más que una más en un mar de caras.

Y me sentí decepcionada.

No pasó de largo del grupo, sino que se unió a él, escuchando como sus dos amigos se metían el uno con el otro por esa deuda impagada.

—Deja de ser un gallina y págame —exigió Derek—. ¿O es que eres la clase de hombre que no paga sus deudas?

—¿Y eres tú la clase de gallina que suplica por dinero? —contraatacó Jared.

El hombre los miró discutir.

—Tío, págame y ya está —siguió Derek—. Así podremos dejar esta estúpida conversación.

—O podrías dejar de hablar —argumentó Jared—. Y así ya se habrá acabado.

A duras penas prestaba atención a lo que decían; seguía ocupada con el desconocido que tenía ahora a sólo unos pasos de distancia. Olía su colonia: masculina y húmeda. ¿Pero era colonia, o sólo su olor natural? Me gustaba si se trataba de lo segundo.

El hombre abrió la cartera y sacó dos billetes de veinte.

—Tened. La deuda se ha saldado y la contienda ha llegado a su fin. —Les puso un billete a cada uno en el pecho antes de recoger su cerveza de sobre la mesa—. Vamos a olvidarlo.

Derek recogió el billete y se lo guardó en el bolsillo.

—Por mí vale.

—Voy a invitar a una copa a una chica guapa. —Jared se metió

el billete de veinte en el bolsillo de la camisa.

—Aun así no vas a conseguir mojar. —El hombre se giró hacia mí de repente y me tendió una mano enorme.

No lo había hecho nunca antes, pero en aquel momento toda mi atención se centró en su mano: observé los nudillos secos, los dedos fuertes, y le medí la palma comparándola con la mía. Era la primera vez que me sentía atraída por algo tan mundano.

Él esperó a que le aceptara la mano, dejándola en el aire.

Coloqué la mano sobre la suya, pero no se la apreté; simplemente permití que se tocaran. Mi dedo corazón le rozaba la muñeca, y podía notarle el pulso. Le latía lentamente, de manera tranquila y llena de confianza. Iba a juego con él.

Sus ojos siguieron clavados en los míos en todo momento, absorbiendo cada uno de mis rasgos y reacciones. Todavía no me había dicho ni una palabra; su rostro decía más que suficiente.

Por fin le apreté la mano, sintiéndome mortificada. Había actuado de manera torpe, como una fan cegada ante su ídolo. No hacía falta que me conociese para comprender lo que significaba mi reacción. Todo en él me afectaba, y me sentía avergonzada por lo evidente que era.

—Soy Taylor.

—Volt.

Era el nombre más raro que había oído nunca, pero, por alguna razón, le sentaba bien.

—Me ha traído Natalie.

—Bien. A fin de cuentas, su único trabajo es traer chicas monas. —Retiró la mano, pero siguió con expresión estoica. Era frío como el hielo, y aun así cálido al tacto.

No reaccioné ante sus palabras, sencillamente porque no me lo permití.

—Es un placer conocerte. ¿Puedo invitarte a una copa?

Todavía tenía el vaso de vino en la mano, y estaba casi lleno.

—Estoy bien, pero gracias.

Se alejó sin decir ni una palabra más, dejando atrás a sus amigos. No explicó a dónde iba, y no pareció que el resto del grupo considerase extraño su comportamiento.

Natalie volvió a mi lado.

—¿Quieres un lío de una noche fácil y ardiente? Él es tu hombre.

—¿Qué? —¿Es que todo el mundo sabía lo necesitada que estaba?

—Volt. Ya te dije que te presentaría a un tío guapísimo. Bueno,

pues ahí está.

—¿Está buscando pareja? —Intenté que mi voz no reflejara mis esperanzas. Era una persona oscura y peligrosa, claramente alguien a quién debería intentar evitar. Dudaba que un hombre así necesitara ayuda para conseguir una cita, pero a veces los milagros ocurrían.

—No —respondió ella con una risa—. Sencillamente se acuesta con todas.

Capítulo 2

Volt

Las suaves sábanas se enredaban alrededor de mi cintura, abrazándome con su textura aterciopelada. La pierna de Diana me rodeaba el muslo, compartiendo la temperatura de su piel con la mía. Laura estaba tumbada al otro lado, con la espalda esculpida apoyada contra mi bíceps. No estaba seguro de qué hora era, pero era hora de levantarse.

La luz del sol se filtraba por la ventana abierta, colándose en mi dormitorio. No había cerrado las cortinas la noche anterior, así que ahora todo el apartamento estaba varios grados por encima de lo que me hubiese gustado.

Diana se agitó al moverme, y se acurrucó contra mí.

—Buenos días…

—Buenos días, pequeña.

Apretó la cara contra la mía, frotando los labios contra el atisbo de barba, antes de depositar un suave beso sobre los míos. Me frotó el pecho ligeramente, resiguiendo cada colina y valle.

Laura fue la siguiente en despertarse, girándose hacia mí y apretando los pechos contra mi brazo. Me besó el hombro y después lo lamió de manera juguetona. Su cabello largo me rozaba cada vez que se movía, y los mechones eran tan suaves como su piel. Fue bajando la mano lentamente por mi pecho hasta llegar a la cintura, bajo las sábanas. Rodeó mi gruesa hombría con esos pequeños dedos y los movió de arriba a abajo.

No estaba seguro de a qué hora nos habíamos ido a dormir la noche anterior, pero la mañana debía de haber acabado de empezar. Sentía el cuerpo agotado, y no me apetecía embestir y moverme como lo había hecho hacía unas horas.

Pero mi miembro no estaba de acuerdo.

Laura bajó hasta mi cintura y empezó a lamerme los testículos, masturbándome mientras succionaba la delicada piel y la masajeaba con la parte interior de las mejillas. Diana se llevó mi gran hombría a la boca y le dedicó unas lentas caricias, tomándola en la garganta hasta casi el límite.

Me puse otro cojín bajo la cabeza para poder ver todo lo que

hacían con una vista perfecta. Hundí los dedos en el cabello de cada una de ellas y las sujeté con fuerza, gimiendo desde el fondo de la garganta.

* * *

Diana y Laura se fueron, y me acerqué a una cafetería cercana para conseguir un vaso de café. Las chicas lo habían gastado todo, así que me había quedado sin gasolina, y aunque eran casi las tres de la tarde y por lo tanto tarde para estar bebiendo café, no podía empezar mi día sin él.

Tras caminar algunas manzanas y rodear a la gente como si se tratara de ganado, llegué a la entrada del local. Pero me detuve al ver algo bastante peculiar justo delante.

La mujer a la que había conocido la noche anterior estaba de pie en el centro de la acera, sosteniendo un enorme mapa de Nueva York. Su cabello castaño ondeaba con la brisa, y no dejaba de girar el mapa de un lado a otro, intentando descifrarlo.

«¿Qué hace?».

Llevaba shorts vaqueros, sandalias y una camiseta blanca con una jirafa estampada. Al igual que anoche, llevaba ropa que no solía ver en mujeres; mis mujeres siempre iban vestidas con vestidos cortos y minifaldas. Pero ella vestía como una profesora, con clase e informal al mismo tiempo. Un hombre chocó con ella al pasar, tirándola casi al suelo.

Seguí estudiándola en lugar de hablar con ella, incapaz de quitarle los ojos de encima. Pensé que era guapa, igual que pensaba sobre la mayoría de mujeres, pero también extraña, algo torpe. No había dicho mucho la noche anterior cuando la conocí, pero me miró de sobras. Si se parecía en algo al resto de amigas de Natalie, entonces sería obsesiva y dependiente.

«Aprendí hace mucho a evitar a las de su clase».

Habría sido fácil darme la vuelta y alejarme en dirección contraria como si no la hubiera visto, pero mis pies siguieron firmes en el suelo. Me acerqué tras examinarla durante unos segundos más.

—Eh, cariño. Pareces perdida.

Mantuvo los ojos pegados en el mapa, sin alzar la vista.

—¿Y qué te hace pensar eso? —Se rió con naturalidad, una risa suave y preciosa. Su postura era estricta, con los hombros echados atrás y la cabeza erguida. Era completamente diferente a la de anoche.

—Para empezar, que nadie usa ya mapas.

—Me he quedado sin batería en el teléfono, y ahora no lo

encuentro. —Volvió a girar el mapa—. Y no recuerdo dónde está mi piso…

—Pues que día más malo. —Todavía no me había mirado, y empecé a preguntarme si lo haría.

—Ya lo conseguiré. Aunque puede que tarde un poco.

Puse la mano sobre el mapa, bajándolo para obligarla a mirarme a los ojos.

—O podrías confiar en un caballero para que te guiase por la dirección correcta.

Todavía tenía una sonrisa en los labios cuando alzó la vista. Fue sólo un segundo, pero lo suficiente para verle los dientes perfectamente rectos, los labios carnosos y hermosos y la misma risa reflejada en sus ojos. No llevaba nada de maquillaje, pero de algún modo sus rasgos resultaban más favorecedores así. Su sonrisa desapareció en cuanto comprendió que era yo, más veloz de lo que podría serlo un relámpago golpeando el suelo.

—Ah, hola… ¿Qué haces aquí?

—Estaba a punto de tomarme un café cuando he visto a un cachorrillo perdido. —Le dirigí una sonrisa para que supiera que sólo estaba bromeando—. ¿Puedo ayudarte? Tengo móvil, y ya tiene Google Maps instalado.

Dobló aquel mapa ridículamente grande y lo guardó en el bolso.

—Puede que sea buena idea; no he conseguido ver nada en esa cosa. Y ni siquiera tiene leyenda. ¿Quién dibuja un mapa sin leyenda?

—¿Y quién consulta un mapa hoy en día?

Puso los ojos en blanco.

—He perdido el móvil, ¿vale?

—¿Has intentado llamarlo?

—No tiene batería, así que no ha servido de nada.

—Hmm…

—Seguramente lo tenga en algún sitio entre el caos que es mi piso.

—Es un buen sitio por el que empezar.

—Creía que lo llevaba encima cuando he salido de casa, pero cuando he llegado aquí me he dado cuenta de que no.

—¿Y a dónde intentabas ir exactamente? —Debía de ser la chica más cabeza de chorlito del planeta para perder el teléfono y perderse ella misma en el mismo día.

—Estaba intentando ir al Museo de Historia Natural, pero me he dado cuenta de que estaba yendo hacia el MET en lugar de al museo. Y ahora sólo quiero ir a casa para poder encontrar el

teléfono.

¿Cómo podía confundir nadie esas dos cosas?

—Está claro que tenemos que encontrar tu teléfono. ¿Cuál es tu dirección?

—Ugh… —Se mordió el labio inferior, intentando acordarse.

«¿De verdad no lo sabe?».

—Sé que está en el East.

Eso no ayudaba en nada.

—Es una calle bastante grande. —Me guardé mi agitación para mí; comportarme como un capullo tampoco ayudaría—. ¿Con qué calle cruza?

—Tampoco me acuerdo.

«Pues vaya».

—Sé cómo llegar desde el trabajo. Así que, si me puedes indicar cómo llegar a la Academia Bristol, debería poder arreglármelas.

¿Trabajaba en una escuela? Esperaba que fuera conserje, por el bien de los críos.

—Sé dónde está.

—Genial. ¿Por dónde es? —Miró hacia el cruce, y después en dirección contraria.

Si le daba indicaciones solo acabaría perdiéndose todavía más.

—Te acompaño.

—No tienes que hacerlo…

—No me importa. Vamos. —Eché a andar sin esperar a ver si me seguía.

Una vez que comprendió que iba a pasar sí o sí, fue siguiéndome el ritmo.

—Es bastante tarde para un café. ¿Bebes mucho?

—He empezado la mañana bastante tarde.

«Pero que muy tarde».

—Oh… —Apartó la vista, como si hubiese adivinado qué había estado haciendo exactamente la noche anterior.

—¿Y te pierdes así a diario?

—Últimamente sí. —Sacó unas gafas de sol del bolso y se las puso sobre la nariz; eran gafas de aviador, y se veían monas sobre su pequeño rostro—. Sólo llevo aquí una semana. Todavía no me he acostumbrado.

Ahora todo cobraba sentido. No es que fuera estúpida.

—¿Acabas de mudarte a Nueva York?

—Sí. Ha sido un gran cambio.

—¿De dónde vienes?

—De Nashville.

No tenía nada de acento, así que sospeché que no había nacido y crecido allí.

—Interesante. ¿Te has mudado por trabajo? ¿O por un chico?

—Nada de chicos. Ha sido por trabajo.

Me di cuenta de que le estaba haciendo muchas preguntas, y tenía que aflojar un poco. Odiaba cuando la gente me interrogaba; no debería hacer lo mismo con ella.

—Gracias por acompañarme. El mapa no me estaba ayudando en nada.

—No pasa nada. Nueva York es muy grande, especialmente si no tienes teléfono.

—No volveré a cometer ese error. Normalmente soy organizada y voy preparada para cualquier cosa, pero todavía no he sacado todo de las cajas, así que tengo el apartamento hecho un desastre.

—Es comprensible.

—Es bastante irónico que me haya encontrado contigo.

—¿Por qué?

—Natalie me dijo anoche que no debería ir a ningún sitio sin maquillaje, porque siempre acabas encontrándote con alguien a quien conoces… y tenía razón. Y ahora mismo ni siquiera conozco a tanta gente.

—Estás guapa sin maquillaje, así que no pasa nada.

—Gracias… —Volvió a ajustarse las gafas y siguió andando—. Así que Volt. Es un nombre curioso…

—Es mi segundo nombre. —El primero era el nombre más tonto de la historia, y no me gustaba que la gente lo usase. No encajaba ni conmigo ni con mi personalidad, y rara vez le decía a nadie cuál era.

—Oh, ya veo.

Recorrimos algunas manzanas antes de llegar por fin a la zona en la que se encontraba la escuela. Ocupaba una manzana entera al ser una escuela grande; había bastantes colegios privados prestigiosos en la ciudad, y la Academia Bristol era uno de los tres mejores.

—¿Trabajas aquí?

—Sí, doy clases de ciencia.

—¿En serio? —No pude ocultar mi sorpresa tras mi primera impresión. No me parecía de las estudiosas, pero al parecer pertenecía a ese grupo incómodo socialmente y algo raro—. ¿Y te gusta?

—Es mi primer año dando clase, así que todavía no estoy muy segura.

Si la Academia Bristol la había contratado como profesora novata, debía de tener un currículum impresionante. Las academias prestigiosas nunca hacían esa clase de cosas, y vaya sí lo sabía yo.

—Te encantará. Es una buena escuela.

—Ya lo he notado. El personal es amigable, y los niños son geniales.

—Eso es porque todos son unos genios.

Rió entre dientes.

—Algunos de mis estudiantes son más listos que yo, pero nunca lo admitiré delante de ellos.

Me detuve una vez llegamos a la entrada de la escuela. La verja estaba cerrada, y el campus clausurado durante el fin de semana. Nadie hubiese podido entrar ni aunque hubiese querido.

—Bueno, ¿conoces el camino a partir de aquí?

Se protegió los ojos de los fuertes rayos del sol y miró al otro lado de la calle.

—Sí. Veo mi edificio desde aquí.

En ese caso estaría bien.

—De acuerdo entonces. Nos vemos.

—Muchísimas gracias por ayudarme. Sé que debo de haber parecido un bicho raro, ahí de pie con un mapa.

—No ha sido molestia. Y sí, parecías un bicho raro. —Le dirigí una sonrisa de broma para que supiera que no estaba intentando ser un imbécil.

—La gente me advirtió que los neoyorquinos son despiadados y de corazón frío, pero según mi experiencia, han sido muy agradables y amistosos. —Se encogió de hombros y me dedicó aquella bonita sonrisa que había puesto nada más verla. Era la clase de sonrisa que se reflejaba en las mejillas y en los ojos. Los suyos, verdes, destellaron de manera natural bajo el sol. Incluso en la oscuridad del bar, ya habían emitido su luz como si fueran una estrella en el cielo.

No era la mujer típica a las que atraía. Me gustaban las mujeres con vestidos cortos, cabello denso y tacones que las hacían casi tan altas como yo. Me gustaban las ligonas y sexys, las que me metían la lengua hasta la garganta al cabo de pocos segundos de posar los ojos sobre mí.

«Taylor no es en absoluto así».

Pero ahora que la miraba de verdad, veía la joven sonrisa en sus labios y la amabilidad en sus ojos. Tenía su propia belleza, un tipo de belleza rara que mucha gente nunca llegaba a conocer.

—Eso es porque eres guapa. Y todo el mundo es amable con las

chicas guapas.

Capítulo 3

Taylor

Los estudiantes ya se habían ido, pero yo me había quedado en mi mesa mientras terminaba de poner nota a los informes del laboratorio. Acabábamos de hacer un experimento que medía el agua que desplazaban unos centavos. Los chicos parecían estar demasiado avanzados para algo así, así que tendría que pensar en algo que supusiera un reto un poco mayor. Si se aburrían demasiado, pasarían a volverse ruidosos y descuidados.

«Y eso acabaría dándome dolores de cabeza».

Natalie entró con una carpeta llena de papeles bajo el brazo y una taza de café vacía en la que se leía Profesora #1. Llevaba un collar con las llaves enganchadas a un extremo, y con cada paso que daba éstas tintineaban suavemente.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Mis chicos se aburren —dije con un suspiro.

—Oh, no. Vas a tener subir el nivel.

—Y que lo digas. —Tapé el bolígrafo rojo y lo dejé sobre el escritorio—. ¿Y tú qué tal?

—Le caíste muy bien a los chicos la otra noche.

—¿Ah, sí? —pregunté, sorprendida.

—Sí. Les pareciste de lo más encantadora.

A mí me había parecido que desentonaba terriblemente.

—Bueno, es un detalle de su parte que digan eso. Parece que tienes a un grupo divertido.

—No está mal —dijo—. Es lo que es.

Me pregunté por qué quedaría Natalie con su propio hermano. No era la primera vez que oía de hermanos que eran muy cercanos, pero normalmente era porque alguno de ellos era pareja de un amigo en común. Y aquél no parecía ser su caso.

—A mí también me han caído bien. Me hicieron sentir muy bienvenida.

—¿No llegaste a liarte con Volt?

El cuerpo se me tensó al instante, y sentí como se me enrojecían las mejillas. Lo había visto marcharse al final de la noche con dos chicas guapas, así que sabía con quién se había ido a casa.

—Uh, no. —Mi atracción inicial había sido puramente física, y ahora que lo conocía un poco más, me había dado cuenta de que no era mi tipo. Era la clase de hombre sin intención alguna de sentar la cabeza, que no estaba buscando novia y que rompía corazones como si no significasen nada—. Fue agradable, pero… no es mi tipo.

—¿Cómo puede no ser tu tipo? —Se sentó en una de las mesas y cruzó las piernas.

—Parece un mujeriego.

—Bueno, lo es.

—Y eso no es lo que estoy buscando.

—¿De verdad? —preguntó Natalie—. Creía que te interesaría un revolcón de bienvenida, para que pudieras ver qué puede ofrecer esta fantástica ciudad.

No estaba en contra de los líos de una noche, y tampoco era de las que rechazaba un poco de buen sexo, pero ahora mismo mi lista no incluía un lío sin ataduras. Ahora que había empezado mi carrera profesional y que me había asentado, buscaba a un marido con el que empezar una familia. Tenía veintisiete años, y ya me había divertido lo mío.

—Estoy segura de que encontraré a alguien con quien pasar un buen rato dentro de poco, pero es difícil disfrutarlo cuando sé que no llegará a nada.

—Por favor, no me digas que eres una de esas chicas que necesitan casarse tan rápido como sea posible.

Sus palabras me mosquearon, dejándome de mal humor. Era como si no hubiera comprendido ni una palabra de lo que acababa de decir y me hubiese colocado una etiqueta al instante.

—Me he pasado toda la juventud de fiesta y pasándomelo en grande. He disfrutado de ese estilo de vida, pero no lo echo de menos. Estoy lista para seguir adelante y sentar la cabeza; estoy buscando al hombre adecuado, y no creo que haya nada malo en eso. Igual que no creo que haya nada malo en disfrutar de tu libertad y acostarte con quien quieras. —Me consideraba una persona agradable que se guardaba sus opiniones sobre los demás, pero cuando la gente empezaba a presionarme, enseñaba los dientes y las garras.

—Taylor, no lo decía en ese sentido. Sólo quería que te relajaras un poco.

Pues no iba a relajarme con Volt. Era ridículamente sexy, a un nivel que resultaba incluso peligroso, pero no el hombre adecuado para mí. Puede que un día lo fuera para otra persona, pero sabía

que yo no era la mujer que lograría que lo comprendiese.

—¿Hay planes para esta noche?

—Derek, Jared y yo vamos a la bolera. ¿Quieres venir?

¿Es que siempre salía con su hermano?

—Claro. —A fin de cuentas, no tenía nada más que hacer.

—Genial. Así seremos pares para formar equipos.

—Perfecto.

* * *

Había pizza y cerveza sobre la mesa, e hicimos turnos para jugar a los bolos.

—Te toca, Tayz. —Jared me guiñó el ojo.

—¿Qué me acabas de llamar? —Elegí la bola rosa de la máquina. Porque, bueno, es mi color favorito.

—Tayz—dijo Derek, asintiendo—. Me gusta.

—Te pega —añadió Jared—. Taylor es un nombre demasiado largo.

—Tiene las mismas sílabas que el tuyo. —Las había contado.

Jared empezó a contarlas con los dedos.

—Oh, mierda, tiene razón.

Intenté no sonreír antes de girarme hacia la calle y jugar mi ronda. Derribé casi todos los bolos, pero dos siguieron en pie.

—Tú puedes, Tayz—dijo Derek—. Concéntrate.

—¿Por qué la animas? —preguntó Natalie—. Ni siquiera está en tu equipo.

—Bueno, tiene un buen culo. —Derek se encogió de hombros.

Puse los ojos en blanco y volví a jugar. Mi puntería decidió no jugármela, y derribé los dos bolos restantes.

—He conseguido un semipleno.

—Los bolos se le dan bastante bien —comentó Derek.

—Y que lo digas —dijo Jared—. Deberíais intercambiaros. —Se apartó justo a tiempo para evitar que Derek pudiera golpearle el hombro, y después se dirigió hacia la máquina que suministraba las bolas.

Me senté, y Derek ocupó el asiento de al lado.

—¿Sabes qué? —Levantó su cerveza, pero no bebió—. No conozco a muchas chicas que puedan hacer lucir unos zapatos para bolos. Pero tú haces que parezcan sexis.

La presión sobre mis pulmones fue instantánea, preparándose para una carcajada, y me tembló el pecho. Fui incapaz de contenerla por completo, y dejé escapar una fuerte risa.

—Oh, Dios… Ésa es la frase más mala que he oído nunca.

—Pero es verdad. Haces que se vean geniales.

—Bueno, gracias. Es un halago de lo más agradable.

—No crees que Jared sea guapo, ¿verdad?

La pregunta me pilló por sorpresa; no tenía ni idea de dónde había salido.

—Uh, no está mal.

—¿Pero te interesa?

—Es un chico agradable, pero no. —La única persona que me había hecho sentir ese cosquilleo en el estómago había sido Volt. En cuanto le puse los ojos encima, las mariposas emergieron de sus crisálidas en una explosión y surcaron el aire. No estaba segura de cuál era mi problema, pero siempre me atraían los hombres peligrosos. Nos divertíamos, y después me quedaba con el corazón roto, una y otra vez. Pero no iba a volver a repetirlo; no estaba buscando a un hombre cualquiera, sino al hombre perfecto.

—Perfecto. Porque yo estoy de lo más soltero y busco una dama. —Aquellas frases cutres no sonaban sórdidas cuando era Derek quien las decía; tenía un encanto natural que lo convertía en inofensivo y, de hecho, hasta mono.

—Gracias por el aviso.

—Y Jared es el hombre de Natalie.

«¿Lo es?».

—Natalie me dijo que no estaba saliendo con nadie.

—Bueno, lleva enamorada de Jared desde siempre, pero a él no le interesa.

Todas las piezas del rompecabezas empezaron a juntarse, revelando la imagen final.

—Por eso siempre sale contigo…

—En realidad es bastante triste —siguió Derek—. Es muy evidente.

—¿Por qué no le interesa a Jared? —Natalie era inteligente, guapa y divertida para pasar el rato con ella. ¿Qué más podía querer?

—No lo sé. Crecimos juntos, así que supongo que la ve como una hermana pequeña.

—¿Y lo sabe ella?

—No. No se da cuenta, y cree que nadie sospecha lo que siente por Jared. He intentado decírselo unas cuantas veces, lo no deja de negarlo. Me siento mal por ella; parece tan desesperada.

Miré a Jared y Natalie de reojo, sentados en los asientos opuestos. Jared dijo algo divertido, y Natalie se inclinó hacia él y le apretó el bíceps mientras soltaba una risa que sonaba tanto real

como falsa.

—¿Ves a lo que me refiero? —Derek siguió mi mirada—. Lo deja más que claro.

Tendría que ayudarla; las amigas no permiten que sus amigas parezcan dependientes y obsesivas.

—Gracias por decírmelo.

—Es sólo que no quiero que gastes tu tiempo con él. —Se acercó y me guiñó el ojo—. Cuando tienes carne de primera aquí mismo.

Sus frases de ligoteo no dejaban de empeorar.

—Creo que eres mono y muy dulce, pero no estoy interesada. —No había por qué ser maleducada con él cuando sólo estaba siendo agradable, pero tampoco quería darle falsas esperanzas. Era un chico atractivo, pero entre nosotros no había nada de química. Sentía más atracción con un perro adorable que con él.

—Es justo —respondió—. Pero puede que un día cambies de idea.

Lo dudaba mucho, pero no iba a volver a rechazarlo.

—Sí. Puede.

* * *

Entré en mi piso después de pasar todo el día comprando con Sara y dejé todas esas bolsas llenas de cosas inútiles en el suelo. Me había comprador unos zapatos nuevos, algunos vestidos de verano en oferta y otras gafas de sol. Acababa de recibir mi primer sueldo, y había decidido hacer algo imprudente.

Por fin tenía el apartamento limpio y organizado, así que había dejado de sentir ansiedad nada más entrar. El despacho estaba listo, y también me habían conectado internet y la televisión por cable.

Recibí un mensaje de Natalie.

Oye, estamos viendo el partido de los Yankees. Vente.

¿Que vaya dónde?

A la casa de Jared.

Tenía que decirle que se estaba poniendo en ridículo sí o sí, y tenía que hacerlo pronto.

Llegaré en veinte minutos.

Perfecto. Nos vemos.

Me hice con un pack de cervezas y me dirigí a su apartamento. Esta vez llevaba el teléfono, y cargado por completo, así que lo usé para encontrar el camino hasta unas calles más allá. Entré y todo el mundo me dio la bienvenida.

—Justo a tiempo —dijo Derek—. Estamos en la segunda entrada del partido. —Me quitó la cerveza de las manos—. Y has traído

regalos.

—No sé si se puede considerar la cerveza como un regalo.

—Para mí lo es. —La llevó a la cocina.

—Eh. —Natalie llevaba un jersey de los Yankees, y me saludó con un abrazo—. Tenemos pizza.

—Ahora mismo no tengo hambre, pero gracias. Acabo de comer en el Buffalo Wild Wings.

—Tío, me encanta ese sitio. —Jared también llevaba un jersey de los Yankees, y fue entonces cuando me percaté que Natalie había elegido exactamente el mismo—. Su teriyaki es de lo mejor, y con diferencia. ¿Con quién has ido?

—Con mi amiga Sara.

—¿Quién es Sara? —preguntó Natalie.

—Es mi mejor amiga. Nos conocemos desde… —Ni siquiera recordaba cómo nos habíamos conocido—. Desde siempre.

—No sabía que conocías a alguien más en la ciudad —siguió Natalie—. Me alegro de que tengas a alguien que te muestre la zona.

—Sí, es genial. Hace un tiempo pasó por una ruptura, y todavía no lo ha superado del todo. —Había quedado tan devastada tras su marcha que no estaba segura de que fuera a recuperarse nunca. Ya había pasado un año, y todavía no había vuelto a ser la misma.

—Eso lo he vivido. —Natalie me tendió una cerveza.

Todos los chicos estaban juntos en el sofá, y me encontré decepcionada cuando no vi a Volt. Me negué a preguntar por él; aquello sólo alimentaría mi interés. Ya había decidido que él no era una opción, y que no valía la pena el corazón roto, así que debía mantenerme firme en mi decisión.

—Eh, tengo una idea.

—¿El qué? —preguntó Natalie.

—¿Qué tal si salimos las dos juntas mañanas? Sólo nosotras dos. —Sin Jared ni el resto de los chicos.

—¿Y qué haremos? —preguntó.

—Vayamos de bares y busquemos a chicos monos. —O al menos ella podría escoger a algún chico mono. Si seguía revoloteando alrededor de Jared, nunca encontraría a otra persona.

Pero, para tristeza mía, lo miró de reojo.

—Eh…

—Será divertido. Tú eres la que dijo que tenía que relajarme un poco. A ti también te irá bien. —Sabía que debía decirle lo que me había dicho Derek, pero no conseguía hacerlo. Cualquier mujer se sentiría humillada si el tipo al que amaba sabía exactamente lo que

sentía y por qué pasaba tiempo con él. No quería pronunciar aquellas palabras, así que conseguir que conociera a otra persona era el mejor modo de conseguir mi objetivo.

—Bueno, yo…

—Entonces está decidido.

—¿El qué está decidido? —Volt entró en el apartamento con una botella de whisky.

Me retorcí al instante. Sentí como las mariposas crecieron hasta alcanzar el tamaño de sandías voladoras. Mis ojos buscaron los suyos inmediatamente, cayendo en el profundo abismo de azul sólido. Estaba intentando evitar que mi amiga se pusiera en evidencia, pero me di cuenta de que yo estaba haciendo exactamente lo mismo. Tenía que recuperar la cordura y no dejar que me afectara de aquel modo, sin importar lo bueno que estuviese.

—Natalie y yo vamos a salir mañana por la noche. Ya sabes, a conseguir números de teléfono.

—¿Ah, sí? —preguntó con una sonrisa juguetona—. ¿Y por qué no conseguís el mío en lugar de eso? —Pasó de largo para saludar al resto de chicos—. Tengo whisky para preparar Manhattans.

—Guay. —Jared le llevó a la cocina.

Y allí estaba. El recordatorio que necesitaba de que era un mujeriego. Listo para acostarse con cualquiera, sin ataduras. Sin sentimientos. Sin oportunidades de futuro.

«No, gracias».

¿Por qué me atraía un hombre así? Mi lujuria desapareció al instante, y por fin dejé de pensar en él de esa manera.

Lo cual fue un alivio.

* * *

Jared y Natalie se sentaron en uno de los sofás mientras que yo me quedé sola en el otro. Derek acababa de ir en busca de más cerveza, y Volt rondaba tras el respaldo, bebiéndose lentamente su Manhattan. Me di cuenta de que no había bebido nada de cerveza, sólo alcohol de graduación alta.

Por fin se sentó junto a mí y dejó el vaso sobre la mesita.

—¿Está ocupado?

—No. —No aparté los ojos de la televisión, aunque estaban en los anuncios. Rodeaba con los dedos la Heineken que estaba bebiendo; el cristal estaba frío y húmedo por la condensación, pero se agradecía el fresco con aquel calor.

Desvió la mirada hacia mí, centrándose en mi perfil. Podía sentir

sus ojos, quemándome lentamente con cada segundo que pasaba.

—¿Cómo ha ido el trabajo esta semana?

Quería apartarlo de mí para que mi atracción pudiera morir de una vez por todas, pero era difícil mantener mis escudos en alto cuando se comportaba como un chico agradable. En cuanto llamaba a la puerta, caían como un castillo de naipes.

—Bien. No estoy poniendo lo bastante a prueba a mis estudiantes, así que estoy intentando un modo de cambiar el temario sin desviarme de la planificación trimestral.

—La Academia Bristol es una escuela privada. Deberías poder hacer casi todo lo que quieras.

—En realidad no —dije—. Siguen haciéndonos tragar esa ley sobre los estándares comunes.

Arqueó las cejas y, de algún modo, aquello fue todavía más sexy.

—La Academia acepta algunos fondos federales para los estudiantes que necesitan becas para poder asistir, así que estamos a merced del gobierno.

—No lo sabía.

—Es algo que han introducido este año. Así que, sí, tengo que seguir la planificación, pero mantenerlos ocupados al mismo tiempo.

—¿Has probado el programa de Enseña y Adelante?

—¿Qué es eso?

—Haces que los estudiantes hagan actividades basadas en la literatura dentro de la clase de ciencia, como presentaciones, actuaciones, juegos interactivos, etcétera.

—Pero eso sería un problema, porque… —Me detuve en mitad de la frase al percatarme de algo que no había notado antes—. ¿Cómo sabes tanto de estas cosas? —¿Acaso tenía a un niño en edad escolar? ¿Eran sus padres profesores? No me daba la impresión de ser él mismo profesor, así que no podía ser eso.

—Solía ser profesor —dijo como si nada, como si aquella información no fuese una revelación. No lo había mencionado ni una vez mientras yo le iba explicando todas mis experiencias como profesora. Pero, claro, tampoco le había preguntado a qué se dedicaba.

—¿De verdad?

Asintió.

—Lengua e historia en la Asamblea de Northgate. Es una escuela privada al otro lado de la ciudad.

No pude esconder mi sorpresa.

—¿En serio?

No se ofendió, sino que esbozó una sonrisa elegante.

—Es una sorpresa, lo sé. Pero sí, es cierto.

Me percaté de lo maleducada que había sonado, e intenté retroceder.

—Lo siento… es sólo que no tienes aspecto de profesor.

—Pues lo era. Y me gustaba de verdad.

—¿Ya no enseñas? —El hecho de que se hubiese llevado a dos mujeres a casa y hubiese tenido un trío como si no fuera nada del otro mundo no le convertía en un ejemplo a seguir, pero claro, su vida personal no tenía nada que ver con el aula, así que no debería importar.

—Dejé de hacerlo hace unos años.

—¿Puedo preguntar por qué? —Volt de repente me resultaba fascinante, de un modo en que no lo había sido antes.

—Abrí un programa de preparación académica en Manhattan. Su objetivo es preparar a todos los estudiantes para sus exámenes de aptitud. Es un programa de tutorías glorificado, pero en este caso los estudiantes consiguen resultados reales. Nuestra ratio de aprobados es el más alto del país. Tenemos estudiantes tanto de escuelas privadas como públicas.

—¿Cómo se llama?

—Educación de Primera Oportunidad.

Ya lo había oído antes, pero no recordaba dónde.

—Guau. Eso está genial. —A veces los tutores eran genios, pero no conseguían enseñar el material de un modo en que los estudiantes lo comprendiesen. Tener un gran programa de tutorías que los preparaba de verdad a cualquier nivel académico era asombroso.

—Gracias. Tenemos muchos clientes que pueden corroborar su efectividad. He tenido estudiantes que han saltado de una puntuación de setecientos a una de dos mil cien. Y no bromeo.

Parecía que estuviera hablando de dos estudiantes distintos con resultados como esos.

—Eso es sorprendente. —Siempre había oído que los estudiantes iban quedándose rezagados porque no tenían los recursos necesarios. Era una historia que se había contado demasiadas veces, y el final siempre era el mismo—. ¿Cómo llegaste a crearlo?

Se reclinó en el sofá, haciendo que la camisa se le pegara al pecho, y tomó un trago.

—Era una idea que tenía desde hacía mucho tiempo. Los estudiantes no dejaban de quedarse después de clase porque necesitaban algo de ayuda extra, normalmente con lengua. Tras

unas semanas, tenía más estudiantes que mesas. Empezaba a ser demasiado trabajo para mí, y demasiado estresante para ellos, porque no recibían la atención necesaria. Así fue como se formó el concepto. Y, sinceramente, hay muchos profesores ahí fuera que no tienen en cuenta lo que es mejor para sus estudiantes. Consiguen un puesto fijo y deja de importarles. ¿Cómo es eso justo para los estudiantes?

Cuando le dije a la gente que quería dedicarme a la educación con mi grado en química, me dijeron que era echar mi potencial a la basura; podría ganar mucho más dinero trabajando en un laboratorio, o como investigadora. Pero nunca me había interesado nada de eso. Siempre me había apasionado el enseñar, y los niños me apasionaban todavía más. Oír a alguien que compartía los mismos puntos de vista que yo a un nivel tan profundo resultaba reconfortante.

—Durante ese año me dediqué a prepararlo todo, y en cuanto empecé, me vi bombardeado de clientes al instante. Tengo muchos tutores y especialistas que trabajan de manera individual con los estudiantes que necesitan la atención. El negocio pasó a convertirse en una corporación tras unos años, y ahora tenemos oficinas en las ciudades más importantes.

No conseguía imaginarme todo lo que me había dicho.

—Es una historia realmente increíble.

—Todavía me cuesta creer que todo haya pasado como ha pasado. Despegó bastante rápido, y es un recurso que se está usando a conciencia.

—¿Lo implementarás en escuelas de bajos ingresos?

—Con el tiempo. Mi objetivo es recibir fondos gubernamentales para que todos los estudiantes puedan permitirse asistir si quieren hacerlo.

Era como si fuera dos personas distintas: de noche era un donjuán arrogante y, de día, un líder académico. Nunca hubiese adivinado que era capaz de esa clase de contribución a la sociedad. Pero claro, en realidad tampoco lo conocía.

—¿Ya no ejerces de profesor? Por lo de ser tutor.

—No. Tengo empleados que se encargan de eso. Soy el presidente de la compañía.

«¿Qué significa eso?».

Debió de ver la pregunta la pregunta en mis ojos, porque respondió por sí mismo.

—Llevo la parte más de negocios, pero a veces me ocupo de los estudiantes que no están recibiendo lo que necesitan. Puede haber

conflictos entre ciertos estudiantes y los tutores, y entonces tengo que intervenir. Pero no ocurre a menudo.

Me había dado mucha información en cinco minutos, y necesitaba más tiempo para procesarlo. Estaba claro que en cuanto tuviera tiempo buscaría a su empresa en Google. En cuanto estuviera fuera de su vista.

—Me acabo de dar cuenta de que llevo mucho rato soltándote el sermón. —Se le dibujó una ligera sonrisa en los labios, de esas que se reflejan más en los ojos que en la boca—. Perdona. Cuando se trata del trabajo siempre tengo mucho que decir.

—No pasa nada. Me parece interesante.

Volvió a girarse hacia la televisión y apoyó el tobillo sobre la rodilla. Tenía la mano sobre el muslo, con los dedos esbeltos extendidos; aquellas manos me intrigaban de un modo que no podía describir. No podía dejar de imaginarlas sobre mi cuerpo, sujetándome por las caderas o sobre mi espalda. Podían hacerme tantas cosas, y me hubiese gustado tomarlas prestadas durante una noche.

* * *

Me despedí y salí por la puerta.

Volt salió después y me alcanzó, adaptándose a mi ritmo.

—¿Puedo acompañarte a casa?

—Estoy bien, pero gracias.

—¿Estás segura? —bromeó—. ¿No te perderás?

Le fulminé con la mirada, pero nunca antes lo había hecho con menos espíritu.

—Me las arreglaré. Tengo toda la batería del móvil.

—Deja que te acompañe de todos modos.

—De verdad, no pasa nada…

—Me encanta caminar por la ciudad de noche, así que me va de maravilla. —Se metió las manos en los bolsillos y apartó la vista, como si la conversación hubiera terminado. Era insistente hasta resultar hostil, y desde luego no valía la pena discutir por algo así.

Así que ahora volvía a estar molesta por su presencia.

Bajamos hasta la calle y recorrimos la manzana. Una vez puesto el sol, no hacía tanto calor. La humedad todavía estaba ahí, adhiriéndose a tu piel bajo la forma de gruesas gotas, pero el calor constante ya había pasado.

—¿Te está gustando la ciudad?

Mantuve los brazos cruzados sobre el pecho mientras andábamos.

—No hay ningún lugar que se le parezca.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Supongo que echo de menos mi hogar.

—¿Nashville?

—Washington, en realidad.

—¿En serio? —preguntó—. Cuando hablas de ello parece que no hayas ido en años.

—Pero uno nunca olvida su primer hogar. —Echaba de menos el verde exuberante, aquel mar sin fin de árboles que se extendía en todas direcciones, y el hecho de que el monte Rainier compusiera el fondo del paisaje sin importar donde estuvieras—. Estoy segura de que me acostumbraré a este sitio. Algún día llegaré a amarlo.

Volt mantenía un paso de distancia entre nosotros, pero a veces me rozaba el hombro con el codo.

—¿Llevas aquí toda tu vida?

—Nací y crecí aquí.

—¿Te imaginas viviendo en otro sitio?

—No lo sé. Puede.

—¿Sabes qué he notado de Nueva York?

—¿Hmm? —Era casi treinta centímetros más alto que yo, así que cuando se giraba hacia mí siempre tenía que bajar la vista.

—Que la gente siempre parece tener prisa, pero no tienen ningún sitio al que ir. —Era una frase contradictoria, pero no por ello menos cierta. La gente siempre se apresuraba en llegar a algún sitio, incluso si no hacía falta que fueran. Era un sin parar, siempre.

—Sé a lo que te refieres.

—En Washington, las cosas son más calmadas. La gente se toma su tiempo en llegar; hay tantas cosas que ver por el camino. A veces lo echo de menos.

—Parece que tu lugar está en una ciudad pequeña.

—No tomaré esa decisión hasta que le haya dado a Nueva York una oportunidad. —Era hermosa a su manera, con rascacielos majestuosos y luces brillantes presentes hasta donde llegaba la vista. La gente formaba tan parte de la ciudad como lo harían los colores en un cuadro; ninguno de ellos podía existir sin el otro. Era una ciudad eficiente, a pesar del laberinto de calles y túneles subterráneos, y conseguía que la gente llegase a donde tenía que ir de manera puntual. Siempre había algo que atesorar si te esforzabas en mirar.

—Está bien mantener la mente abierta.

Pasamos frente a algunos vendedores de comida y quioscos antes de llegar por fin a mi manzana.

—Puedo ocuparme sola a partir de aquí.

—Venga. Deja que te acompañe hasta la puerta.

—Aprecio tus intenciones, pero puedo llegar sola.

—No sé… Nunca me sacaré tu imagen intentando leer ese mapa de la cabeza.

Quise poner los ojos en blanco, pero no lo conseguí.

—No vas a dejarlo correr nunca, ¿verdad?

—Parecías bastante ridícula.

Iba a salirse con la suya sin importar qué hiciera yo, así que decidí dejarlo.

—¿Sabes qué? Prefiero ser rara antes que aburrida.

—Muy cierto, pero no he dicho que seas rara.

—A mí me parece que sí.

Sonrió ampliamente al recordarlo.

—Oh, espera, tienes razón. Pero lo decía en el buen sentido.

Entramos en el edificio y subimos por las escaleras hasta el quinto piso. No tenía por qué acompañarme hasta aquí, pero al menos la noche ya casi había acabado.

—¿Dónde vives?

—En Park Avenue.

No conocía tanto la ciudad como para saber dónde estaba todo, pero sí sabía dónde estaba Park Avenue, y qué clase de casas había en la zona.

—Está cerca de la oficina; es un punto a su favor.

Estaba segura de que tenía muchos otros puntos a su favor.

Se detuvo en cuanto llegué a mi puerta y saqué las llaves.

—Ahora sé exactamente dónde traerte cuando vuelvas a perderte.

Me dieron ganas de tirar las llaves al suelo y darle una patada a algo.

—Dame un respiro.

Se rió entre dientes, pero paró en cuanto se dio cuenta de que estaba empezando a molestarme de verdad.

—Si vale de algo, me pareciste muy mona ahí de pie con tu camiseta de jirafa, como si fueras otra turista perdida más.

—¿Mona?

«¿Existe esa palabra en su vocabulario?».

—Sí. ¿Por qué crees que me paré?

Tanteé el metal que tenía entre los dedos y sentí el peso de su mirada. Sus ojos azules eran incitantes y penetrantes al mismo tiempo. A veces creía que podía engullirme por completo, y en otras ocasiones parecía como si fuera a escupirme tras devorarme y

dejarme hecha pedacitos.

Me miró fijamente durante casi un minuto, con ojos imposibles de interpretar, pero con intenciones claras. Notaba el ardor en el aire, la emoción justo antes del beso de despedida de un amante. No había explicación alguna para mi predicción; se trataba simplemente del instinto en el fondo de mi ser, un instinto que me decía que estaba a punto de pasar algo.

Y quería que pasara.

Pero también lo temía.

Quería que la atracción que sentía muriese como una hoguera bajo la lluvia y nunca volviera a la vida, pero cada vez que creía que por fin se había enfriado, Volt la devolvía a la vida una vez más. Soltaba frases sórdidas, y de repente decía algo increíblemente dulce.

Se adelantó un paso, disminuyendo la distancia entre nosotros. Me hundió la mano en el pelo a la velocidad del rayo y me atrajo para un beso. Tomaba exactamente lo que quería sin pensar en ello, como si tuviera todo el derecho a hacerlo; no se pensó dos veces si yo también lo quería o cómo me haría sentir. Sencillamente veía algo que le gustaba… y lo conquistaba.

«Pero yo no quiero eso».

Me aparté justo antes de que sus labios pudieran posarse sobre los míos.

Bajó la mano, sorprendido. La confusión en su rostro me dijo que nunca le había pasado nada parecido. Ninguna mujer lo había rechazado.

En ese momento comprendí exactamente qué era lo que quería. Quería la lujuria del hombre que yo eligiese, pero también su amor. Quería que me besara como si no hubiese nadie más a quien prefiriese estar besando. Nunca había estado enamorada, pero ahora eso era todo lo que quería.

«Y nunca tendré esa clase de futuro con Volt».

Yo sólo era la chica del momento. Era un par de labios que podía besar, y mi cama un colchón sobre el que echar un polvo. No era más que una de las muchas mujeres a las que olvidaría en cuanto se acabara la diversión. La próxima vez que me viera haría ver como si no hubiera pasado nada, y perdería todo interés que pudiera sentir por mí al haber conseguido exactamente lo que quería.

—No soy la clase de mujer que estás buscando. —Clavé los ojos en los suyos, demostrándole toda la sinceridad que poseía—. Y tú no eres la clase de hombre que quiero.

Capítulo 4

Volt

No había dejado de darle vueltas a la última conversación que habíamos tenido frente a su puerta. Al impulso de darle un beso ardiente que se había adueñado de mí gracias a esos bonitos ojos. Y mi cuerpo ansiaba algo sexy y rápido.

«Pero me ha rechazado».

Se había apartado antes incluso de que mis labios pudieran tocarla, y el asco en sus ojos resultó doloroso. Me había mirado como si me deseara, pero no quería tener nada que ver conmigo.

«No lo entiendo».

No solía razonar demasiado mis actos antes de llevarlos a cabo, al menos no los físicos. Si quería besar a una mujer, la besaba. Si quería algo más, lo hacía mío. Y, en ese momento, la deseaba a ella. Deseaba esa boca suave sobre mi cuerpo. Deseaba oírla gemir mientras me movía dentro de ella durante toda la noche. Era una mujer tímida y amable, pero quería sacar a la luz un lado nuevo de su personalidad.

«Pero ella no me desea».

Había dicho que yo no era la clase de hombre que estaba buscando.

Y que ella tampoco era la mujer que yo quería.

«¿Qué quería decir con eso?».

Debería olvidarlo y seguir con mi vida. No la conocía, o al menos no demasiado bien. Nos habían presentado hacía dos semanas, y para mí todavía era una desconocida; acabaría desapareciendo como todo el mundo con quien me encontraba.

Pero no podía dejar de pensar en ella.

¿Era culpabilidad lo que sentía? ¿U otra cosa?

Pasé toda la semana trabajando en la oficina. Los correos electrónicos de padres preocupados nunca se acababan, y estaba llevando a cabo entrevistas para captar nuevos tutores; todo el proceso abrumador y sofocante. No podía aceptar a nadie que no fuera lo mejor de lo mejor, y tampoco podía contratar a una persona a quien no le importase el éxito de sus estudiantes. Mi sustento dependía de su compasión.

Había empezado aquel negocio con la mejor de las intenciones, pero sin percatarme también me había hecho rico. Unos años antes el dinero no me había importado, pero desde que me habían roto el corazón y mi mundo había quedado reducido a pedazos, recurría a él para conseguir la felicidad, igual que recurría a todas esas mujeres. Eso no me convertía en mala persona; sólo estaba derribando dos pájaros con la misma piedra.

Conocí a algunas mujeres preciosas y las llevé a mi apartamento, pero el sexo resultó ser mediocre, y eso si era benevolente. Algo hacía que me contuviera, una conciencia oscura sobre esa última conversación que había tenido con una mujer a la que a duras penas conocía. No desapareció, y fue entonces cuando supe que necesitaba aclararme las ideas.

Así que tenía que hablar con ella.

Sabía dónde trabajaba; su campus me era familiar. En una ocasión me habían hecho una entrevista para trabajar allí, y estaba en buenos términos con el actual director.

Porque era mi padre.

Recorrí los pasillos y mantuve un ojo sobre el reloj de la esquina; el timbre sonaría en cualquier momento, y los estudiantes de la Academia Bristol invadirían los pasillos.

Llegué a su clase y me asomé por la pequeña ventana de la puerta. Llevaba un vestido verde azulado que caía suelto sobre todo su cuerpo, y zapatos de tacón de color nude. Vestía como la típica profesora, de manera agradable pero sin buscar nunca la sensualidad de manera intencional. Taylor no era la clase de mujer a la que estaba acostumbrado, pero aun así me parecía atractiva.

Acabó de escribir algo en la pizarra justo en el mismo instante en que sonaba el timbre, y los chicos se lanzaron hacia la puerta. Me aparté justo a tiempo para no acabar aplastado por la muchedumbre de estudiantes ansiosos.

Éstos llenaron el pasillo, y muy pronto se convirtió en un mar en movimiento de jóvenes en sus uniformes escolares, con los chalecos azul marino y los pantalones a juego. Las chicas iban vestidas del mismo modo, pero todavía recordaba las faldas que habían llevado en mi juventud. Había acabado con una mano bajo ellas en demasiadas ocasiones.

Una vez que la clase quedó vacía, entré.

Taylor estaba sentada tras su escritorio, con el cabello castaño cayéndole sobre el hombro. Había un café en la esquina de la mesa, probablemente frío y pasado al ser de la mañana. A su lado se acumulaban informes de laboratorio, y la falta de tinta roja sugería

que todavía no los había evaluado.

No me había visto todavía, así que me acerqué a su mesa. Fue entonces cuando noté el aroma a vainilla y naranjas en el aire; era una combinación extraña, pero el aroma que creaban al mezclarse era relajante. Recordé que había percibido ese mismo olor cuando fui a besarla, pero en aquel momento no pude disfrutarlo.

Todavía iba con el traje, recién salido de la oficina, y la tela resultaba asfixiante. Si pudiera iría todos los días con camiseta y tejanos; era un conjunto mucho más cómodo que la manta que llevaba.

Taylor por fin alzó la mirada al notar que no estaba sola.

—Lo siento, no te había visto… —Se detuvo al comprender con quién estaba hablando exactamente. La sorpresa se fue sustituida muy rápido por la decepción.

Y aquello hizo que me sintiera todavía peor.

¿Estaba así de enfadada porque había intentado besarla? Se comportaba como si hubiera intentado robarle la cartera o algo parecido.

Se recuperó de la sorpresa e intentó disimular su reacción.

—Hola. ¿Qué te trae por aquí?

Examiné las paredes del aula, viendo los diferentes proyectos que habían hecho los estudiantes: había ilustraciones de agujeros negros y su atracción gravitacional en todas las paredes, y no pude evitar sentirme impresionado por la interpretación de cada uno de sus estudiantes. Había incluso cálculos de la fuerza proyectada a lo largo de la órbita de los satélites.

—Quería pasarme y ver tu clase. Me gusta. —Al fondo estaba todo el material de laboratorio, y distinguí pequeños motores en proceso de construcción en un estante. Todo lo que hacían era mucho más avanzado de lo que yo había hecho nunca como estudiante.

—Gracias, pero no puedo asignarme el mérito; lo han hecho todo los estudiantes.

—Pues deberías asignarte un poco. Después de todo, ha sido idea tuya.

Sostenía un bolígrafo rojo con fuerza entre los dedos. La punta descansaba sobre el papel, empezando a crear una mancha de tinta sobre el informe.

Lo miré de reojo.

—Deberías ponerle el tapón.

Vio lo que había hecho y se apresuró a apartar el bolígrafo. Lo tapó e intentó buscar una solución para la gran mancha de tinta.

—Debería poder convertirla en una A…

Acerqué una silla y le cogí el bolígrafo.

—Deja que eche un vistazo. —Esculpí con cuidado una A con la tinta, haciendo que pareciese como si Taylor le hubiese dado un aspecto informal.

Ésta lo estudió con aprobación.

—Acabas de salvarme el día. Ya sabes cómo pueden ser los padres, analizándolo todo tres veces.

—Vaya si lo sé. —Según mi experiencia, todas las madres solteras querían ser demasiado amistosas con el profesor de su hijo… y también algunos padres solteros. Soplé sobre la tinta hasta que se secó y tapé el bolígrafo.

En cuanto hube acabado el ambiente volvió a hacerse incómodo.

Taylor dejó el informe a un lado y se aclaró la garganta, haciendo frente a la tensión.

—¿En qué puedo ayudarte, Volt? —Desvió la mirada hacia otro lado, evitando cualquier contacto visual conmigo.

Al observarla de lejos había percibido la mayor confianza que había visto nunca, pero ahora que estaba junto a ella esa fuerza desaparecía. No hubiese podido decir si la intimidaba o si la hacía sentir calores.

—Quería hablar sobre lo que pasó la semana pasada.

Volvió a mirarme al fin, moviendo las manos sobre el regazo.

—No hay nada de lo que hablar. Olvidémoslo y sigamos adelante. Yo lo he hecho.

Ay.

—No pretendía ofenderte.

—No lo has hecho.

La hostilidad parecía emanar de ella en oleadas cargadas de voltaje. Casi sentía cómo me agujereaba la piel como si fuesen pequeñas partículas de radioactividad.

—Mira, sé que en algún momento he metido la pata, y estoy intentando arreglarlo. Por favor, pon algo de tu parte.

—¿Intentando arreglar el qué?

—Lo que sea que sea esta incomodidad. ¿Qué he hecho exactamente para molestarte tanto? —En ese momento comprendí lo raro que resultaba mi comportamiento. Nunca dejaba que nadie me afectara, ni que me incordiase de aquel modo, pero Taylor había conseguido que reconsiderara mis acciones y pensamientos.

Taylor por fin se quitó la máscara, dejando que sus escudos se debilitaran lo suficiente como para que su vulnerabilidad fuera visible.

—Es sólo que no quiero que me traten como tratas a todas las mujeres de tu vida.

Su comentario me hizo perder el equilibrio.

—¿Qué se supone que significa eso?

—No soy una de esas mujeres que te ligas en un bar, con la que tienes un trío y a la que nunca vuelves a llamar. Y no quiero que me traten así. No sé qué he hecho para darte la impresión de que ando buscando un revolcón fácil, pero ése no es mi estilo.

—Guau… ¿Qué? —¿Cómo sabía todo eso?—. Taylor, ni siquiera me conoces.

—¿Ah, no? —preguntó a su vez—. ¿Así que lo que dices es que mis suposiciones son erróneas? —Me retó con la mirada.

—Bueno… —En realidad, no se equivocaba en nada. Lo único que quería era sexo sin ataduras, alcohol barato y despertarme a la mañana siguiente y repetirlo todo desde cero. Eso era exactamente lo que buscaba cuando intenté besarla frente a su puerta, y no iba a mentir al respecto—. No, supongo que tienes razón.

—Y eso no tiene nada de malo, Volt. No te estoy juzgando, pero no quiero estar en tu lista de objetivos.

A lo largo del último año, ninguna mujer a la que le hubiese hecho una propuesta me había rechazado. La mayor parte del tiempo eran ellas las que acudían a mí. Tenía conocidas que se pasaban a las tres de la mañana, y siempre contaba con toda una lista de chicas a las que podía llamar en cualquier momento. Había dejado de contar con cuántas mujeres me había acostado; no tenía suficientes dedos para hacerlo, ni siquiera si incluía los de los pies, y mi cerebro era incapaz de recordar todos los nombres. Aquella noche pensé que Taylor estaba muy guapa, y, como con todas las que le habían precedido, me lancé a por ella.

—Es sólo que no quiero que me traten así, eso es todo. Como si pudieras besarme siempre que quieras porque tienes derecho a mis labios. No soy una mujer a la que puedas sujetar y hacer tuya sin más. Soy una persona.

No empecé a sentirme culpable de verdad hasta aquel momento, cuando me aplastó con la verdad.

—Lo siento. —Nunca me disculpaba, ni siquiera cuando sabía que me equivocaba, pero aquella disculpa se me escapó automáticamente de entre los labios—. No pensaba en lo que estaba haciendo.

Su mirada se suavizó al ver la sinceridad en mis ojos.

—No pasa nada. No pretendía ser tan brusca. No me importa que me besen en una cita, o cuando un chico me acompaña hasta la

puerta… pero sabía que no quería esa clase de beso. No me sentía como una persona… sino más bien como un objeto.

Y así era exactamente como yo la veía, así que no podía culparla por sacar esa conclusión.

—Tenías todo el derecho a sentirte así. —No es que aquella noche la hubiera malinterpretado. De hecho, ni siquiera me había molestado en intentar comprenderla. Simplemente lo intenté porque asumí que me desearía… como un completo imbécil—. Espero que aceptes mis disculpas.

—Claro que las acepto. —Su carácter amable por fin había vuelto, y hasta me dirigió una sonrisa. No fue una sonrisa forzada, de esas que reconocías como falsa; era real, y resultaba preciosa.

—Bien. —Por fin había desaparecido ese peso de sobre mis hombros y podía volver a respirar—. Espero que podamos dejar todo esto atrás y olvidarlo.

—Quizás podamos ser amigos.

—¿Amigos? —pregunté, sin saber que significaba siquiera esa palabra. La amistad era algo raro para mí, y sólo la establecía con otros hombres. E, incluso entonces, no era muy cercano; no compartía todos los aspectos de mi vida con nadie. En realidad, nunca le contaba nada a nadie. Derek y yo solíamos tener una relación más cercana, y él todavía afirmaba que yo era su mejor amigo, pero yo ya no sentía lo mismo. La soledad era la única amiga que tenía ahora.

—Sí —respondió con una risita—. ¿Es que tienes que refrescar tu vocabulario?

—No tengo muchos amigos.

—Pareces llevarte bastante bien con los chicos. —Recogió el bolígrafo y lo hizo girar lentamente entre los dedos. Fue entonces cuando me percaté de llevaba las uñas pintadas con los planetas del sistema solar, y de que el pulgar estaba ocupado por un cometa. Era infantil, pero adorable.

—Quedamos de vez en cuando. —Pero eso era todo.

—Es bastante triste… A mí me gustaría tener más amigos, y tú no quieres ninguno. Qué ironía.

Eso me hacía sonar como una persona la mar de triste, sí… casi patética.

—¿Estás buscando amigos nuevos ahora mismo?

—Sí, y resulta bastante difícil en una ciudad tan grande como ésta. La gente siempre está yendo a algún sitio; nadie tiene tiempo para pararse a tomar una taza de café.

—Bueno, yo puedo ser tu amigo. Y aceptaré esa oferta de un

café.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Esperas que acepte cuando lo dices por pena?

La sugerencia había dejado de darme miedo ahora que estaba expuesta. Era posible que incluso fuera agradable.

—¿Quieres que seamos amigos sí o no? Es una oferta con fecha de caducidad.

Se mordisqueó el labio inferior mientras intentaba tomar una decisión.

Me miré el reloj de reojo.

—El tiempo corre.

—De acuerdo. Pero sólo si me compras un bollo.

—¿Eso es lo que quieres? —pregunté riéndome—. ¿Un bollo?

—De naranja y arándano. Son mis favoritos.

Me recordaba a una niña entusiasmada por visitar Disneyland por primera vez. Tenía una sonrisa inocente en la cara, y los ojos iluminados como las luces de la Ruta de los Árboles de Navidad.

—Te compraré lo que quieras.

* * *

Caminamos hasta The Muffin Girl y nos pusimos en la cola que rodeaba la tienda. Taylor se colocó a mi lado, investigando la pastelería que mostraban las ventanas. Había tartas, galletas y pastas varias.

—¿Siempre está tan lleno? —Se echó el cabello sobre el hombro, mostrando los pendientes. Eran unos pequeños globos terráqueos que colgaban de unos aros plateados; toda su apariencia era friki, pero de algún modo conseguía que se viera bien.

—Sí. Pero es la mejor pastelería de la ciudad. Y, si voy a enseñarte la zona, tenemos que pasarnos por aquí.

—Guau. Estoy entusiasmada. —Apretó la cara contra el cristal y miró un bollo de chocolate y fresa—. Ése tiene buena pinta.

A mí no me gustaba demasiado lo dulce. Me tomaba el café solo, y siempre me saltaba la tarta en los cumpleaños. Era una persona aburrida y predecible.

—Entonces cógelo.

—Pero ese muffin de mora tiene buena pinta… —Señaló el cesto de muffins del estante de abajo.

—Lo bueno de tener una cola tan larga es que tendrás tiempo para decidirte.

Se mordió las uñas, todavía indecisa.

La comisura de los labios se me torció en una sonrisa.

—Tienes la personalidad perfecta para una profesora.

—¿Sí? —preguntó—. Te daría las gracias, pero no estoy muy segura de a qué te refieres.

—Te gusta jugar, no eres rígida. Los chicos responden bien a eso. —Sólo había dado clases durante 5 años antes de abrir Educación de Primera Oportunidad, pero durante ese periodo pude comprender lo que necesitaban realmente los estudiantes de sus instructores, y ante qué clase de persona respondían mejor. Sabía que Taylor dejaría marca en ellos; no me hacía falta entrar en su aula durante una de sus clases para saberlo.

—Yo no estoy tan segura. Me está costando conseguir que me escuchen.

—¿De verdad? —Avanzamos un poco más en la cola, hablando por encima del ruido de conversaciones de fondo de la pastelería. Las batidoras estaban conectadas, y la caja registradora no dejaba de emitir pitidos con cada nuevo pedido. La cocina iba a toda velocidad, tostando el pan para los sándwiches y preparando pastas nuevas.

—Sí. No estoy segura de cuál es el problema. Al principio creía que no se sentían motivados, así que les di algunos proyectos difíciles, pero no conseguí solucionar el problema. No estoy segura de si se trata de los estándares comunes, de si les hace perder el ritmo…

—Interesante. —Las escuelas privadas solían tener estudiantes obedientes, especialmente en la Academia Bristol. La experiencia de Taylor era curiosa… y extraña—. ¿Saben que eres una profesora nueva?

—Nunca se lo he dicho.

Pero los estudiantes tendían a descubrir la verdad, sin importar cuánto te esforzases en esconderla.

—Los niños hablan.

—Pero incluso si fuera eso, no sé por qué importaría.

—Cuando los estudiantes saben que eres nuevo, les gusta ponerte a prueba. Ver hasta dónde llegas.

—Ja. Que lo intenten. —Avanzamos un poco más, y Taylor examinó unas galletas de nueces de la vitrina—. Tío, se ven bomba.

¿Qué acababa de decir?

—¿Me acabas de llamar tío? Espera, rebobina. ¿Acabas de usar la palabra bomba como adjetivo?

Señaló la vitrina.

—¿Acaso no son las galletas más deliciosas que has visto nunca?

Me encogí de hombros.

—No me gustan mucho los dulces.

Taylor hizo una mueca.

—Justo cuando creía que podríamos ser amigos.

Le miré fijamente la nuca y sentí de nuevo esa vieja sonrisa dibujándose sobre mis labios.

Por fin llegamos a la caja y pedimos nuestros cafés.

—¿Algo más? —preguntó el dependiente tras apuntar nuestro pedido.

—Sí —respondió Taylor—. Me gustaría… —Jugueteó con el pelo, intentando tomar una decisión—. Me gustaría un bollo de chocolate y fresa.

—Claro…

—No, espere, prefiero un muffin de mora.

El dependiente pulsó algo en la caja registradora.

—De acuerdo.

—De hecho, quiero un bollo. Para eso he venido.

El dependiente ocultó a duras penas su irritación y corrigió lo que había marcado antes de marcar su nueva petición.

—¿Algo más?

Llegados a este punto, Taylor se había envuelto toda la mano con su propio cabello.

—En realidad quiero una galleta con nueces.

Ahora el chico parecía a punto de matarla.

—¿Está segura?

Taylor se encogió ante la amenaza que contenía su voz.

—Eh…

A pesar de lo entretenido que resultaba, tenía que intervenir.

—Dele dos de todo lo que ha pedido y una docena de esas galletas con nueces.

—¿Qué? —preguntó Taylor—. No necesito todo eso.

—Te lo puedes llevar a casa.

—Pero…

—Cóbrenos, por favor. —Le tendí mi tarjeta de crédito para acelerar las cosas; teníamos como a treinta personas detrás.

El dependiente no dudó en aceptarla y pasarla por la máquina.

—Aquí tiene su recibo, y que tenga un buen día. —Preparó una bolsa blanca y metió dentro todas las pastas antes de dársela a Taylor.

Ésta tuvo que sujetarla con las dos manos de lo mucho que pesaba.

Llevé nuestros cafés hasta una mesa que había fuera y elegí un asiento en el pequeño patio que había cerca del callejón. Las mesas

de pícnic se veían delimitadas por una pequeña franja de hierba, y había parasoles para evitar que nos diera el sol en los ojos.

Taylor se sentó frente a mí y dejó la pesada bolsa sobre la mesa. Hizo un ruido sordo bastante destacable al aterrizar.

—Ese tipo debe de pensar que soy incapaz de controlarme.

Di un sorbo a mi café y miré como pasaba la gente.

—Y está en lo cierto.

—No necesitaba todo esto.

—Llévatelo a casa y cómetelo más tarde.

—No tenías que comprarlas todas. Podrías haber pagado yo.

—No me importa haberlo hecho. —Volví a tomar un trago—. ¿Y cuál vas a comerte ahora? ¿O es una pregunta peligrosa?

Taylor abrió la bolsa y miró el interior.

—No sé… Me inclino hacia el muffin.

—La pastelería es famosa por ellos.

—Entonces está decidido. —Sacó el muffin de mora y pellizcó algunas migajas de la parte superior antes de llevárselas a la boca. Puso los ojos en blanco en cuanto le tocó la lengua—. Esto es de la estratosfera.

«¿De la estratosfera?».

—¿Es así como hablas en clase?

—Lo haría si me estuviera comiendo este muffin.

Reí entre dientes, y después le robé un pedazo y me lo llevé a la boca.

—¡Oye! Creía que no te gustaban los dulces.

—Bueno, has agotado mi resistencia. —Mastiqué y tragué con rapidez.

—¿Qué opinas?

Asentí lentamente.

—¿Sabes qué? Sí que es de la estratosfera y toa' bomba.

Se cubrió la boca y se rió, a punto de dejar caer el muffin.

—No he dicho *toa'*. Esa palabra la has añadido tú solito.

—Y encaja. —Arranqué otro pedazo de muffin y me lo comí.

Taylor empujó la enorme bolsa en mi dirección.

—Escoge lo que quieras; hay de sobras para repartir.

—Prefiero compartir este contigo. No podría comerme uno entero.

Apretó los labios, como si estuviera intentando no echarse a reír.

—Lo siento, pero suenas como una chica.

—Una muy masculina.

—¿También tienes que mantenerte por debajo de un seis por ciento de grasa? —bromeó.

Sonreí al instante; en realidad lo había adivinado, y me había gustado que lo hiciese.

—Pues resulta que sí.

Puso los ojos en blanco.

—Ése no es mi estilo. Me gusta demasiado la comida.

—Nadie lo adivinaría por tu cuerpo.

—¿Por qué crees que llevo vestidos anchos? —Me dirigió una mirada de astucia, como si me hubiera vencido en una batalla imaginaria—. Tengo barriga y unos muslos considerables.

No me lo creí. Podía admitir que no era ninguna supermodelo, pero aun así tenía muy buen equipo.

—Las mujeres siempre son muy duras consigo mismas. No sé muy bien por qué.

—Ahora que he visto con qué clase de mujer te vas a casa, yo sí que sé exactamente por qué. Los hombres quieren a una mujer perfecta que coma como un cerdo pero no gane ni un gramo. Tienen que poder aguantar el alcohol como cualquier hombre, pero tienen que ser borrachas con estilo. Yo soy incapaz de ambas cosas, así que nunca seré la mujer perfecta. ¿Y sabes qué? Me parece de maravilla. De vez en cuando sigo consiguiendo tener tema. —Movió las cejas antes de tomar un trago de café.

Durante un instante olvidé de qué estábamos hablando; me quedé prendado de la expresión juguetona de su rostro. Ahora que se había tranquilizado resultaba divertida, y hasta graciosa,

—¿Y cuál es tu tipo?

—¿De qué? ¿De helado?

—Por qué no, aunque no es lo que preguntaba.

—De menta con trozos de chocolate —respondió—. ¿Y qué preguntabas en realidad? —Siguió pellizcando el muffin hasta que no quedó más que el envoltorio.

—Tu tipo de hombre. —Porque estaba claro que no era yo.

—En realidad no tengo un tipo. —Se cubrió los labios con los dedos mientras hablaba—. No soy picajosa.

—Venga, debes de tener alguna idea.

Se frotó las manos para librarse de cualquier molla.

—Bueno, me gustan los hombres que no se toman a sí mismos demasiado en serio. Ya sabes, que pueden reírse de sí mismos. Me gusta que sean sinceros y auténticos, y tienen que hacerme reír. No funcionará si no es mi mejor amigo.

Nunca había recibido esa respuesta de las demás mujeres.

—¿Pero y qué hay de sus rasgos?

—Eso no me importa. Lo que es mono es mono.

—En toda relación debe haber algo de atracción física, o no durará. Una parte de la pareja será infiel, es una garantía.

—Bueno, sí que valoro la atracción física, pero definitivamente no es el factor más importante de una relación. Quiero a un chico agradable. Ya sabes, alguien de confianza.

No existía tal cosa.

—Los hombres no son de confianza. Son todos unos perros.

—No todos. —Sacó una galleta de la bolsa.

—Sí. Todos.

Partió un pedazo y me miró.

—¿Eso te incluye?

«Yo soy el mayor perro de todos».

—Sin duda. —Debería haberme sentido avergonzado al decirlo, pero no lo estaba. Me habían hecho daño de un modo irrevocable, y nunca había vuelto a ser el mismo. Mi corazón había desaparecido aquella noche, y no había vuelto a encontrarlo. Mis amistades no habían vuelto a ser las mismas; ni siquiera podía confiar en mis amigos. Lo único que quería era tener sexo. Sentir placer carente de significado mezclado con la nada más absoluta era mejor que sentirse el corazón roto todo el tiempo.

Taylor no mordió la galleta. Estaba completamente concentrada en mí.

—No me lo creo.

—Te besé, ¿no? —Hacía apenas una hora había estado enfadada conmigo por eso.

—No eres un perro por besarme. Paraste cuando me aparté. Un capullo de verdad me habría atrapado contra la puerta y me habría besado a la fuerza. Así que, no, no entras en esa categoría.

Pero no sabía la verdad. Sospechaba que pasaba las noches tirándome a todo lo que se movía, pero no comprendía hasta qué punto llegaba eso. Había roto corazones y camas. Había roto promesas y planes. Era un completo egoísta, y sólo me importaba yo mismo. No se podía malinterpretar lo que era en realidad.

—Me ayudaste cuando estaba perdida en la ciudad. Podrías haberte dado la vuelta y marcharte, pero no lo hiciste.

—Eso no me convierte en una buena persona. —Ni de lejos.

—Tampoco en una mala.

Aquella conversación empezaba a ponerme nervioso. Tomé un buen trago de café para tener algo que hacer.

—¿Hay alguna razón por la que eres como eres?

«Como si fuera a decírtelo».

—No.

—¿No te interesa nada una relación?

—No. —Había tenido esta conversación con muchas mujeres, y el repetir mis respuestas hacía que me sintiera entumecido.

—¿Es porque todavía no has encontrado a la mujer adecuada?

Me reí; esa pregunta era sencillamente estúpida.

—Estoy soltero de manera permanente porque me gusta. Me gusta acostarme con cualquiera y pasar de cama en cama con distintas mujeres. A veces me gusta estar con dos chicas a la vez, incluso con tres. Tengo un paladar muy específico, y así es como soy. No me disculpo por ello, y nunca lo haré.

Taylor estudió mi rostro como si no me creyera.

—Qué interesante.

—¿El qué?

«¿Mi vida sexual es interesante?».

—Eres tan compasivo cuando se trata de mentes jóvenes y de la educación. Creaste toda una empresa con la intención de ayudar a la gente. Cuando hablar de tus años como profesor, lo haces con cariño, pero después tienes un lado distinto… un lado oscuro y retorcido. Es tan contradictorio que no sé si creer lo que dices. Hay una razón por la que eres así… Sencillamente no sé cuál es.

En lugar de sentirme impresionado por su observación, ésta me molestó. No quería que la gente me leyera como un libro, que analizase mi comportamiento e intentara entenderme. En una ocasión fui un libro abierto sin secreto alguno, pero me había cerrado ante todos, avergonzado de mi propia estupidez. Había dejado que alguien me engañara, me mintiera, y había permitido que me dejase como un completo idiota. Mis escudos habían crecido hasta tocar el cielo, y no me gustaba cuando alguien intentaba abrirse paso a través de ellos.

Taylor debió de notar que se había pasado de la raya; debió de sentirlo en el aire, y cambió ligeramente de posición, como si intentara alejarse de ese momento.

—Te he ofendido. Lo siento.

La miré fijamente, sin parpadear, incapaz de controlar mi ira e irritación.

—No intentes resolverme como si fuera una ecuación. No me analices. Lo detesto.

—De acuerdo.

—Si no, se acabó lo de nuestra amistad.

En lugar de apartar la vista, me miró a los ojos. No había ni rastro de miedo ni intimidación.

—Lo entiendo.

Quería largarme de allí, pero algo me mantenía con los pies clavados en el suelo. Me gustaba como era mi vida, lo protegido y en las sombras que estaba, y cuando algo ponía eso en riesgo y se asomaba entre las nubes, resultaba un incordio. Pero, aun así, me quedé.

Taylor abrió la bolsa y sacó otro muffin de mora. Me lo tendió, dirigiéndome una sonrisa que habría animado a cualquiera.

—Mi ofrenda de paz. —Me sujetó la mano y me puso el muffin entre los dedos.

Era difícil seguir enfadado cuando hacía algo tan inocente y adorable. Tanteé la suavidad del dulce antes de darle un mordisco.

—Será mejor que no esté envenenado.

—Oh, no. Nunca envenenaría a mi *amigo*.

Capítulo 5

Taylor

Sara metió la mano en la bolsa de papel y sacó una galleta de nueces.

—Ya me he comido diez de éstas. No puedo parar.

—Están buenas, ¿eh? He ido a esa pastelería del centro, y es genial.

—¿Cuál?

—Se llama The Muffin Girl.

—Oh, he oído hablar de ese sitio. Tienen otro local al lado de mi trabajo.

—No sabía que era una franquicia. —Había parecido un lugar demasiado cómodo como para ser propiedad de una corporación.

—No creo que lo sea, simplemente se ha expandido.

Esa parte no me sorprendía. Había sido un local con un ambiente cálido, y olía tan bien que podrían haber vendido el aroma como ambientador.

—¿Has ido con alguien? —me preguntó.

—Sí, con un amigo.

A lo largo del último año, Sara se había convertido en parte del sofá. No salía a ningún sitio ni hacía nada, y cuando quedábamos, era en mi casa o en la suya.

—¿Un amigo masculino? —me interrogó, llena de esperanza.

—En realidad, sí. Pero es sólo un amigo.

—¿Está bueno?

«Tan bueno que debería ser ilegal».

—Definitivamente es guapo, pero no lo miro con esos ojos.

—¿Cómo puedes no hacerlo?

—No es mi tipo. Ya sabes, es uno de esos casanovas.

—Ah… ya veo. —Asintió como si lo comprendiera demasiado bien—. No te acerques a esos. Puede que creas que puedes hacerlo cambiar, peo nunca cambiará. Cuando un hombre tiene demasiadas opciones, nunca se compromete con sólo una de ellas.

Sospechaba que el comportamiento de Volt surgía de algo más profundo que la indecisión, pero no me detuve demasiado en esa idea. Era muy reservado, y no iba a meter la nariz donde no me

llamaban.

—De todos modos, me gusta bastante ser su amiga. Así me divierto mucho más que si me estuviera acostando con él.

—¿Es gay?

Me reí.

—No, está claro que no. Pero muestra un lado más humano cuando no estoy dentro de su campo de caza.

—¿Por qué actúan los tíos de esa manera tan rara en cuanto entra el factor sexo?

Me encogí de hombros.

—Creo que es una pregunta que las mujeres seguirán haciéndose hasta el fin de los tiempos.

—Sí, probablemente —concordó con una risita.

Estaban emitiendo *The Bachelorette,* y yo acababa de terminar mi partida de Candy Crush en el teléfono.

—¿Quieres salir este fin de semana? Ir a un bar a conocidos chicos monos.

Como siempre, evitó mi pregunta.

—Qué va. He tenido una semana muy larga.

Intenté no poner los ojos en blanco; quería estar ahí para ella mientras pasaba por un mal momento, pero ya había pasado un año. Ya debería haberlo superado, y yo necesitaba salir y conocer gente. Puede que el chico perfecto estuviera ahí fuera, esperándome igual que yo lo estaba esperando a él.

* * *

—Agujero izquierdo del fondo. —Jared golpeó la bola, y ésta rodó hasta el agujero—. Bam.

—Cállate, idiota —dijo Derek—. Sigue con tu turno.

Jared rodeó la mesa hasta localizar su siguiente tiro.

Natalie se le quedó mirando el culo, casi babeando.

«Espero que nadie más lo esté notando».

—Eh, Nat.

Salió del trance con brusquedad.

—¿Qué pasa?

—Vámonos mañana de bares —ofrecí—. A conocer a algunos tíos sexys.

—¿Mañana? —preguntó—. Bueno, es que…

—Perfecto —la interrumpí—. Quedamos en El León y la Araña…

—El León y la Serpiente. —Como siempre, Volt apareció de entre las sombras y nos concedió su inesperada presencia.

—Como sea. —Puse los ojos en blanco y le di un codazo suave

en el costado—. Ya sabe a qué me refería. —El estómago bajo mi codo parecía hecho de cemento puro. De hecho, incluso me hizo algo de daño.

—Lo dudo —respondió Volt—. ¿Y qué vais a hacer allí?

—Vamos a conocer a nuestros futuros maridos. —Sostuve la cerveza en alto y observé la expresión de Natalie. Definitivamente la idea no la apasionaba.

—¿Tu futuro marido? —preguntó Volt—. ¿En un bar?

—¿Qué tiene de malo? —pregunté yo a mi vez.

—No conseguirás conocer a ningún buen tío en un bar.

—De acuerdo, cupido —dije—. ¿Dónde irías tú para conocer a un buen tío?

Se quedó con la boca abierta.

—No lo sé… ¿a la biblioteca?

Volví a girarme hacia Natalie.

—Ignóralo. Vamos.

—¿Y una aplicación de citas? —sugirió Volt—. En ésas hay muchas chicas.

—No quiero hacer eso —respondí—. Estoy segura de que está muy bien, pero quiero conocer a alguien de manera orgánica.

—O Tinder. —Sonrió de oreja a oreja—. Puedo recomendar esa aplicación encarecidamente.

Volví a darle un codazo en el estómago.

Esta vez me sujetó el brazo y me arrastró hacia él.

—¿Quieres jugar?

Así de cerca, podía oler aquel aroma familiar, el olor masculino mezclado con su jabón.

—¿A qué?

—Billar. —Y, sin esperar mi respuesta, me llevó hacia la mesa con la que nos habíamos hecho y eligió dos tacos—. ¿Sabes jugar?

Lo fulminé con la mirada, llena de veneno.

—Me lo tomaré como un sí. —Reunió las bolas y las preparó en un lado de la mesa—. Rompe tú, cariño.

—Se llama Tayz—exclamó Derek desde la otra mesa—. Dilo bien, colega.

—¿Tayz? —Se giró hacía mí con una sonrisa gravada en la cara.

Me acerqué a la mesa y posicioné el taco.

—Sí, me parece bien.

—¿Tus estudiantes te llaman así?

Apunté mi tiro y lancé el taco contra la bola blanca. Ésta choco contra la formación triangular que creaban las demás, y las envió volando por todas partes, haciendo que una de color sólido entrase

en el agujero de la esquina.

—No, pero sería divertido si lo hicieran.

Volt echó un vistazo a las bolas que había en la mesa con un gesto de aprobación.

—¿Dónde aprendiste a jugar así?

Me encogí de hombros.

—Es un don de nacimiento. —Me preparé para el siguiente tiro, pero fallé.

—Pero veo que la modestia no lo es. —Se inclinó sobre la mesa, con la espalda perfectamente recta y marcada de músculos. Estabilizó el tiro con los brazos fuertes antes de golpear. Dos bolas rayadas entraron en el mismo agujero—. Esto sí que es un don, pero no voy a decirlo.

—Acabas de hacerlo.

—No. He *demostrado* que es un don natural. Hay una gran diferencia. —Cambió de lugar en la mesa y se preparó para disparar. Estaba justo a mi lado, así que cuando estaba a punto de golpear con el taco, le hice cosquillas en el costado.

El taco se desvió a la derecha, y golpeó la bola blanca hacia delante, sin conseguir darle a ninguna otra. Se rió, apartándose de un salto.

—Alguien que yo me sé es mala perdedora…

—Sólo te lo pongo un poco más difícil. Ya sabes, puesto que se te da *tan bien*.

—Bueno, en ese caso puede que yo también te lo ponga más difícil. —Aferró el taco de billar con una expresión amenazante en los ojos.

—No te atreverías.

—Supongo que vamos a comprobarlo.

Rodeé la mesa e intenté pensar en cuál sería mi siguiente tiro.

Volt se quedó al otro lado, prometiendo problemas. Sus ojos oscuros insinuaban su actitud traviesa, y la pequeña sonrisa que se le dibujaba en los labios resultaba incluso más amenazadora.

—Será mejor que no te acerques.

Sostuvo el taco de billar con una mano y se metió la otra en el bolsillo, pero aquello no hizo desaparecer el aire de falsa hostilidad.

Por fin encontré un tiro que quería probar, y en cuanto adopté la postura, atacó.

—Tócame y te mato.

Movió los dedos sobre mis costillas, haciéndome cosquillas con total abandono.

Me reí, ganándome la atención de toda la gente que había en el

bar. Solté el taco, intentando soltarme desesperadamente.

—Suéltame.

—Dime que soy el rey del billar.

—¿Qué? —dije mientras seguía haciéndome cosquillas.

—Soy el rey del billar, dilo.

—Eso ni siquiera suena bien.

Me hizo cosquillas con más fuerza.

—Dilo.

—Vale. Eres el rey del billar. —Y al decirlo perdí todo el respeto que sentía hacia mí misma.

—Buena chica. —Me dio una palmada en el trasero y volvió a la mesa para apuntar.

—Eh, es mi turno.

—Maldición, esperaba que no te dieras cuenta.

—Siempre me doy cuenta de cuando alguien está intentando tomarme el pelo. —Apunté y sentí como los pendientes con forma de estrellas fugaces se balanceaban desde los lóbulos de mis orejas. Estabilicé el tiro y golpeé la bola blanca, pero no conseguí hacer entrar ninguna bola.

—Vaya, vaya. No seas tan dura contigo misma; después de todo, estás jugando con un maestro.

Me dieron ganas de partir el taco contra su cara.

—¿Y qué vais a hacer Natalie y tú en El León y la Araña? —Me dirigió una sonrisa bromista, recibiendo otro codazo más.

—Vamos a la búsqueda de citas ardientes.

Apuntó el tiro y metió otra bola en unos de los agujeros.

—¿Qué te acabo de decir? No vas a encontrar a ningún buen tío en un bar.

—¿Quién lo dice?

—Cualquiera con dos dedos de frente. Los hombres sólo van a bares porque saben que pueden conseguir a una mujer para una noche de diversión. Confía en mí, sé de estas cosas.

—No puedes asumir que sea así para todos los hombres.

—Sí que puedo. —Volvió a apuntar, pero falló.

Me acerqué a la mesa en cuanto volvió a ser mi turno.

—No puedes generalizar de esa manera. Estoy segura de que hay muchos hombres que salen todas las noches esperando encontrar una mujer con la que poder tener una relación significativa.

Su única reacción fue echarse a reír.

—Si estuviéramos en una película de Disney, quizás.

—Es cierto.

—Todos los hombres buscan un revolcón fácil, y si no lo eres,

pasarán de largo.

No me lo creí. Me negaba a creer algo así.

—Te sacaré a dar una vuelta y te ayudaré un poco.

—¿Qué? —solté.

—Iré contigo a los bares y te encontraré a un buen tipo. Pero también demostraré que no hay ninguno.

—Puedo conseguir mis propias citas, pero gracias.

—Venga —dijo—. Y tú puedes elegir una chica para mí.

—Uuh—respondí—. No voy a escoger a tu próximo ligue.

—También puedes mirar, si quieres. —Movió las cejas.

—Estoy a punto de vomitar sobre la mesa de billar. Y sospechó que costará mucho de limpiar.

—No es nuestro problema. —Volvió a conseguir un buen tiro y cambió de posición en la mesa—. Así que, ¿qué dices?

—Se supone que voy con Natalie.

—¿Y no puedes ir con ella en otra ocasión?

Miré de reojo detrás de mí y la vi a ella y a los chicos absortos en su partida. Ni siquiera nos estaban prestando atención.

Volt observó mis acciones, cada vez más interesado.

Rodeé la mesa hasta estar a su lado.

—Estoy intentando que Natalie salga y conozca a otra persona.

—¿Por qué?

—Porque… —Asentí en dirección a Jared.

Volt siguió mi mirada y volvió a girarse hacia mí,

—¿Porque…?

—Está colada por Jared, pero a él no le interesa. Parece desesperada, ¿sabes? No puedo dejar que quede como una idiota.

Volt se encogió de hombros.

—No veo por qué iba a ser eso problema tuyo.

—Es mi amiga.

—Pero la conoces desde hace poco.

—¿Y? Eso no importa.

—Supongo que podría acostarme con ella. —Se encogió de hombros, como si estuviera intentando ser humilde mientras realizaba una heroicidad.

Lo fulminé con los ojos.

—¿Qué? —preguntó con inocencia.

—No vas a acostarte con ella.

—¿Por qué? —me rebatió.

—Porque es tu amiga. Y no te acuestas con tus amigas.

—Lo sé, pero quieres ayudarla, ¿verdad?

—Quiero que siga adelante y tenga una relación con otra

persona. Una sesión de sexo no cambiará nada.

Sonrió de oreja a oreja, como si estuviera recordando algo agradable.

—Está claro que entonces nunca has tenido una buena sesión de sexo.

—Sí que la ha tenido. —Sonaba más a la defensiva de lo que pretendía, y era consciente de que se debía a lo que único que había tenido siempre era sexo mediocre. A veces conseguía llegar al orgasmo, pero la mayoría del tiempo no era así. No estaba segura de si se trataba del tamaño del instrumento o del movimiento, pero fuera lo que fuera, no funcionaba. Quizás fuera yo el problema.

«Dios, espero que no».

Volt sonrió como si pudiera ver a través de mis palabras.

—Estoy siempre a tu disposición si necesitas soltar algo de tensión algún día.

—No seas asqueroso.

—El sexo no es asqueroso.

—Contigo sí.

—¿Qué se supone que significa eso? —se defendió.

—Lo más seguro es que tengas clamidia o algo así.

—Siempre uso condón, y me hago analíticas de forma regular. Todo está bien.

—Aun así, no me interesa.

—Lo que tú digas —respondió—. Avísame cuando cambies de idea.

Nunca cambiaría de idea. Me gustaba mucho más como amigo que como lío ocasional. Nunca caería tan bajo.

—Espera sentado.

—¿Y cuándo vamos a hacerlo?

—¿Hacer el qué? —No había accedido a nada.

—Encontrar tu Príncipe Azul.

—Nunca he dicho que estuviera buscando un Príncipe Azul. Sólo quiero a un hombre agradable.

—En Nueva York eso no existe. Quizás deberías volver a Washington.

«Lo haría si pudiera».

—Puedes venir, pero sólo para que te demuestre cuánto te equivocas.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—Encontraré a un hombre agradable.

Rió entre dientes.

—Buena suerte.

—Lo digo en serio.

—Estoy seguro. —Rodeó la mesa como si fuera el dueño del lugar y de todos los que se encontraban en su interior. Su arrogancia resultaba a veces encantadora, pero ahora mismo sólo molestaba.

—Mi prioridad es que Natalie salga de esta fase.

—Ella no es problema tuyo, Tayz. Si quiere seguir a un tío como un perrito, está en su derecho.

—Pero me parece que cambiaría de opinión si lo supiera todo.

—Entonces díselo.

No podía hacer eso. Se sentiría tan humillada que no podría recuperarse nunca.

—Creo que es más fácil si encuentro a alguien para ella. Es inteligente, guapa y muy dulce; se merece a un hombre que se fije tanto en ella como ella en él.

Volt negó con la cabeza y apuntó en su siguiente tiro.

—¿Por qué puedes salir con ella pero no conmigo?

—¿Por qué quieres salir conmigo tanto? —contraargumenté.

—Si entro con una mujer, las demás se pelearán todavía más por mí.

—Eso no tiene ningún sentido. —Deberían considerarlo como alguien prohibido.

—A las mujeres les gustan los hombres a los que no pueden tener.

«Eso es asqueroso».

—Yo nunca iría tras un hombre que tuviera una relación.

—El resto del mundo no comparte tu moralidad.

Volt tenía una perspectiva extraña sobre la vida; creía que todo el mundo era malvado de manera innata y que no había gente buena en el mundo, lo cual resultaba curioso teniendo en cuenta que había dado forma a las mentes de gente joven y los había preparado para el mundo. Me decía que no lo analizara, pero no podía evitarlo; quería sus secretos, las respuestas a las preguntas que no se habían formulado.

—Creo que la mayoría de la gente si la comparte.

Negó con la cabeza en respuesta.

—¿El viernes por la noche, entonces?

—Me apunto. —Golpeó otra bola y entró en el agujero de la esquina. Sólo quedaba la bola número ocho y algunas lisas—. Después de eso, te enseñaremos a jugar al billar, porque se te da fatal.

Capítulo 6

Volt

De algún modo, sin darme ni cuenta, Taylor se había convertido en mi amiga.

Nada más conocerla, pensé que era una mujer con pocas habilidades sociales, y después fui conociéndola mejor y quise liarme con ella por una noche. Pero me rechazó y me exigió el respeto que no le había dado.

«¡Y bum! Ahora somos amigos».

Nunca había entablado amistad con una mujer. Siempre había habido sexo de por medio, y si no se podía tener sexo, al menos caía alguna masturbación mutua decente. Natalie y yo éramos amigos, en cierto sentido, pero durante la mayor parte del tiempo para mí era la hermana de Derek.

Estaba andando camino a mi apartamento, después del trabajo, cuando Taylor me envió un mensaje.

The Muffin Girl.

Solía enviarme mensajes crípticos como aquél, y mi trabajo era averiguar qué estaba intentando decirme.

¿Ahora?

Me envió un emoticono de un muffin de moras.

Aquello era fácil de descifrar.

Estoy de camino.

Me envió una fotografía que se había hecho; se la veía metiéndose un muffin entero en la boca, del mismo modo en que una serpiente podría comerse a un ratón.

Me reí entre dientes y escribí una respuesta.

Vaya, eso sí que es sexy.

Después me envió otro emoticono, esta vez de un dedo medio extendido.

Me reí y me guardé el teléfono en el bolsillo. Caminé hasta la pastelería, distinguiéndola sentada fuera, en una de las mesas de pícnic. Llevaba un vestido largo rosa con una chaqueta violeta de punto encima, su vestimenta habitual para clase. Parecía el estereotipo de una profesora, con clase pero también algo empollona. Llevaba el largo cabello castaño rizado, y un gran

sombrero para evitar que le diera el sol en los ojos. Era como si su lugar hubiese estado en la playa, sólo hacía falta quitarle la chaqueta.

—Deberías usar esa fotografía cuando te crees un perfil en alguna aplicación de citas.

—¿Para que nadie se interese?

—De todos modos no se interesaría nadie.

Me pateó en broma por debajo de la mesa.

—¿Qué es eso? —Había visto el café y el muffin que me esperaban en mi lado de la mesa.

—Me he imaginado que no querrías hacer cola.

—¿Cómo sabías que vendría?

Se encogió de hombros.

—No tienes más amigos aparte de mí, ¿qué otra cosa ibas a estar haciendo?

Me hizo sonreír todavía más aun cuando no me había parecido posible.

—*Touché*.

—¿Y cómo te ha ido el día?

—Bastante aburrido. Lo he pasado entero en la oficina.

—¿Viendo pornografía o trabajando?

Reí entre dientes.

—No veo porno.

Se detuvo en mitad del bocado que estaba dando y me miró con un gesto de incredulidad.

—En serio, no lo veo. —No tenía por qué mentir, especialmente con ella.

Me miró como si no creyera ni una palabra de lo que decía.

—¿Por qué iba a mirar pornografía cuando tengo sexo a todas horas? Créeme, no necesito la mano más que para sujetar el bolígrafo cuando escribo.

—Supongo que en eso tienes razón —concedió—. Por un momento he pensado que me mentías; todos los tíos miran porno. Leches, hasta yo lo hago.

Estaba a punto de ir a por mi muffin, pero me detuve al oír lo que acababa de decir. Al instante me la imaginé tumbada en la cama, con la mano entre las piernas, el dormitorio a oscuras y la luz de la pantalla del ordenador iluminándole las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos. Me la imaginé respirando profundamente, gimiendo mientras miraba a algún tío embestir dentro de su pareja. En esa imagen, sus dedos se movían con agresividad sobre su sexo, llevándola hasta un poderoso orgasmo.

—¿Volt?

Durante un momento me había quedado embobado, y no estaba seguro de cuánto tiempo había pasado.

—¿Eh?

—Has puesto una cara rara.

Porque me la estaba imaginando masturbándose… y había acabado con una erección al hacerlo.

—Me acabo de acordar de que me he olvidado algo en la oficina.

Por suerte, se tragó mi excusa.

—El trabajo ha estado siendo difícil últimamente.

—¿Qué ocurre?

—Me está costando conseguir que los chicos presten atención. El otro día estaba dando clase y vi cómo se intercambiaban notas por el reflejo de la pizarra.

—¿Dijiste algo?

—No, no vi qué ganaba con ello. —Pellizcó el muffin—. Sé que no acabaran siendo soldados, pero esperaba algo más por su parte.

—¿Los obligas a hacerse responsables de su mal comportamiento?

—Sí. Cuando no hago ver que no lo veo…

—¿Hay demasiados deberes o demasiado pocos?

—Creía que no los estaba haciendo esforzarse lo suficiente, así que aumente la carga de trabajo y la dificultad del contenido, pero no parece haber conseguido que cambie nada. Sencillamente no les interesa, por la razón que sea. Esos chicos serán futuros diplomáticos, médicos e ingenieros aeroespaciales. Creía que tendrían ganas de aprender.

Cuando se trataba de la cultura dentro de un aula, no había ningún factor específico que decidiese cómo iba a fluir.

—Durante mi primer año, los estudiantes me hicieron pasar un mal rato. Sabían que era un novato que estaba aprendiendo según pasaban los días, pero en cuanto me convertí en el entrenador de lucha libre, las cosas se suavizaron bastante.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Me convertí en un miembro de su comunidad. Era una cara a la que veían fuera de clase, y tenía una posición respetable en la comunidad escolar. Cuanto más te involucres en la escuela, más respeto te darán.

—Nunca lo había visto así.

—Marca una gran diferencia.

—¿Pero cómo podría participar? —preguntó—. Ya doy clase durante todo el día, y por las noches preparo las clases en cuanto

llego a casa. ¿Cómo iba a hacer hueco para otra actividad?

—Quizás puedas crear un club o algo así.

—Eh. —Se encogió de hombros, desinteresada.

—¿Un decatlón académico?

—Dios, no. Eso consumirá todo mi tiempo.

—¿Practicaste algún deporte en el instituto?

—¿Tomar el sol cuenta?

Me reí al imaginarla tumbada sobre el césped del colegio.

—No lo creo.

—Supongo que podría encontrar algo… Es sólo que no quiero gastar todavía más tiempo del día. Ya tengo un millón de cosas de las que ocuparme.

—Te ayudará a conseguir más rápido una plaza fija.

—¿Lo hará? —preguntó.

—Sí. Cuantos más cursos impartas y más te involucres en la escuela, más probable será que quieran conservarte de manera indefinida.

Me miró fijamente con gesto impresionado.

—Es de lo más conveniente tener a un amigo que pueda contarme todos sus secretos.

—No estoy seguro de que sean secretos, pero sí que soy una fuente de conocimientos.

—Bueno, mañana lo investigaré más en profundidad a ver si hay algo en lo que pueda participar. Así esos mocosos empezarán a escucharme.

—Puedo ir un día a observar si quieres.

—¿A observar? —me preguntó.

—Ya sabes, ver cómo funciona tu clase durante una semana y analizarla. Podría ser de ayuda.

—¿Lo harías? —preguntó incrédula.

—¿Por qué no? —Éramos amigos, ¿no?

—Eso me ayudaría tanto. Necesito un experto que me indique qué estoy haciendo mal y qué estoy haciendo bien. —Se aferró el pecho en un gesto de gratitud—. Muchísimas gracias.

—No es para tanto. Pero será un placer señalar todo lo que haces mal. —Tomé un bocado del muffin y le guiñé el ojo.

Estaba tan agradecida por mi oferta que ni siquiera pareció importarle.

—Conseguiré el permiso de la administración.

—No te preocupes por eso, yo me encargo. —Sería mucho más rápido si lo hacía yo. Conocía a todas las personas adecuadas y en los puestos adecuados, incluido mi padre.

—Bueno, gracias por ayudarme. Estoy segura de que tienes cosas más importantes que hacer.

—En realidad no me importa. Además, me has invitado a café y a un muffin; tengo que devolverte el favor.

—Sólo te estoy devolviendo el que me compraras esa bolsa gigante de pastas que no me hacían falta.

—¿Te las comiste todas?

Apartó la vista y evitó mi pregunta.

—¿En serio? ¿Te las comiste todas, todas?

—No en un día—me espetó—. Y mi amiga también se comió algunas.

—¿Tu amiga? Creía que yo era tu único amigo.

Me lanzó una migaja a la cara.

—No, no lo eres. Hemos sido amigas desde siempre.

—¿Es guapa? —La carne fresca siempre me interesaba.

—No es tu tipo.

—¿Es que es un tío?

—Acaba de salir de una relación hace poco, y todavía no se ha recuperado.

—Todavía mejor. Puedo ayudarla a superar a su ex.

Taylor puso los ojos en lanco.

—Voy a mantenerla bien lejos de ti.

—Ahora que ha quedado claro que es el fruto prohibido, la deseo todavía más…

—¿Es que tienes cinco años? —preguntó incrédula.

Me encogí de hombros.

—Diría que tengo dieciséis; toda la inmadurez y además recién entrado en la pubertad.

—Has dado en el clavo. —Se acabó el muffin y tomó el último trago que le quedaba de café—. Bueno, tengo que ponerme en marcha. Me queda mucha mierda que evaluar.

—¿De verdad son sus trabajos una mierda?

—Por desgracia. —Me dio una palmada en el hombro y se alejó.

Giré el cuello en un gesto incómodo y miré como se marchaba. Balanceaba las caderas al caminar, el cabello castaño se mecía con cada movimiento. Con ese vestido se le notaba el culo, y me quedé mirándolo fijamente hasta que Taylor desapareció de mi vista.

* * *

Cuando fui a recogerla el viernes por la noche, me la encontré vestida con uno de sus vestidos de profesora; le caía suelto alrededor del cuerpo, y tenía abejas estampadas por todas partes.

Llevaba un collar con un trozo de panal, y calzaba sandalias.

—Te vas a cambiar, ¿verdad?

—¿Qué tiene de malo? —Se miró, sin tener ni idea de a qué me refería

—Vamos a un bar. Las tías no visten así.

—Pero no quiero ponerme una minifalda y un top sin tirantes. No me sientan bien.

—¿De qué demonios estás hablando? —El otro día le había dado un buen repaso al trasero que lucía, y era perfecto.

—Tengo veintisiete años. Soy una anciana.

—Y yo tengo treinta y dos. ¿Qué importa eso?

—Ya no puedo ir vestida como una veinteañera, no tengo ese cuerpo.

Me hizo falta toda mi fuerza de voluntad para no poner los ojos en blanco.

—Ésa es la mayor tontería que he oído nunca.

—Pues es verdad. Y, además, soy profesora.

—¿Significa eso que tienes prohibido vivir más allá del aula? ¿Crees que te vas a encontrar a uno de tus estudiantes?

Cruzó los brazos sobre el pecho y me miró mosqueada.

—Deja que te lo demuestre. —Entré en su piso sin que me invitara, y fui directo hacia el dormitorio que me pareció el suyo.

—Por favor, adelante… —Cerró la puerta y me siguió.

Abrí el armario y examiné qué opciones tenía. Si tenía que ser sincero, no eran demasiadas.

—Por favor, por supuesto que puedes revolver entre mis cosas…

Había coordinado la ropa por color y temporada con el mayor de los cuidados. La parte interior de la puerta tenía un gancho en el que colocar las joyas, y de él pendían sus collares con temática animal y del universo. En el estante superior tenía los zapatos, la mayoría de ellos sandalias.

Estaba mirando el armario de una anciana.

—Ni siquiera tengo nada que se pueda considerar sexy. Estás perdiendo el tiempo.

Fui pasando la ropa de un lado a otro, mirándola rápidamente, buscando algo que fuera mínimamente sexy.

—Estás perdiendo el tiempo. —Se sentó en la cama que tenía detrás, todavía de brazos cruzados.

En el fondo del armario había un vestido negro ajustado. El escote tenía forma de corazón sin tirantes, y cuando lo sostuve frente a mí, me pareció un delgado trozo de tela que a duras penas conseguiría taparla.

Era perfecto.

—Esto. —Se lo lancé al regazo.

Examinó el vestido con los ojos entrecerrados, como si no supiera qué era.

—Me había olvidado de éste. Me lo regaló mi amiga.

—Porque sabe que te verías espectacular con él.

—Fue como hace tres años.

—Cállate y póntelo. —Seguí revolviendo en su armario hasta que encontré unos tacones a juego.

Taylor sostuvo el vestido frente a su rostro.

—Dudo que me entre siquiera.

Era esbelta; seguro que le iría bien.

—Tú pruébatelo.

—Si me pongo esto me veré ridícula. No voy a encajar nada.

—Eso ya lo haces ahora. —Dejé los zapatos sobre la cama, a su lado—. Y ahora póntelo.

Suspiró y sujetó la tela entre la punta de los dedos. Después alzó la vista hacia mí con gesto expectante.

No sabía a qué estaba esperando.

—¿Qué?

—¿De verdad crees que voy a dejar que mires mientras me cambio?

«Ni lo había pensado».

—Esperaba que me siguieras la corriente.

—Pues no.

La dejé en el dormitorio y me quedé de pie al otro lado de la puerta.

—Quiero ver cómo te queda. No te atrevas a quitártelo antes de que pueda echar un vistazo.

—¿Y si no me entra y sólo he conseguido subirlo hasta los muslos?

—Aun así quiero verlo.

—Créeme, no quieres verlo.

—Deja de hablar y empieza a cambiarte.

Se oyó ruido un pequeño forcejeo al otro lado de la puerta, y la oí saltar mientras intentaba ponerse ese vestido tan ajustado. Llegué a distinguir algunos gruñidos y jadeos, y me esperé lo peor. Se lo habría puesto la parte de abajo arriba, o peor todavía, del revés.

—¿Has acabado? —Me apoyé contra la puerta, de brazos cruzados. Estaba justo frente a la sala de estar y la cocina, observando cómo había decorado su hogar. Los sofás beige contrastaban con el suelo de madera, y había cojines de colores

sobre éstos. La mesa de la cocina estaba hecha con madera negra, y llamaba la atención en comparación con todo lo demás. Era elegante y esbelta, pero también tenía personalidad. La de ella.

—Sí, eso creo. Pero tengo un aspecto horrible.

Puse los ojos en blanco.

—De verdad que sí.

—Eso lo juzgaré yo. ¿Puedo entrar?

—Espera…

Ya tenía la mano sobre el pomo, pero no lo giré.

—¿Qué pasa?

Todo rastro de humor desapareció de su voz, y sólo quedo una enorme sensación de vulnerabilidad.

—Volt, no te rías de mí.

Aferré con fuerza el pomo, y sentí como me inundaba un sentimiento de solidaridad.

—Nunca haría algo así.

—Porque no me parezco en nada a esas chicas que ves en los bares y los clubs.

—Eso no tiene por qué ser malo. —Seguí hablando con ella a través de la puerta.

—No, está claro que sí lo es.

Todavía no había apartado la mano del pomo.

—¿Puedo entrar ya?

—Supongo que sí…

Me imaginé que el vestido se le ajustaría tanto al cuerpo que resaltaría todos los puntos flacos en lugar de sentarle bien. Había sido un idiota al sugerirle esa idea y hacerla sentir insegura. Había intentado ayudarla, pero en lugar de eso lo había empeorado todo.

Entré e intenté mantener cara de póquer para que no viera mi verdadera reacción. Decirle a una chica que algo no le quedaba bien te convertía al instante en un capullo y, puesto que había sido yo quien la había colocado en aquella posición, me lo habría merecido.

Pero cuando la miré, todos mis miedos desaparecieron.

El vestido le moldeaba el cuerpo como si lo hubieran diseñado específicamente para ella. Le abrazaba la estrecha cintura, dándola una forma de reloj de arena tan marcada que me secó la boca. Sus pechos encajaban en las copas del escote, que se encargaba de juntarlos, formando una sutil línea entre ellos. Tenía los hombros finos, redondeados y una piel reluciente, y las clavículas se definían justo bajo el cuello, dejando que se le marcara el hueco bajo la garganta cuando se movía un poco. El vestido le llegaba justo por encima de la rodilla, y a pesar de ir descalza, sus piernas seguían

viéndose bien torneadas y con un trasero firme.

Taylor se estaba mirando fijamente su reflejo en el espejo de cuerpo entero, y en lugar de quedar impresionada por lo que veía, parecía mortificada.

—Parezco una idiota.

—¿De qué estás hablando? —No podía quitarle los ojos de encima—. Estás para mojar pan.

—Cállate. —Se echó el cabello sobre un hombro, intentando usarlo a modo de escudo para esconderse.

—Sí que lo estás. ¿Es que te estás mirando en un espejo roto?

Se movió, nerviosa, y evitó mi mirada.

—¿Qué tiene de malo exactamente?

—Es muy apretado, y no tengo un cuerpo fibroso.

—Vale… No he oído usar ese término desde los años ochenta.

—Bueno, es una descripción perfecta para la situación.

«¿Es que está mujer está ciega del todo?».

—Tayz, eres una mujer de categoría.

Puso los ojos en blanco.

—Si acabara de verte desde el otro lado del bar, me lanzaría a por ti.

—La primera vez que me viste me ignoraste —argumentó.

—Bueno, sí. Pero ya había decidido liarme con esas dos otras tías.

Negó con la cabeza, como si no me creyera.

—Te digo que todos los hombres se te quedarán mirando. Podrás elegir a quien quieres de entre todos.

—No quiero darles la impresión equivocada.

—Entonces no lo hagas. Sé tú misma.

Se pasó los dedos por el suave cabello.

—¿Quieres encontrar a tu Príncipe Azul? Bueno, ya no tendrás que hacerlo; él acudirá a ti.

Por fin dejó de tocarse el pelo y se giró hacia mí.

—¿Me prometes que no parezco una tonta vestida así?

—Te lo juro por Dios, sin cruzar los dedos y que no me caiga un rayo si miento.

—Espera… ¿qué?

Aquella era mi versión de la frase.

—Prefiero morir antes que sentir como me cae un rayo encima, así que así es como lo digo. Pero el significado es el mismo, no me burlo de ti.

—¿De verdad? —Hasta aquel momento nunca había visto este lado de ella. Normalmente tenía confianza en sí misma. A veces

podía sentirse algo incómoda, pero nunca actuaba de manera desesperada. Era como si necesitase mi más completa aprobación antes de salir de casa.

La sujeté por los hombros, percatándome de lo suaves que eran, y la giré hacia mí.

—Del todo. —Le mostré la mano con el meñique extendido—. Te lo juro para siempre.

Sonrió al mirar mi mano, enseñando todos los dientes. Era una de aquellas sonrisas que le iluminaban la mirada. No sonreía siempre así, sólo en contadas ocasiones.

—Promesa para siempre. —Entrelazamos los meñiques, agitándolos de arriba a abajo.

Sentí como se me estiraban los labios en otra gran sonrisa. Me encantaba ver aquella confianza en sus ojos, saber que nunca le mentiría, no cuando hacíamos una promesa con los meñiques.

—Ahora vamos allá y liguémonos a alguien.

* * *

Nos sentamos juntos en uno de los sofás, con las copas en la mano. Taylor había cruzado las piernas, y yo no dejaba de encontrarme observando esos muslos torneados más de lo que observaba mi alrededor en busca de mi próxima presa.

Todo el mundo se giraba a mirarla en cuanto sentían su presencia, y rara vez conseguían apartar la mirada de su rostro. También había muchas cabezas girándose en mi dirección, seguidas por el sonido de risitas agudas.

Taylor evaluó a un tipo de la esquina, vestido con tejanos y una camiseta azul oscuro. Era más bien delgado, sin la clase de músculos que yo poseía; me sorprendió que le estuviera considerando. No era el más atractivo de la sala.

«Bueno, está claro que ése soy yo».

—Me parece mono. —Hizo un gesto de cabeza en su dirección tras tomar un trago de su copa.

—¿En serio? —No conseguí ocultar mi desdén—. Estás muy por encima de él.

—¿Por qué dices eso?

—Porque pesa como unos cincuenta y cinco kilos, la ropa parece salida de una tienda de segunda mano y el reloj tiene que ser de juguete. ¿Qué has visto en él?

—Le he estado vigilando, y sonríe mucho. Cuando habla con sus amigos lo suele hacer entre risas. Parece un buen chico. Ya sabes, de esos que son leales a sus amigos y buenas personas.

¿Había notado todo eso con sólo mirarlo?

—¿Pero te atrae?

—Es mono. Quiero decir, no es Brad Pitt, pero no estoy buscando a Brad Pitt.

—Todas las mujeres buscan a Brad Pitt.

—El aspecto es lo que menos me importa. Ya te lo he dicho.

—Para mí es lo más importante.

—Sí, lo sé —respondió riéndose—. Lo has dejado muy claro. —Tomó otro sorbo y siguió observando al delgaducho—. ¿Cómo empiezo una conversación?

—¿Vas a tirarle los tejos? —pregunté incrédulo.

—Sí, ¿por qué no?

—Porque estás muy por encima de él. Te lo pondré en términos que puedas entender: él es Plutón, y tú eres el sol.

—Ni siquiera lo conoces. ¿Cómo puedo estar tan por encima?

—Lo noto.

—Bueno, ¿y quién te gusta a ti?

En realidad, no había estado prestando demasiada atención.

—Eh, no estoy seguro.—Eché un vistazo a la barra y encontré a un grupo de chicas monas en la esquina. Me miraban fijamente, probablemente con la esperanza de que me acerase a una de ellas… o a todas a la vez.

—Me parece que voy a ir a hablar con él. —Dejó la copa sobre la mesa—. ¿Qué debería decirle?

No podía creerme que aquello estuviera pasando. Iba a acercarse al tío así, con ese aspecto de bomba sexual, y éste se desmayaría de la impresión. A los tipos como ése nunca les tiraban los tejos chicas como ella.

—Sinceramente, no hará falta ni que digas mucho.

—¿Debería empezar con un chiste?

—Tú sólo saluda. —Podía confiar en mí. Era lo único que iba a tener que decir.

—De acuerdo. Deséame suerte.

«Lo haría, pero no la necesitas».

Se levantó del sofá y se ajustó el vestido. Después se acercó lentamente a donde él estaba con su círculo de amigos. Balanceaba las caderas a medida que se movía, y tenía la elegancia de una reina. Nunca me había dado cuenta del modo en que caminaba, pero claro, tampoco la había visto nunca con tacones. El largo cabello castaño le caía sobre la espalda, dándole un aspecto delicioso a su piel de porcelana. Tenía algunas pecas en los hombros, como pequeños besos a manos del sol.

El delgaducho la miró, y durante un momento fue incapaz de esconder su sorpresa, además de su placer. Tenía una cerveza en la mano, pero todavía no la había probado; toda su atención se centraba en la mujer perfecta que tenía justo delante.

Vi cómo hablaban, y al cabo de un momento él rió ante algo que había dicho Taylor. Ambos sonreían, empezando con buen pie.

Me quedé sentado solo en el sofá, y de repente me sentí fuera de lugar. Pasaba casi todo mi tiempo a solas porque así era como prefería vivir; mis pensamientos eran entretenimiento más que suficiente. Pero en cuanto Taylor se alejó, sentí una nueva sensación de soledad, una diferente a lo que había sentido antes. De algún modo, me pareció que de repente hacía más frío.

El cojín junto a mí se hundió cuando alguien ocupó el asiento libre. Se trataba de una jovencita rubia de ojos verdes y piel clara. Llevaba un vestido corto que revelaba cosas que deberían haber permanecido ocultas.

—Hola. Parece que necesitas otra copa.

Me giré hacia ella y comprendí que la había visto antes… pero no. Era sólo que había visto a un millón de chicas como ella. Al igual que el resto de la multitud, toda ella se difuminaba sobre el paisaje. No era única. No era especial.

No era alguien digno de recordar.

* * *

— ¿Cómo va el trabajo? — Mi madre me pasó la fuente de patatas.

—Bien. Es más de lo mismo. —Me serví y le pasé la fuente a Connor, mi hermano menor.

Connor se sirvió a su vez antes de dejar la fuente en la mesa.

—¿Qué tal tú? —Probé el asado y me maravillé ante su sabor. Mamá siempre había sido buena cocinera, y yo casi nunca comía nada casero. Vivía a base de barritas y batidos de proteínas, ya que nunca me había tomado el tiempo suficiente como para descubrir cómo funcionaban los fogones.

—Las cosas van genial —respondió—. La tienda está frenando el ritmo por las fiestas, pero eso sólo significa que tengo más tiempo libre. —Era propietaria de una boutique de vestidos nupciales, vendiendo vestidos a las futuras novias, y adoraba cada aspecto de su trabajo.

—Quizás deberíais ir de viaje —sugerí—. Disfrutar del tiempo libre.

—Ojalá —dijo—. Tu padre está demasiado ocupado en la escuela.

—No dejo de apagar fuegos por todas partes —añadió mi padre tras tomar un bocado—. Me encanta la Academia Bristol, pero los padres mandan más de lo que mando yo.

Pensé al instante en Taylor, pero decidí no mencionarla. Siempre que mencionaba a alguna mujer, mi madre empezaba a interrogarme; había estado esperando ansiosamente a que encontrase a alguien nuevo desde que mi última relación había quedado hecha pedazos. Sabía que había estado a punto de pedirle matrimonio, y había quedado muy decepcionada al saber que no había funcionado.

—El principio del segundo año siempre es difícil.

—No es sólo difícil —dijo mi padre—. Tengo una profesora nueva que parecía prometedora al principio, pero los padres no dejan de quejarse sobre ella. Los estudiantes dicen que no sabe lo que hace, y que cuesta seguir sus clases. Y da demasiados trabajos que les roban tiempo para ocuparse de los deberes del resto de clases.

Dejé de comer. Taylor volvió a venirme al instante a la cabeza, y esperé que no se estuviera refiriendo a ella. Se estaba dejando la piel en aquel trabajo.

—¿Qué asignatura imparte?

—Ciencias.

«Joder».

—Llegó a través del programa Enseña por América, y al tener un currículum impresionante, decidí darle una oportunidad y dejar de lado su falta de experiencia… pero ha sido un error. Puede que tenga que buscarle un sustituto durante las vacaciones de invierno.

«Esto no puede estar pasando».

—Papá, puede que esté intentando algo nuevo con los chicos. Ya sabes, poniéndolos a prueba.

—Bien, pues no están aprendiendo nada.

—¿Cómo puedes saberlo si no les haces una prueba?

—En realidad, voy a hacérsela. Voy a hacerles un examen sorpresa que cubra todo lo que deberían haber aprendido a estas alturas del curso. Si sus puntuaciones no rondan las de los estudiantes del año anterior, la echaré.

Mi apetito había desaparecido por completo.

—Es una mujer muy agradable, y parece apasionarle su asignatura, pero no puedo seguir recibiendo esas quejas de los padres. Es una escuela privada; son ellos los que tienen todo el poder.—Se acabó su plato y tomó un trago de vino. La línea del pelo empezaba a retrocederle en la cabeza, y el jersey era el mismo

que solía llevar en la escuela. Compartíamos ciertos rasgos, pero no nos parecíamos en nada. Connor, por otro lado, era su puro reflejo.

Me dieron ganas de salir de allí y acudir directo a Taylor. Tenía que hacer algo para detener aquello; sabía que era buena profesora, aunque nunca la hubiese visto en acción. No trabajaba sólo por el sueldo; lo hacía para enriquecer vidas.

—Gracias por la cena, mamá. Estaba deliciosa.

—Gracias, querido —me respondió.

Connor no dijo nada, comiendo en silencio.

—¿Hay alguna otra novedad aparte del trabajo? —preguntó mi madre. No dijo directamente a qué se refería, pero le cambió el tono. Sabía exactamente a dónde quería llegar.

—No. Mi vida es bastante aburrida. —Tomé un trago de vino para disimular mi incomodidad.

—Entonces… ¿no hay nadie especial en tu vida? —Se quedó mirando su plato, intentando comportarse de manera casual.

Quería a mi madre y la respetaba, pero me hubiera gustado que me hubiese dejado tranquilo.

—Nada serio.

—Cariño. —Mi padre le dirigió una mirada amable—. Volt sentará la cabeza cuando esté listo.

«Gracias, papá».

Mi madre dejó de comer y colocó el cubierto sobre el plato.

No era buena señal.

—Es que parece como si no te hubieras recuperado. —Me miró a los ojos, convirtiéndose en la madre entrometida y protectora que siempre había sido—. Has cambiado, y me preocupa. Tu padre y yo siempre estamos aquí si necesitas hablar.

Era difícil seguir enfadado cuando parecía tan sincera.

—Mamá, estoy bien.

—Pero no lo estás —susurró—. La odio por lo que te ha hecho. Ya no tienes esa expresión esperanzada. Te has vuelto… más sombrío. Echo de menos al hombre que solías ser. Estabas relajado, te divertías, y eras feliz…

Hacía mucho que no era feliz, y me pregunté si volvería a serlo alguna vez. La estupidez me había cegado, y había creído estar en una relación que en realidad no había existido nunca. Sencillamente había estado enamorado de una mujer, y esa mujer no había sentido lo mismo por mí.

—Mamá, aprecio tu preocupación, de verdad, pero estoy bien. No me lanzaré a otra relación hasta que encuentre a la mujer adecuada. —Era un soltero empedernido, y me gustaba mi destino.

Tenía líos que duraban un fin de semana o un viaje, pero nada más. ¿Pero cómo iba a decirle algo así a mi madre? ¿Cómo iba a decirle que me había rendido del todo con el amor?

Mis padres se habían casado jóvenes, pero habían sido felices desde entonces. Casi nunca se peleaban, y cuando lo hacían no duraba demasiado. Tras estar juntos más de treinta años todavía se ponían ojitos el uno al otro en la mesa. Su juventud y belleza se había desvanecido, pero el amor y el respecto habían crecido en la misma medida. Tenían una relación basada en la sinceridad y la lealtad.

Y a veces eso me daba esperanzas.

—Bueno, me alegro de oír que estás buscando a la mujer perfecta —dijo mamá—. Creía que sólo… pasabas el rato. —Tomó un bocado de brócoli antes de mover la comida de un lado a otro sobre el plato, evitando el incómodo tema que era mi vida sexual.

No era un capullo del todo; me sentía mal por mentir a mi madre, pero no podía decirle la verdad como hacía con otras personas. Y la única excusa que me daba a mí mismo era Connor. Tenía la cabeza bien puesta sobre los hombros, salía con chicas y a veces traía a alguna mujer a casa. Algún día se casaría y tendría algunos críos.

Así que mis padres tendrían nietos.

«Y yo me libro».

* * *

—Eh. —Derek entró en el despacho sin llamar. Normalmente anunciaba su presencia con el rápido ritmo de sus pasos contra el suelo de madera al acercarse. Los inútiles intentos de mi secretaria por detenerlo también solían servir de aviso.

—¿Qué tal? —En lugar de trabajar, como debería haber estado haciendo, estaba intentando resolver un cubo de Rubik. Cada vez que se me acumulaba la faena, me estresaba y no sabía por dónde empezar. Era entonces cuando sacaba aquel juguete; siempre me distraía lo suficiente para ordenar mis pensamientos y empezar de cero.

—Tío, ¿todavía no lo has resuelto?

—No es precisamente fácil.

—Yo podría hacerlo en cinco minutos.

Dejé de girar las piezas de un lado a otro.

—¿Ah, sí? Pagaría un buen dinero por verlo.

—Trato hecho.

Le lancé el cubo.

Empezó a girar las piezas casi al azar con una sonrisa engreída en el rostro, intentando alinear los colores correctos. La sonrisa se fue desvaneciendo poco a poco según se complicaba el rompecabezas. Para cuando tuvo que retroceder varios pasos y acabó en una situación todavía más difícil, la sonrisa ya había desaparecido por completo.

Su silencio irritado se convirtió en mi canción de victoria.

—Da igual. —Me lo devolvió, tirándolo al aire—. De todos modos no es más que un estúpido juguete.

—Tienes suerte de que no haga que me pagues tú a mí.

—Será mejor que no. Ya sabes que estoy sin blanca.

—¿Qué pasa? —Tiré el cubo sobre mi escritorio y me puse en pie—. ¿Quieres ir a comer?

—Estoy famélico. Tengo ansia de sushi.

—Me apunto.—Salimos juntos del edificio y conseguimos asientos en el restaurante tras una breve espera. Pedimos nuestra comida y charlamos de cosas banales sobre el trabajo hasta que llegaron nuestros platos.

Usé los palillos para coger las bolas de arroz y llevármelas a la boca.

—Has estado pasando mucho tiempo con Tayz.

Cogí un rollito y lo bañé en salsa picante antes de metérmelo en la boca.

—Sí, hemos estado quedando.

—Pero pasas mucho tiempo con ella —insistió—. ¿Os estáis acostando?

—No. —Miré de reojo el reloj de muñeca para ver cuánto tiempo me quedaba para almorzar—. Dudo que siguiera hablando con ella si lo hubiese hecho.

—¿Entonces qué hacéis, que estáis siempre juntos? Siempre que nos juntamos hacéis parejita y os quedáis en una esquina.

—Somos amigos. —No me resultaba raro decirlo, no como solía hacerlo. Era cierto que no era más que una amiga platónica con quien pasaba el rato—. Tenemos mucho en común, y compartimos el mismo sentido del humor.

En lugar de atiborrarse a sushi, Derek estaba pendiente de todo lo que decía.

—Pero te acuestas con todas. ¿Por qué no con ella?

No es que me acostara *con todas*; Natalie era otra mujer que nunca había pasado por mi cama. Eso habría sido muy incómodo. Había algunas normas que nunca rompía, y una de ellas era la de no tirarse a la hermana de un amigo a menos que estuvieras

enamorado de ella.

—En realidad lo intenté, hace ya algún tiempo, pero me rechazó.

—¿En serio? —me preguntó sorprendido. Empezó a iluminársele el rostro, como si se estuviera alzando el sol sobre algunas tierras lejanas a sus ojos. No había ocultado para nada que sentía algo por Taylor. Me hubiese gustado que fuera consciente de que ella no sentía nada por él.

—Sí. Dijo que no era mi tipo de mujer.

—Lo sé. Tiene mucha clase.

—Sí —concordé—. Y tampoco es una mojigata. Simplemente no quiere acostarse con nadie a menos que todo el asunto vaya a alguna parte, y sabía que yo sólo quería un lío de una noche.

—¿Y os hicisteis amigos? —me preguntó, arqueando ambas cejas.

—Sí. No estoy seguro de cómo pasó. Me disculpé, y al día siguiente éramos amigos. Raro, ¿verdad?

—Supongo que sí. ¿Y no sientes nada por ella?

—No. —Nunca volvería a pasar por eso. Le había abierto a alguien mi corazón, y ella me había dejado en ridículo por completo. Me había humillado, roto el corazón y avergonzado, todo en una noche—. Es una chica estupenda, de verdad, pero no es para mí.

—Entonces puede que sea para mí. —Movió las cejas.

Taylor ya me había contado su experiencia con Derek. No quería que malgastara el tiempo en una mujer que no iba a tener nunca, y tampoco quería que siguiera persiguiéndola.

—Tío, no está interesada.

—¿Qué? —dijo, a la defensiva—. ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, la otra noche salimos y se marchó con un tipo. —Que no llegaba para nada a su altura. Podría haber salido de allí con cualquier hombre que hubiera elegido, pero se había decidido por un empollón delgaducho. Sabía que no le importaban las apariencias, pero venga ya, hubiese podido conseguir algo mucho mejor,

—¿Lo hizo? —preguntó decepcionado.

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—No estoy seguro. Todavía no he hablado con ella. —Yo me fui a casa con la rubia que se me había acercado. Fue sexo fácil y no hablaba mucho, así que no se me ocurrió una razón para rechazarla. Además, no quería irme solo a casa, incluso si a la mañana siguiente ni siquiera me acordaba de su nombre.

—Maldición. —Soltó un suspiro profundo e irritado—. Puede que ese tío sólo estuviera en el lugar y momento adecuados.

—No fue al azar, tío. A Taylor le gustó, así que fue a por él.

—Pero si me hubiera conocido a mí bajo circunstancias distintas, las cosas podrían haber sido diferentes. Puede que sea porque soy el hermano de Natalie; le parece que estoy fuera de su alcance.

Hacía mucho que Derek era mi amigo, así que no iba a reírme en su cara.

—Puede. Creo que podemos estar seguros de que está fuera del alcance de los dos, pero ser amigos no es lo peor que podría pasar. —Si tenía que ser sincero, me gustaba. No había tenido esa clase de relación con nadie en mucho tiempo. Derek y yo solíamos ser cercanos, pero después de que me rompieran el corazón puse algo de distancia. Me resultaba imposible confiar en nadie; no era que confiase exactamente en Taylor, pero había conseguido entrar en mi círculo más íntimo muy rápido. Anormalmente rápido.

—Me preguntaba cuándo ibas a decirme lo de Taylor. —Derek dejó de comer. El ambiente había cambiado, y de repente me sentía fuera de lugar. Había estado a punto de tomar un sorbo de té helado, pero cambié de idea.

No había sido una pregunta, pero lo parecía. La hostilidad resultaba innegable, aunque no tenía ni idea de dónde provenía. En un momento habíamos estado teniendo una conversación normal, y al siguiente me atacaba, así, salido de la nada. Guardé silencio; no sabía cómo cooperar.

—Últimamente parece que no me cuentas nada.

Y ahí estaba de nuevo, una pregunta que no era una pregunta, pero ahora ya estaba seguro de que algo lo molestaba. No sabía qué podría ser, pero estaba claro que tenía alguna espina clavada.

Derek inclinó la cabeza mientras me observaba, como si hubiese elegido no responder directamente a su pregunta.

Al final hablé cuando el silencio dejó de resultarme soportable.

—Tío, ¿qué te pasa?

—Te estoy diciendo lo que me pasa, pero no has respondido a ninguna de mis preguntas.

Le dirigí la misma mirada estoica, deseando que recordase lo que había dicho y cómo exactamente lo había dicho.

—No has hecho ninguna pregunta.

—Es que me parece que ya nunca hablas conmigo. Admito que no somos tías que sean amigas ni hermanas, pero nunca nos hemos ocultado información el uno al otro. No me dices nada, y tengo que enterarme de las cosas de labios de otros. A día de hoy, todavía no

quieres contarme qué pasó con…

—No digas su nombre. —Detestaba oírlo. Si llegaba a liarme con una chica que tuviera ese nombre, no dudaba en enviarla a tomar viento de tanto que lo odiaba.

—Da igual. —Continuó como si no lo hubiera interrumpido—. Me llamaste y me dijiste que ibas a pedirle matrimonio, y un segundo después rompéis. ¿Qué pasó, tío? ¿Es que te dijo que no?

Ni siquiera había tenido oportunidad de pedírselo, por suerte.

—No es nada personal, Derek.

—Pero sí que lo es. Creía que era tu mejor amigo.

—Y lo eres. —La verdad era que hacía bastante tiempo que no tenía un mejor amigo. Y, si había alguien que se acercase a ostentar ese título, ésa habría sido Taylor. Pero Derek no tenía por qué saber eso—. Es sólo que ya no hablo tanto.

—Me has dejado completamente de lado. Y, durante el último año, has sido una persona del todo distinta. Es como la noche y el día. Me preocupas.

—Estoy bien, te lo aseguro.

Se le entrecerraron los ojos por la frustración.

—Sólo que no estás bien. Si ni siquiera puedes decirme lo que pasó con…

—¿Qué acabo de decirte?

—Si ni siquiera soportas oír su nombre es que no estás bien.

«En eso tiene razón, y mucha».

Su hostilidad desapareció al instante. Pasaron unos segundos antes de que volviera hablar, ahora con voz suave.

—¿He hecho algo malo? ¿Te he dejado de lado? ¿Te he ofendido?

La sinceridad en su voz hizo que me sintiera como un capullo.

—Claro que no, tío.

—¿Entonces por qué hay toda esta distancia? ¿Por qué toda esa frialdad?

No podía explicarle a nadie esos sentimientos, no cuando ni siquiera yo los comprendía del todo. Mi vida había cambiado por completo la noche en que la vi en el bar con su ex. Estaba claro que no se había encontrado con él por pura casualidad y que no había sido el calor del momento. Habían mantenido una relación, y una muy larga. Durante todas aquellas noches en que le hice el amor y le dije que la quería, ella se dedicaba a mentirme y a escabullirse a mis espaldas. Había hecho que pusiera en duda mi inteligencia y cómo percibía las cosas. Había estado pasando justo frente a mis narices, y yo, como un estúpido idiota, ni siquiera lo había notado.

No sólo me sentía herido, sino también mortificado. Había permitido que me hiciera aquello, que jugase conmigo. ¿Cómo podía llegar a decirle a mis amigos lo que había pasado? Era una vergüenza.

—Ella y yo teníamos diferencias irreconciliables, y…

—Corta ya esa mierda.

Me encallé en mitad del discurso.

—No quiero hablar de ello, Derek. Así de simple.

El dolor volvió a cruzarle lentamente el rostro.

—Como he dicho, no es nada personal. —Los únicos que sabían lo que había pasado en realidad eran mis padres, y eso era porque no podía mentirles. Mi madre me lo habría sonsacado tarde o temprano, y dado que siempre ganaba todas las batallas que entablábamos, preferí rendirme.

—¿Cómo puede no ser personal cuando soy tu mejor amigo? Tío, ¿qué podría haber pasado para dejarte así? ¿Es que mató a alguien?

«Sí. A mí».

—No quiero que me lo recuerden constantemente. Si se lo cuento a alguien, la verdad resonará para siempre. Nunca conseguiría quitármela de encima, siempre estaría ahí.

—¿De verdad crees que eso afectaría la opinión que tengo de ti? —me preguntó, incrédulo.

Si no lo hacía ya, debería hacerlo.

—Déjalo ya, tío. Tú también tienes secretos.

—No secretos tan grandes, sólo de esos que hacen que borre el historial de búsquedas de mi teléfono cuando acabó de meneármela.

No iba a dejar el tema, y me pregunté si llegaría a hacerlo alguna vez.

—Volt, venga.

—Que lo dejes, ¿vale? —No iba a ceder, no en aquello—. No quiero seguir hablando de ello.

Derek me miró con frialdad, como si hubiese muchas cosas más que le hubiera gustado decir.

Le devolví la mirada, enfrentándome a él con mi silencio.

—Sea cual sea la razón, supongo que en realidad no importa. —Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz—. Pero esto es diferente. —Nos señaló a ambos, a su pecho y después al mío—. Y eso no me gusta.

«A mí tampoco».

—Tienes razón.

—¿Podemos al menos seguir adelante? ¿Y dejar que esta vez sea

distinto?

Podía intentarlo, pero no podía prometérselo.

—Sí.

—De acuerdo. —Volvió a acomodarse en su asiento y miró el lado opuesto del restaurante. Su mirada se detuvo antes de volver a dirigirla hacia mí. Un pesado silencio pendía en el aire, y la tensión no había desaparecido—. ¿De verdad crees que no tengo ninguna oportunidad con Tayz?

Capítulo 7

Taylor

Los trabajos ya evaluados esperaban en orden alfabético sobre mi mesa. Al igual que todos los días, los estudiantes irían recogiendo cada uno el suyo antes de sentarse, y esperar en silencio a que empezase la clase. Me había quedado despierta hasta tarde repasando esos trabajos sobre el proceso de pasteurización de la leche y cómo Louis Pasteur había descubierto la técnica.

Había tenido una semana muy larga, y no me avergonzaba admitir que estaba cansada. Me encantaba mi trabajo y mis estudiantes; empujarlos para que aprendieran mejor y fueran mejores seres humanos era algo que amaba desde siempre.

«Pero maldición, es agotador».

Se abrió la puerta de la clase, pero no se oyeron pasos en el pasillo. Era demasiado pronto como para que llegasen estudiantes. Era incluso demasiado pronto como para que llegaran la mayoría de los profesores. Alguien había llamado a la puerta abierta, y me había pillado por sorpresa.

Volt entro en mi clase con un distintivo de visitante colgando del traje negro. Llevaba una camisa de vestir gris con una corbata negra, y parecía un hombre poderoso que había terminado de hacerse con el control de la ciudad. No solía verlo con traje, y cuando lo hacía siempre me quedaba impresionada. Tenía el cuerpo perfecto para lucirlo, todo músculo endurecido. Aunque sólo lo veía como un amigo llegados a aquel punto, no podía negar que seguía siendo atractivo.

Muy, muy atractivo.

—¿Puedo entrar? —Ya estaba dentro, así que era una pregunta absurda.

—Claro. ¿Pero qué haces aquí?

—He venido a ayudarte con tu clase. ¿O no recuerdas mi oferta? —Se apoyó en una de las mesas, con los brazos cruzados sobre el pecho. Se había afeitado aquella misma mañana; no tenía nada de vello en la cara. Tenía buen aspecto, pero en realidad prefería la ligera barba que acostumbraba a cubrirle la barbilla.

—Me acuerdo, pero habría estado bien que me avisaras.

Se le curvó la comisura de los labios con una sonrisa, la misma que se le reflejaba en los ojos.

—¿De verdad tienen que avisarse los amigos?

—Eso creo, al menos cuando se pasan por tu trabajo.

—¿Prefieres que me vaya? —preguntó, como el listillo que era.

—No. —Detestaba admitirlo, pero lo necesitaba—. Me vendría bien tu experiencia.

—Sigues pasándolo mal, ¿eh?

—No estoy segura de cuál es el problema. ¿Es que no me respetan? ¿Creen que soy una incompetente con el temario? ¿Soy demasiado severa? Debo decir que gestionar un aula es muy diferente en la vida real respecto a la teoría.

—Sé a lo que te refieres. Yo también lo pasé mal durante mi primer año. Sinceramente, le pasa a todos los profesores.

—Pero lo estoy haciendo todo bien… —O eso creía al menos.

—Llegaremos al fondo de este asunto. Tú relájate.

—Estoy relajada —discutí.

—A mí me pareces a la defensiva. —Allí volvía a estar aquella sonrisa, al mismo tiempo brusca y con encanto juvenil.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Cómo ha ido con el delgaducho?

—¿El delgaducho? —¿Se suponía que debía saber a quién se refería?

—El tipo del bar.

—Tiene nombre. —Y desde luego no era «el delgaducho».

—Bueno, así es como lo conozco yo —respondió—. Y así es como voy a seguir refiriéndome a él.

—No seas cap… —Vi al primer estudiante del día entrando en la clase, y a juzgar por la sonrisita que tenía en los labios, sabía exactamente lo que había estado a punto de decir. Se acercó a mi mesa y recogió su trabajo antes de dirigirse a su silla, en el fondo del aula.

Volt sonrió de oreja a oreja, disfrutando de cada segundo que duraba la tensión.

Intenté que no se me notara la vergüenza en la cara, a sabiendas de que, si lo permitía, las cosas sólo empeorarían.

—Bueno, señor… —Me detuve; acababa de darme cuenta de que no sabía cómo se apellidaba.

—Rosenthal —contestó—. Me pondré al final de la clase. —Se acercó al fondo y se sentó en la larga mesa de madera. Apoyó el tobillo sobre la rodilla opuesta y continuó dedicándome esa sonrisa irritante.

* * *

En cuanto hubo salido el último estudiante permití que me invadiera el alivio de un día de escuela más que había llegado a su fin. Tener a Volt observando cada uno de mis movimientos era enervante como mínimo. Mi tutor me había evaluado mientras daba clases como estudiante, pero eso había sido diferente.

Volt se levantó de la mesa que había ocupado y se unió a mí en la parte delantera del aula. No había tomado nota de nada, tan sólo se había dedicado a mirar.

Sus labios finos llevaban a una mandíbula severa, convirtiendo su expresión estoica en una imposible de leer.

—Bueno… ¿Qué opinas?

—Opino muchas cosas. ¿Pero qué tal si comemos algo mientras lo hablamos? Me muero de hambre.

Yo también tenía hambre. Mi agenda del día no había incluido un periodo para preparar las clases, y no había tenido tiempo de comer gracias a que algunos de mis estudiantes habían decidido quedarse para hablar de las notas que habían obtenido en sus trabajos.

—Y me apetece beber algo.

—¿Un chupito? —bromeó.

—Muchos chupitos, en realidad.

Salimos del terreno de la escuela y nos dirigimos a un pub que había a unas manzanas. La comida era decente, pero la cerveza estaba genial. Pedí un vaso grande y no me sentí nada culpable por estar tomándomelo a las tres de la tarde.

A Volt tampoco le importó. De hecho, probablemente tampoco le importaría incluso si fueran las diez de la mañana.

Elegí una hamburguesa con queso y aritos de cebolla, y las patatas fritas más grasientas conocidas por el hombre.

Volt pidió una ensalada.

Puse los ojos en blanco al ver su comida, avergonzándolo por comer siempre tan sano. La única ocasión en que no lo hacía era cuando se trataba de alcohol. Pero a mí no me importaba un pimiento, y engullí todo lo que me pusieron delante.

—¿Y qué opinas?

—¿Cómo de sensible eres con el tema? —Tomó un trago de cerveza mientras miraba el partido de béisbol que retransmitían en la esquina.

—Estoy hecha de acero.

—¿Estás segura?

«¿Cómo de mal se me da ser profesora?».

—Sí.

—De acuerdo. —Dejó la cerveza y me miró. Estábamos sentados en la barra, lado a lado en unos taburetes—. Saltas de tema en tema, Tayz.

«¿Que salto de tema en tema?».

—Cambias tanto de tema que a los chicos les cuesta seguirte. En un momento estás hablando de microbiología, y al siguiente de la evolución.

Podía admitir que era poco ortodoxo, pero muchos temas interconectaban.

—Pero eso lo hace interesante. Si el temario fuera predecible se aburrirían.

—Es que deberían aburrirse, Tayz. Es la escuela; se supone que no tiene que gustarles.

—Pero no quiero que se sientan así. Aprender puede ser divertido.

—Entonces haz que sea divertido, pero no los tomes por sorpresa todo el tiempo. Los estudiantes aprenden mejor cuando se sigue un camino predecible.

—Pero la vida real no es así. —¿Cómo iban a triunfar si se les mimaba tanto?

—Mira, estás malgastando el tiempo intentando sorprenderlos constantemente. Su concentración sólo dura cierto tiempo, y puede que te parezca que lo estás complicando, pero para los chavales sólo parece que estás confundida.

—Pero…

—Me has pedido mi opinión, y te la estoy dando. —Sus ojos azules eran calculadores, casi amenazadores—. Estás hecha de acero, ¿sí o no?

—Claro que sí, pero…

—Los chicos se estaban pasando notas en el fondo de la clase, y ni siquiera te has dado cuenta.

Intenté que aquello no me doliera.

—Estaba ocupada…

—Le prestas más atención a lo que haces en la parte delantera de clase que a lo que hacen tus estudiantes al fondo. Deberías concentrarte siempre en cómo responden a lo que estás haciendo. Antes estabas en tu propio mundo.

Puede que no estuviera tan hecha de acero como creía. Me sentía como una idiota.

—Tienes que moverte por la clase, pararte en lugares que no se

esperan. Eso los obligará a comportarse; nunca sabrán qué está a punto de pasar. Además, te sugiero que les asignes asientos.

—Ya lo hice.

—Basándote en dónde se sentaron el primer día. Claro que van a sentarse junto a sus amigos, y cuando se sientan con sus amigos, acaban haciendo el tonto. Vuelve a asignarlos y ponlos junto a gente que no conozcan; eso limitará el caos en clase.

«¿Por qué no se me había ocurrido?».

—Vamos a repasar los planes para tus clases y a cambiar algunas cosas. Además, ¿qué excursiones has hecho?

—Ninguna.

—¿En serio? —Pareció casi sorprendido.

—Sí. No estaban sacando las suficientes notas, no se lo han ganado.

Volt estaba a punto de tomar un trago de cerveza, pero se detuvo.

—Tayz, los padres de esta escuela esperan al menos cuatro excursiones por año. Es por lo que pagan tanto dinero. Quieren que sus hijos ganen cultura y amplíen su mundo.

—Lo sé, pero…

—Además, el resto de los profesores son maestros en su arte. En comparación llamas la atención, y no en el buen sentido. Los chavales notan esas cosas; por eso no te respetan.

Había pensado durante todo el tiempo que era una buena profesora, pero, en realidad, no era más que un chiste. Me estaba esforzando por darles una buena experiencia y por hacer que aprender fuera divertido, pero sólo conseguía quedar como una idiota. Dejé de comer; mi apetito se había evaporado con más rapidez de lo que lo haría una gota de agua bajo un sol ardiente. Toda mi motivación por mejorar desapareció. Me sentía como una incompetente. ¿Cómo había conseguido siquiera el puesto?

Volt estudió mi expresión y su dureza se suavizó al percatarse de lo mucho que me dolía.

—No eres mala profesora. No es eso lo que digo.

—¿En serio? Porque es lo que parece. —Me bebí la mitad del vaso, pero seguí con ganas de más.

—Sé que esos chicos te importan. Resulta evidente con sólo mirarte. Lo que ocurre es que canalizas tus conocimientos y pasión de la manera equivocada, pero lo arreglaremos. No te preocupes por eso.

Apoyé la barbilla en la mano y me quedé mirando la cerveza.

—Oye. —Me dio un codazo juguetón en el costado.

Lo ignoré, deprimida.

Me rodeó los hombros con el brazo y acercó la cara a la mía. Su aroma masculino me inundó, haciendo que el corazón me doliera un poco menos. Me dio un suave apretón.

—Taylor, lo tienes dominado. Sé que sí.

—No, no lo tengo.

—Sí que lo tienes. A todos los profesores les cuesta durante su primer año. No hay nada malo en ti.

—Pero el año ya ha empezado. No estoy segura de si podré cambiar el ambiente que hay en clase. Después de las primeras semanas ya queda prácticamente fijado.

—Podemos cambiarlo —dijo Volt con firmeza—. Estoy aquí para ayudarte.

Aun así, me faltaba motivación.

—Te convertirás en la mejor profesora de todas. Te lo prometo.

—Eso es una promesa muy grande.

—Bueno, en su momento yo fui el mejor profesor de todos, y puedo enseñarte a ser yo.

No me burlé de él por el comentario, así de desesperada me sentía.

—Bueno, gracias por ayudarme. Lo aprecio mucho.

—Claro. —Apartó el brazo de mi espalda y me la frotó suavemente. Era lo más afectuoso que había sido conmigo hasta ahora, todo ello con una sinceridad que le hacía cobrar importancia. De hecho, era lo más afectuoso que le había visto nunca. El beso lleno de lujuria que había intentado darme en una ocasión había surgido de la nada, y me había hecho sentir como una mujer sin nombre más a punto de compartir su cama. Pero aquellas condolencias, aquella caricia, tenían un significado real.

Cuando por fin se separó del todo me hizo sentir frío, como si me acabara de descargar una tormenta encima, empapándome con un sinfín de agua. Me hicieron falta varios segundos hasta que el cuerpo me volvió a entrar en calor.

—¿Y cómo ha ido con el delgaducho?

El tiempo se había enlentecido por un momento, y mi cerebro tardó unos segundos en volver al presente.

—No se llama delgaducho.

—¿Cómo se llama entonces?

—Drew.

—Eh. —Se encogió de hombros—. Voy a seguir llamándolo delgaducho.

—Es agradable. Me gusta.

—¿De verdad? —Pareció tanto sorprendido como decepcionado—. ¿Ese tío? ¿Alguien que fue a un bar con una camiseta de South Park?

—Eh, me gusta South Park.

—Bueno, y a mí, pero no voy por ahí destrozando mi guardarropa.

Me gustaba Drew. Me hacía reír, era educado, y no era un engreído. Era la clase de hombre que siempre te abría la puerta, no intentaba besarte nada más conocerte y que te llamaba después de decirte que te llamaría.

—El viernes volvemos a salir.

Volt se bebió la cerveza.

—¿Te has acostado con él?

—No. —Me sorprendió que lo preguntase siquiera—. Tú de entre todos debería saber que no soy de líos de una noche.

—Si alguien te gusta de verdad, las cosas cambian. ¿Lo has besado?

—¿Por qué me preguntas cosas tan personales? Me pediste que no te preguntase nada.

—No, dije que no me *analizaras*. Pero puedes preguntarme todo lo que quieras, somos amigos.

Decidí ponerlo a prueba.

—¿Y tú, te fuiste a casa con alguien?

—Con una rubia.

—¿Tiene esa rubia nombre?

—Estoy seguro de que sí, pero no llegué a preguntárselo.

«Menudo capullo, Dios».

—¿Y qué, le besaste o no?

—No. —Habíamos tomado unas copas, y me había acompañado a casa. Se apuntó mi número de teléfono y me preguntó si podíamos volver a vernos.

—¿Porque es demasiado delgaducho? —bromeó.

Le di un codazo en el costado.

—Deja de meterte con él. Es un chico muy dulce.

—No lo conoces lo suficiente como para decir algo así.

—Bueno, este viernes lo conoceré un poco más.

Tomó otro trago de cerveza, uno particularmente largo.

—Háblame de él.

—¿Por qué te importa?

—Porque sí. —Se aferró a la cerveza y me miró fijamente desde toda su altura.

—Perdona, ¿ha sido eso una frase entera?

—Porque te mereces a alguien que sea lo bastante bueno para ti. Eres mi amiga, y tengo que cuidar de ti. Nadie conoce a los perros mejor que yo, así que deberías confiar en mi opinión.

—No necesito ningún protector. Me sé cuidar sola.

—Pero tampoco hace daño, ¿verdad? Si estás intentando encontrar al señor perfecto, yo puedo ahorrarte algo de tiempo.

A pesar de la brusquedad con la que hablaba, su preocupación resultaba algo dulce. No parecía que Volt se preocupase por nadie más que por sí mismo y sus estudiantes, pero de algún modo yo había entrado en ese círculo.

—En defensa de Drew, no le has conocido. Así que no deberías juzgarlo.

—Entonces háblame de él.

—De acuerdo. —Reuní toda la información que tenía antes de exponerla—. Es un científico de laboratorio en la Universidad de Nueva York. Vive en un apartamento de un dormitorio en Manhattan. Su padre murió de un ataque al corazón, y su madre es chef en un asador. Tiene una hermana.

Volt lo procesó todo sin parecer nada impresionado.

—¿Es científico de laboratorio?

—Toma muestras e identifica enfermedades y microorganismos.

—Suena de lo más tonto.

Lo pateé por debajo de la mesa.

—En realidad es un trabajo muy interesante. Necesitas un máster para hacerlo.

—Pero probablemente no paga bien.

Resoplé; era ridículo.

—Gana mucho más que yo, y tampoco me importa cuánto gane. Eso me es irrelevante.

—Bueno, si va a cuidar de ti, debería ser relevante.

—¿Eres así con Natalie también?

—Qué va. Ella ya tiene a Derek para eso.

—Bueno, pues voy a seguir viéndolo, porque me gusta. Lo que pienses no importa.

—Sí que te importa.

—No recuerdo haber dicho eso.

—No, pero lo noto.

Cogí una patata frita y me la metí en la boca, deseando hablar de otra cosa.

—¿Cómo era esa chica con la que te fuiste a casa? —Me pregunté si de verdad iba a responder una pregunta así.

—¿Hablas del sexo?

Asentí.

—Estaba bien. Me tocó hacer todo el trabajo, pero así es como funciona normalmente. —Hablaba de su vida sexual como si fuera un procedimiento rutinario que hacía en el trabajo. Incluso sonaba algo aburrido.

—Si no te gusta tanto el sexo, ¿por qué te lías con desconocidas?

—He tenido noches muy buenas haciéndolo así. Cuando no están metidas en una relación o algo así son ligues habituales.

Así que sí que respondería a cualquier cosa que le preguntase. Nuestra amistad había llegado a un nuevo nivel. Debía de confiar en mí, o al menos se sentía cómodo conmigo.

—¿Por qué no quieres tener ninguna relación?

—Porque no me interesa el amor. —Respondió como si lo hubiese dicho mil veces. La indiferencia que manaba de su persona resultaba descorazonadora. Sentir una pérdida era terrible, pero no sentir nada en absoluto era incluso peor.

—¿Hay alguna razón para ello?

—No creo que la gente se ame de verdad. Creo que las relaciones giran alrededor de la sensación de seguridad. La gente no quiere estar sola, o no pueden ser independientes financieramente si lo están. Se usan los unos a los otros hasta que llega algo mejor. No existe eso de la monogamia; nadie es nunca completamente fiel, todos somos víctimas de nuestras hormonas.

«Joder, menuda perspectiva más deprimente».

—No estoy de acuerdo con nada de todo eso.

—Me alegro por ti.

—Eso significa que crees que tus padres no se aman.

Apartó la vista, resiguiendo el borde de su vaso con el dedo.

—Y que tú tampoco los quieres.

—Sí que los quiero —me discutió—. Existen distintas clases de amor. El que no creo que exista es el amor romántico.

—¿Entonces por qué están juntos tus padres?

Supe que lo había cazado cuando se negó a mirarme a los ojos.

—Hay alguna gente que sí que se ama de verdad, pero son tan pocos que no vale la pena depender de ello.

—Creo que pasa más a menudo de lo que crees.

—Y yo creo que tenemos opiniones distintas.

Le había pasado algo. Algo le había hecho ser así. No sabía de qué se trataba, pero sospechaba que alguna mujer lo había abandonado, o le había sido infiel. Había quedado con el corazón lleno de cicatrices y nunca se había recuperado del todo.

Y eso me rompía el corazón.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste una relación?

—Hace tanto que ni me acuerdo. —Había un tono final en su voz que me decía que se había acabado hablar de aquel tema.

—Creo que acabarás encontrando una mujer sin la que no puedas vivir, y que te hará tan feliz que olvidarás que has llegado a estar triste alguna vez. Pasarás todos los días que quedan de tu vida preguntándose cómo has podido tener tanta suerte para encontrar a alguien que te completa de una manera tan perfecta. Vivirás una vida larga y feliz, y todas las mujeres de tu pasado no serán más que fantasmas.

Se giró hacia mí, con una nueva expresión en el rostro. No era estoica, pero tampoco emotiva; los ojos se le habían vuelto de un tono azul brillante poco habitual, recordándome a las aguas poco profundas de una isla exótica. El tiempo y el espacio se distendió sin fin a la vista a través de sus ojos, mostrando una multitud de recuerdos que parecieron durar una eternidad. Su alma al completo estaba expuesta, pero no fui capaz de leer ni un pensamiento ni una sola idea. ¿Era duda lo que vi? ¿O quizás fuese esperanza?

* * *

—¿Cómo va eso de dar clase? —me preguntó Drew desde el otro lado de la mesa. Habíamos arrasado con la comida, y lo único que quedaba era una cesta de pan sin fondo frente a nosotros. No dejábamos de comerlo, y la camarera no dejaba de traer más.

—Está bien —dije—. Ahora mismo me está costando un poco.

—Acabarás dominándolo. Es una profesión muy noble. —Llevaba una camisa de vestir y las mangas arremangadas. Tenía los antebrazos delgados, casi tan delgados como los míos. Toda su constitución se inclinaba hacia la delgadez; debía tener un metabolismo muy rápido, porque había comido casi tanto como yo.

—Eso espero. Tengo un amigo que me está dando algunos consejos. Puede que eso ayude.

—No hay nada vergonzoso en pedir ayuda. —Partió un trozo de pan antes de cubrirlo de mantequilla.

Ojalá pudiera comer como él y seguir así de delgada.

—¿Cómo va en el laboratorio?

—Lo mismo de siempre —respondió—. Me paso el día sentado frente a un microscopio.

—Sigue siendo interesante.

—Quizás pueda ir a tu clase y hacer una demostración algún día.

—A los chicos les encantaría. Siempre estoy buscando maneras de que los estudiantes aprendan cosas de profesiones nuevas; puede

que sirva para guiarlos en la dirección adecuada.

—Cuando estaba en la universidad, vi una presentación que hizo un científico de laboratorio. Fue entonces cuando elegí esta profesión.

—Ahí lo tienes.

Charlamos un poco sobre programas de televisión y música; la conversación fluía con bastante facilidad, y él era siempre educado. No hablaba demasiado sobre sí mismo, y siempre escuchaba cualquier cosa que yo tuviera que decir. Me pareció que a Volt le caería bien si llegaba a darle una oportunidad.

Después de cenar, Drew me acompañó hasta la puerta.

—Gracias por volver a salir conmigo.

—Gracias por llevarme a cenar.

—No ha sido molestia. Mirar a una chica guapa mientras ceno buena comida es la manera perfecta de pasar la noche.

Se le daba bien hablar, y puesto que parecía sincero, eso hacía que me gustase todavía más.

Miró mi puerta de reojo antes de inclinarse hacia mí y darme un beso que podría haberse catalogado como para todos los públicos en los labios. Fue suave y dulce, e hizo que se encendiera la luz en todos los sitios correctos. Puede que no fuera culturista, pero me importaba más el interior que el exterior. Y Drew tenía el tipo de cualidades que me gustaban.

—¿Puedo volver a invitarte a una cita?

—Ya me has invitado dos veces, ¿qué tal si te invito yo?

—Guau, ¿una mujer guapa que quiere sacarme por la ciudad? Qué suerte la mía.

—Te lo mereces.

—Me alegro de que te acercaras a mí en aquel bar. Me pareciste guapa, pero también que estabas fuera de mis posibilidades.

Se me suavizaron los ojos ante su comentario.

—Eso es muy dulce, pero no. No estoy fuera de tus posibilidades. Nadie lo está.

* * *

Sara me estaba poniendo de los nervios.

—Tía, nunca quieres hacer nada. —Estábamos pasando el rato en su apartamento, como hacíamos siempre que iba a verla. Nunca quería salir del refugio en que se había convertido su hogar, y vivía casi debajo de una piedra.

—Simplemente no me apetece salir.

Tenía que superar la ruptura. Ya había pasado un año, por amor

de Dios. Le envié un mensaje a Drew.

¿Qué haces?

Juego a COD.

¿Tengo que adivinar qué significa?

Perdona, Call of Duty. Es un videojuego.

Ah, guay.

¿Por qué?

Bueno, mi mejor amiga es un muermo que necesita salir de casa. ¿Tienes algún amigo a quien le pueda presentar? Podríamos tener una cita doble.

De hecho, tengo unos cuantos amigos.

Genial. ¿Podemos salir esta noche?

Tendré que preguntarles, pero estoy seguro de que sí.

Gracias. Me salvas la vida.

Quizás puedas darme un beso a modo de gracias.

Hecho.

Me giré hacia Sara.

—Vístete. Nos vamos a cenar.

—No tengo hambre.

—Bueno, pues que te vaya entrando, porque vamos a ir.

* * *

A Sara no le hizo gracia la cita doble, pero puesto que no podía hacer nada al respecto, lo superó y se comportó de manera tolerable. El chico que había elegido Drew para ella se llamaba Rick, y parecía bastante agradable.

Drew y yo hablamos en voz baja en nuestro lado de la mesa.

—Creo que a Rick le gusta.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Le gustan las rubias.

—Espero que le gusten especialmente las que tienen el corazón roto.

Drew se encogió de hombros.

—Muy pronto lo sabremos.

Sara y Rick hablaban con tranquilidad entre ellos, en su mayor parte Rick, que le preguntaba toda clase de cosas y participaba en la conversación. A Sara le hizo falta casi una hora para salir del cascarón, y para cuando terminó la cena, estaba hasta riéndose y pasándoselo bien.

«Gracias a Dios».

—A veces necesitas que alguien te dé un empujón para volver a entrar en el ruedo —dijo Drew—. A mí también me ha pasado.

—¿Sí?

—Hace unos años acabé una relación, y me costó mucho volver a estar disponible.

—¿Por qué rompisteis? —pregunté.

—Sencillamente dejamos de querernos —respondió, encogiéndose de hombros—. A veces pasa.

Yo misma lo había visto pasar, pero nunca lo había vivido.

Una vez que los chicos se hubieron repartido la cuenta, se fue cada uno por su lado. Estuve a punto de dar una voltereta mortal allí misma en la calle cuando Rick dijo que iba a acompañar a Sara a casa; por fin estaba viviendo su vida, dejando que el sol brillase en ella. Puede que Rick no fuera su futuro marido, pero al menos era un comienzo.

Drew me acompañó también hasta casa, tal y como había hecho ya varias veces. Me dio un beso de buenas noches, pero cuando se apartó no pareció que quisiera irse. Se quedó mirando fijamente mis labios, como si deseara volver a besarme, y esta vez no sería para todos los públicos. Hacía mucho que no me acostaba con nadie, y Drew me gustaba, notaba que íbamos avanzando hacia algún sitio. Quizás no fuéramos a llegar al altar, pero recorreríamos algo de camino juntos.

—¿Quieres pasar?

Sonrió de oreja a oreja.

—Desde luego.

* * *

—Está claro que la semana ha mejorado en comparación a la semana anterior. —Volt se me acercó en la parte frontal del aula en cuanto se fueron todos los estudiantes—. Me parece que le estás cogiendo el truco.

Los estudiantes seguían sin responder todo lo que quería, pero les llevaría algo de tiempo adaptarse a mis nuevos métodos de enseñanza.

—Tengo un montón de emails de los padres. No me apetece nada responderlos.

—No los ignores; eso es lo peor que podrías hacer. Los padres tienen todo el poder, especialmente en las escuelas privadas. A fin de cuentas, están pagando mucho dinero por la educación de sus hijos.

—Eso no debería importar.

—Pero sí importa. Si no les gusta un profesor, pueden hacer que lo despidan en menos que canta un gallo.

«Es ridículo».

—Por eso es tan importante conseguir un puesto fijo.

—¿Para que no tengas que preocuparte de que te despidan todo el tiempo? —pregunté con incredulidad.

—Pues básicamente. —Se enderezó la corbata y después cogió mi carpeta—. Vamos a trabajar en tu planificación de la clase. ¿Quieres venir a mi casa?

No había estado nunca.

—Claro. ¿Tienes comida?

—Tengo comida y cerveza.

—Excelente.

Salimos del campus y caminamos hasta su apartamento, que se encontraba a unas manzanas de distancia. Vivía en un agradable edificio con vistas a Central Park. Subimos por el ascensor hasta la planta más alta, y entramos en su apartamento.

En cuanto entré supe, sin lugar a dudas, que era su casa. En la sala de estar esperaban tanto sofás de cuero como muebles de madera oscura de cerezo. De la pared colgaba una gran televisión plana, y desde la terraza que conectaba a la cocina se veía el parque. Había una mesa redonda sobre la que probablemente debía de desayunar todos los días. Comparado con mi apartamento, tenía el tamaño de un palacio.

—Aquí es donde ocurre toda la magia. —Volt lanzó la chaqueta sobre el sofá y se aflojó la corbata mientras se acercaba a la mesa. Dejó el trozo de tela sobre una de las sillas, y a continuación se dirigió a la cocina—. ¿Qué te apetece?

—Depende. ¿Qué tienes?

Metió la cabeza en la nevera.

—Bud Light.

—Puaj, eso es meado de gato.

—Lo sé.

—Si lo sabes, ¿por qué la tienes?

—Alguien debe de habérsela dejado. ¿Qué tal una Corona?

—Eh. ¿Tienes vino?

—¿Cabernet?

—Sí. —Por fin algo que no sabía a fiesta del cuatro de julio.

Sacó la botella y sirvió dos copas.

—Sólo me quedan sobras de una pizza.

—Cualquier clase de pizza me va bien.

Fue a por la caja, y nos sentamos en la mesa de la cocina. No nos molestamos en usar platos, sino que nos comimos la pizza fría directamente de la caja, apoyando los codos en la mesa. Repasamos

mi planificación para las clases de la siguiente semana, e hicimos los cambios oportunos.

—¿Y cómo va con el delgaducho?

Sabía que acabaría sacando el tema en algún momento.

—No sé a quién te refieres.

—Sí que lo sabes. —Tenía un brillo en los ojos que me decía que le gustaba meterse conmigo.

—Estoy saliendo con un hombre llamado Drew. ¿Estás hablando de él?

—Es decir, el delgaducho.

Puse los ojos en blanco.

—¿Hay alguna novedad?

Recordé nuestra noche juntos con cariño. Había pasado la noche conmigo, y a la mañana siguiente habíamos desayunado juntos en un pequeño restaurante de la esquina.

—Las cosas van bien. Empezamos a ir en serio.

—¿De verdad? —El tono de broma no desapareció de su voz.

—Sí. La otra noche se quedó en casa. —Pasé a la siguiente página de la planificación y decidí que sería más fácil tirarla directamente a la basura—. ¿Te parece que la prueba de raspado de la mejilla funcionará todavía? —Recordaba haberla hecho cuando yo misma estaba en el instituto, y me gustó bastante.

—Guau, ¿qué? ¿Se quedó en tu casa?

—Sí. —Lo miré, sin saber por qué era eso importante.

—¿Así que te acostaste con él?

—Sí.

Su expresión era indescifrable, y fría como el hielo.

—¿Cómo estuvo?

—Oh, Dios. No voy a hablar de eso contigo.

—¿Por qué no? Yo te cuento lo de todas mis conquistas. Tampoco te he preguntado cómo la tiene ni nada así.

Lo golpeé en el hombro.

—¿Qué? —me preguntó con inocencia.

—Deja de meterte con él.

—Eso no va a pasar nunca, así que no te molestes. ¿Y cómo estuvo?

Me encogí de hombros.

—Bien.

—¿Sólo bien? —insistió—. Un hombre debería poner tu mundo del revés hasta que te falle la voz, no ser simplemente satisfactorio.

—No es Christian Grey.

—Entonces déjalo.

—Eres de lo más ridículo, ¿lo sabías?

—¿Consiguió que te corrieras?

Me quedé con la boca abierta.

—Volt…

—¿Lo hizo? —me presionó.

Cerré la boca y miré a otro lado.

—Eso es un no.

—La primera vez que te acuestas con alguien nunca es perfecto.

—Uh, ni hablar. Yo soy un caballero, y los caballeros se aseguran de que sus damas se corran.

—Qué gran heroicidad…

—Hablo en serio —me interrumpió—. Si no puede llevar a cabo ni una tarea tan simple como ésa, entonces es que no se le da bien. Échale a la calle de una patada.

—Las relaciones no giran en torno al sexo.

—Pero las buenas lo hacen.

Volví a mi planificación para las clases.

—¿Debería hacer lo del raspado?

—No. Una de mis estudiantes tenía esperma nadándole en la boca; no quieres llegar a esa situación.

—¿En serio?

—Eres la mujer perfecta, Taylor. Ese tío debería estar rompiéndose el culo por estar contigo, no dejando las cosas a medias.

El cambio de tema casi me dio torticolis.

—¿Que soy la mujer perfecta? —¿Acababa de dedicarme Volt un cumplido como ése?

—Sí. Eres elegante, inteligente, divertida, y todo eso. Y esa clase de chicas no salen con perdedores como él.

—Te repito que no lo conoces.

—Debería haberse involucrado lo suficiente como para hacerte acabar. Hay muchas maneras de conseguirlo.

Ya me estaba arrepintiendo de haberle dicho la verdad.

—Déjalo ya, ¿vale?

—Me dijiste que estabas buscando al hombre perfecto. Estoy intentando ahorrarte algo de tiempo.

—Me importa más tener una buena relación con un buen hombre. Quiero alguien en quien pueda confiar, que me haga reír, y que sea buena persona en general. Estoy buscando un compañero, no alguien para una única noche.

—¿Y por qué no puedes tener ambas cosas? ¿Por qué no puedes tener la relación perfecta y un sexo fantástico?

—No digo que no pueda, sólo que no lo valoro tanto.

—Bueno, pues deberías. Y está claro que nunca has tenido sexo que pueda considerarse bueno.

—Eso no es cierto —dije a la defensiva.

—Sí lo es. Nunca has tenido la clase de orgasmo que te hace encoger los dedos de los pies, nunca has sentido ese placer que te hace gritar tan alto que la gente se cree que te estás muriendo. Nunca has tenido a un hombre dándote tan fuerte que hasta te gusta estar dolorida al día siguiente. Lo noto, Taylor, y es una pena.

La piel de los brazos se me puso de gallina. Se me erizó todo el vello del cuerpo. Sabía que tenía razón. Cuando lo describía así, sabía que no lo había experimentado jamás. Había estado con hombres que me habían llevado al orgasmo, pero no de esa manera, pero no pensaba admitirlo.

—¿Vas a seguir viéndote con él?

Todas esas preguntas empezaban a darme dolor de cabeza.

—Quizás me gustase más cuando no éramos amigos. Al menos no había tantas preguntas.

—Demasiado tarde, ahora estás atrapada.

—¿Atrapada?

—Sí. Amigos para siempre. Así que, ¿vas a volver a quedar con él?

Intenté evitar la pregunta desviando la mirada.

Noté como Volt ponía los ojos en blanco.

—Estás malgastando el tiempo. Y estaré ahí para decirte que ya te avisé cuando ocurra.

* * *

Sara y yo estábamos comprando en el centro comercial. Toda mi ropa tenía años, y había empezado a desteñirse y perder elasticidad. Además, puede que un cambio de guardarropa ayudara a que los estudiantes me prestasen atención.

—Entonces… ¿te gusta Rick? —No habíamos hablado de ello desde aquella noche. Lo último que había oído era que la había acompañado a casa, pero lo que había pasado después seguía siendo un misterio.

—Sí —dijo en voz baja—. Es mono.

—Y… ¿pasó algo? —Estaba tan ansiosa porque siguiera adelante con su vida que ni siquiera me importaba a quién eligiera para divertirse. Tenía que volver al mercado, y no importaba qué ofertas eligiese.

—No. Sólo nos deseamos buenas noches y se marchó.

«Maldición».

—¿Y eso fue todo?

—Bueno, me pidió el teléfono, y vamos a salir el sábado.

¿En serio? Era la mejor noticia que había oído en mucho tiempo.

—Eso está genial. Os divertiréis mucho.

—Eso espero. Me parece tan raro volver a tener citas.

—No debería; ya has esperado tiempo de sobras.

«De hecho, hasta demasiado».

—Ya veré a dónde llega.

Esperé que fuera hasta el dormitorio. Sólo necesitaba pasar un rato debajo de un hombre para poder seguir adelante y volver a pescar otros peces en el mar.

—Me alegro por ti. Quizás podamos volver a salir en una cita doble.

—Sí, eso sería divertido.

* * *

Drew había venido a casa, y estábamos mirando la televisión en el salón. Había sacado un plato de queso y embutido que había dejado en la mesita del café, e íbamos tomando sorbos del cabernet, sentados el uno junto al otro.

No podía dejar de pensar en lo que había dicho Volt. El sexo con Drew no había sido fantástico, ¿pero acaso importaba realmente? Había estado con un número decente de parejas, y nunca había tenido esa clase de sexo espectacular del que todo el mundo hablaba. Puede que el problema fuera yo. Puede que a Drew sí que le hubiese parecido fantástico, y a mí no.

—Rick me ha dicho que le gusta Sara. Cree que es un encanto.

—Eso es genial.

—Pero que parece que ha perdido la costumbre de salir con chicos; ha notado que hace mucho que no tenía una cita.

—Sí… su última relación acabó hace algún tiempo, pero creo que por fin lo está superando. Llevo meses intentando que salga por ahí con alguien, pero no ha funcionado. Así que supongo que Rick le gusta.

—Una unión perfecta. —Brindó conmigo antes de beber.

Lo miré a los ojos mientras me bebía el vino, pensando en esos labios gruesos y en cómo se sentirían sobre los míos.

Dejó la copa, y sospeché que en mi futuro se cernía un beso. A mí me iba de perlas; si no me besaba él, lo besaría yo. Colocó la mano sobre mi brazo lentamente, antes de deslizarla hasta el hombro. La dejó allí durante un instante y me pasó los dedos por el

cuello y por el pelo. Exhaló profundamente, haciendo que notara el vino en su aliento, y se inclinó para depositar un beso sobre mis labios.

Sentí el mismo calor que sentía siempre, pero debía admitir que los preliminares que precedían el sexo eran mejores que el sexo en sí. Puede que, si nos entreteníamos lo bastante antes de llegar al final, la explosión de cierre fuera mejor.

El timbre nos interrumpió de la peor manera posible, y no sólo una vez, sino tres seguidas.

Drew acabó el beso con brusquedad, encogiéndose ante aquel sonido no deseado.

—¿Esperas a alguien?

—No. —¿Quién demonios podría ser? Había estado a punto de mojar antes de que me interrumpieran de esa manera.

—Bueno, parece importante… No dejan de llamar.

—Probablemente sea algún crío. —Fui hasta la puerta, intentando no parecer demasiado furiosa. Si el chaval veía lo enfadada que estaba, le daría un buen susto. Pero cuando abrí la puerta no me encontré con ningún niño, sino con un hombre bien crecido de casi metro noventa tan guapo que hasta dolía. La mandíbula tosca acababa en unos labios suaves y finos, y sus ojos azules estaban más brillantes de lo normal, casi hipnotizantes—. ¿Volt?

—Eh, Tayz. —Llevaba unos pantalones vaqueros oscuros y una camiseta gris, no el conjunto que acostumbraba a ponerse si quería salir a hacer algo. Levantó una botella de vino—. He venido a ofrecer que bebamos y veamos South Park.

Nunca había aparecido sin avisar. No me importaba que se pasara por casa, pero resultaba un poco raro cuando me estaba viendo con alguien. No me hacía dar muy buena impresión.

—Eh…

Entró como si viviera allí.

—Esta mañana estaba en el metro y nunca adivinarías a quién he visto. —Se detuvo al ver a Drew sentado en el sofá; casi estuvo a punto de dejar caer la botella de vino.

Tenía que relajar la situación tan rápido como pudiera.

—Supongo que ya iba siendo hora de que os conocierais. Volt, éste es Drew.

«No el delgaducho. Drew».

Volt le miró con frialdad; no parecía que fuera a hablar.

—Drew, éste es mi amigo Volt. Hemos estado trabajando juntos en mis planes para las clases y en los proyectos para gestionarlas.

—No sabía que tenías compañía. —Le dio vueltas a la botella que tenía entre las manos.

—Bueno, está claro que no has preguntado si podías irrumpir así sin más —le espeté.

—Tú irrumpes en mi casa todo el tiempo —me discutió Volt.

—¿De qué estás hablando? —pregunté—. No lo he hecho ni una vez.

Se sentó en el sofá en el que había estado yo sentada y le tendió la mano a Drew.

—Un placer conocerte, he oído mucho de ti. —Tenía un brillo malicioso en los ojos, uno ligero que Drew no llegó a notar.

—Igualmente. —Drew le apretó la mano y la soltó rápidamente—. Pero me temo que yo no he oído mucho de ti.

—Taylor y yo somos amigos para siempre.

«¿Qué demonios acaba de decir?».

—Ya sabes, así es como lo dicen las mujeres —se explicó.

Drew lo observó de cerca, entrecerrando los ojos.

—Creo que ya te reconozco. Estabas en el bar cuando Taylor y yo nos conocimos.

Volt se dio un golpecito con los dedos en la sien.

—Chico listo.

¿Por qué seguía allí ahora que sabía que Drew y yo estábamos en mitad de una cita?

—¿Qué hacíais? —preguntó, apoyando el brazo en el respaldo del sofá.

—¿A ti qué te parece? —respondí con brusquedad—. Estamos teniendo una cita.

—Oh. —Volt miró el surtido de quesos y fiambre, pero no se levantó—. Están emitiendo un maratón de South Park. Deberíamos verlo.

—Quizás mañana. —Me senté en el sofá, viéndome obligada a hacerlo en el otro extremo, con Volt entre Drew y yo.

—¿Y trabajas en un laboratorio? —preguntó Volt.

—Sí —respondió Drew—. En un despacho médico en la Universidad de Nueva York.

—Entonces examinas especímenes principalmente de enfermedades de transmisión sexual —bromeó.

Puse los ojos en blanco, aunque ninguno de los dos me miraba.

—Supongo que sí —concedió Drew, riendo entre dientes—. Parece ser la razón principal por la que acude la gente.

—Sí, he pasado por eso —continuó Volt—. Tayz me ha dicho que estáis yendo bastante en serio.

«Voy a matarlo. Lo juro».

—Volt, ¿por qué no te vas ya?

Éste me puso la mano delante de la cara sin mirarme.

—Deja que hablen los hombres.

Si las miradas mataran, ahora mismo tendría un cadáver en el salón.

—Supongo —respondió Drew—. También nos lo pasamos bien.

—Bien —dijo Volt—. Siempre es bueno divertirse un poco. —Se sirvió un vaso de vino—. ¿Te gusta el deporte?

—En realidad no.

Volt se lo quedó mirando como si no supiera qué pensar de eso. Lo había dejado sin palabras.

—¿No miras ningún deporte?

—Si están en ese momento en la televisión, pues a veces. Pero en general no.

Volt siguió con la misma cara de póker.

—¿Y qué haces entonces con tu tiempo?

—Juego.

—¿A juegos de mesa? —Estaba incrédulo.

—No, videojuegos —respondió Drew—. Como Call of Duty, esa clase de cosas.

Volt se giró hacia mí sin decir nada, con una mirada de «¿En serio? ¿Este tío?».

Le devolví exactamente la misma mirada de desprecio.

Suspiró antes de volver a centrarse en Drew.

—¿Cuáles son tus planes para el futuro?

Drew lo miró con cara de póquer. ¿Cómo iba a contestar a aquello?

—Deja de interrogarlo —siseé.

—Sólo tengo curiosidad —contestó sin mirarme siquiera—. ¿Dónde te ves dentro de cinco años?

—Eh, ¿es que estamos en una entrevista de trabajo? —preguntó Drew a su vez—. Porque la última vez que lo miré, no me había presentado a ninguno.

Volt entrecerró los ojos en una amenaza más que evidente.

—Sólo bromea. —Intenté aliviar la tensión todo lo posible, pero sospechaba que nada de lo que hiciera marcaría diferencia alguna. Le di una palmada en el muslo a Volt y sonreí a pesar de todo—. Creo que va siendo hora de que te vayas.

—¿Y el maratón de South Park?—me preguntó.

—Quizás en otra ocasión. —Estaba echando a perder mi estilo y arruinando cualquier oportunidad que hubiera podido tener de

tener sexo. No me sorprendería nada si Drew se marchara sin más tras ser interrogado como un prisionero de guerra.

Volt tomó un sorbo de vino; no parecía que fuera a irse a ninguna parte.

—Al menos deja que acabe este vino tan exquisito.

Lo fulminé con la mirada.

—Me ha costado cinco pavos en el supermercado.

Tomó otro trago.

—Bueno, pues está delicioso.

Suspiré y me apoyé en el sofá, irritada con Volt por echarme a perder la noche.

Capítulo 8

Volt

Acababa de terminar la partida de Candy Crush en el teléfono cuando Scott entró en mi despacho. Me metí al instante el móvil en el bolsillo para no parecer el jefe más vago sobre la faz de la tierra.

—¿Qué pasa?

Las gafas se le caían de la nariz, y el sudor le cubría la frente.

—Acaba de llamar mi madre. Ha tenido un accidente de tráfico.

«Oh, mierda».

—Está en el hospital. ¿Puedo irme?

«¿Qué clase de pregunta es ésa?».

—Claro que sí. No te preocupes por nada.

—Ya se han ido todos mis clientes de hoy, así que sólo necesito que alguien cubra recepción. —Tenía la voz rasposa, como si no hubiese bebido suficiente agua. Las cuerdas vocales se le habían secado como hojas expuestas al aire del desierto.

—No te preocupes por nada de eso. —Me levanté y me acerqué a él, echándole el brazo sobre los hombros para consolarlo—. Cuida de tu madre. Tu puesto seguirá siendo tuyo hasta que vuelvas.

—Gracias, señor Rosenthal. —Me dirigió algo que se parecía vagamente a una sonrisa antes de marcharse.

Miré como se alejaba por el pasillo y desaparecía antes de dirigirme a la recepción. Me pasé los dedos por el pelo, y solté todo el aire que había contenido. Scott era un buen tipo, y me entristecía que tuviera que pasar por algo así. Si algo llegase a pasarle a mi madre, ni siquiera sé qué haría; siempre había sido muy cercano a mis padres. Lo último de lo que necesitaba preocuparse era del trabajo. Yo mismo podía ocuparme de ello durante el resto del día, hasta que encontrase a otro trabajador para cubrirlo.

Me senté en la recepción y volví a sacar el teléfono. La oficina estaba completamente sumida en el silencio; ya se habían ido todos por hoy. Educación de Primera Oportunidad se encontraba en el décimo piso de uno de los muchos rascacielos de Manhattan. Unas enormes ventanas componían la pared del fondo, ofreciendo una imagen perfecta de la ciudad. Había remodelado la planta y la había transformada en una cafetería con aires, dándole un aura de

comodidad para que los chicos se sintieran como en casa mientras duraba la tutoría. La gente podía reírse todo lo que quisiera, pero yo creía que tener un ambiente como aquel marcaba una diferencia importante en el proceso de aprendizaje; lo había aprendido en un caso de estudio durante el periodo de investigación.

Pero ahora que estaba sentado en la recepción, me moría de aburrimiento. El silencio resultaba ensordecedor, y mi traje almidonado se volvía más incómodo a cada minuto que pasaba. Hacía más de un año que no había llevado a cabo ninguna tutoría privada al estar ocupado con la gestión y el papeleo, así que ni siquiera estaba seguro de qué hacer para entretenerme. Lo único que tenía que hacer era esperar unas cuantas horas antes de que hubiésemos cerrado de manera oficial; entonces podría irme al gimnasio y a casa.

Centré toda la atención en el teléfono, pero justo en ese momento oí el pitido del ascensor. La pantalla cerca del techo me dijo que se acercaba a mi planta. Estaba a punto de recibir a un invitado, lo cual me sorprendió. Eran las siete de la tarde; la mayoría de los chavales ya estarían en casa.

Las puertas se abrieron, y en lugar de una madre o un padre, quien salió del interior del ascensor fue un estudiante de instituto. Sus tejanos habían perdido el color de tantos lavados por los que había pasado, y había tenido que añadir unos enormes parches en las rodillas. Había pedazos de tela colgando de la zona, augurando otro desgarro. Llevaba una camiseta roja que parecía demasiado pequeña para él, como si hiciera años que había dejado de ser de su talla; el borde a duras penas le alcanzaba la cintura de los tejanos. La mochila que llevaba al hombro estaba llena hasta arriba, con aspecto de ser más pesada que un coche. El chico sacó un mapa y miró el vestíbulo a su alrededor.

Le silbé en voz baja y levanté la mano.

—Estás en el sitio correcto, chaval.

Se guardó el mapa rápidamente en el bolsillo y se acercó a la recepción, con gesto tímido e incómodo. No me miró a los ojos; mantuvo la cabeza agachada e intentó evitar llamar la atención todo lo posible.

Y eso resultaba bastante difícil teniendo en cuenta que era la única persona presente.

—¿En qué puedo ayudarte, chaval? —Aparté el móvil y le dediqué toda mi atención. Ahora que estaba tan cerca al fin me percaté del corte de pelo que lucía; como poco era peculiar. Los mechones castaños le caían sobre la frente, pero cada uno tenía una

longitud diferente. Era imposible que fuera obra de un profesional, así que tuve que asumir que se lo había cortado él mismo.

Tenía el rostro decorado con unas pequeñas pecas, y una nariz respingona que se difuminaba con el resto de sus rasgos. Parecía demasiado bajito como para estar en el instituto, y demasiado delgado. Abrió la mochila y sacó una solicitud, completada con una caligrafía desastrosa y casi ininteligible.

Tomé el papel, sin hacer una broma como habría hecho habitualmente. No parecía de los que bromeaban.

—¿El instituto Carmichael? —Era la escuela más pobre de la ciudad con diferencia. Casi todos sus estudiantes recibían ayudas para el comedor, y llevaban usando los mismos libros de texto desde los años ochenta.

—Sí. —Se ajustó la única asa que le quedaba a la mochila.

La aplicación decía que era estudiante de segundo año, y que estaba a punto de cumplir los dieciséis. Nunca había recibido en la oficina a un estudiante de Carmichael, pero siempre había una primera vez para todo.

—¿En qué puedo ayudarte?

Se apartó el cabello a un lado, aunque no le molestaba en los ojos. Me miró directamente, aunque no pareció nada cómodo al hacerlo.

—Quiero un tutor.

—Claro. ¿En qué asignatura?

Se encogió de hombros.

—Me da igual.

«¿Que le da igual?».

—¿No hay ninguna clase en concreto en la que te haga falta ayuda?

Volvió a juguetear con el asa de la mochila.

—Supongo que en matemáticas y lengua.

Aquello estaba mejor.

—Tenemos algunos programas en los que puedes apuntarte. Mensuales, anuales, etc. ¿Hay algo que busques en específico?

—Bueno, quiero prepararme para los exámenes de aptitud.

—En ese caso el que más te interesa es el anual.

Volvió a encogerse de hombros y metió las manos en los bolsillos a la búsqueda de algo.

Observé sus movimientos, preguntándome qué estaría haciendo.

Al fin sacó algunos billetes y una colección de monedas pequeñas.

—¿Tenéis un plan de pago? He traído algo para el primer pago.

—Lo dejó todo sobre el mostrador que nos separaba. Sumaba un total de veintiocho dólares con setenta y cinco centavos; para mí eran moneditas, pero para él probablemente era una fortuna—. ¿Será suficiente?

«Ni de lejos».

Casi no había ni para pagar una hora.

—No exactamente. —Saqué un formulario de ayuda financiera, asumiendo que provenía de un hogar de bajos ingresos por su aspecto, y se lo tendí—. Sólo tienes que rellenar esto y así no tendrás que pagar nada de nada.

Le echó un vistazo al formulario, leyéndolo y con aspecto más estresado que aliviado. Se pasó la mano por el pelo en un gesto automático, apartándolo y dejando al descubierto su perfil.

Y fue entonces cuando lo vi.

Tenía un moratón muy claro en el pómulo. El cabello lo disimulaba, haciendo que fuera difícil de ver de primeras.

Mi actitud relajada desapareció, siendo sustituida por la preocupación.

—¿Cómo te llamas?

El chico siguió mirando el formulario.

—¿Por qué pregunta cuánto cobran mis padres?

—Es sólo para verificar que cualificas para la ayuda para extraescolares.

Dejó el formulario sobre el mostrador.

—No importa. Gracias de todos modos. —Y dio media vuelta sin despedirse.

—Ey, espera. —Me levanté de la silla para no perderlo de vista.

Ya había llegado al ascensor, y estaba pulsando el botón.

—Chaval, espera. —Rodeé la mesa a toda prisa, yendo hacia él, sin querer echar a correr por si lo ponía todavía más nervioso.

El chico entró en el ascensor y presionó el botón, haciendo que las puertas se cerrasen y desapareciendo. La cabina empezó a moverse, dirigiéndose a la entrada del edificio.

Me llevé las manos a las caderas y me quedé mirando el reflejo distorsionado que me devolvían las puertas cerradas del ascensor. Algo no iba bien con aquel chico; estaba hecho un desastre, se negaba a dar información sobre sus padres, y había salido huyendo de mí como si fuera a complicarle todavía más la vida.

«Pero ya se ha ido».

* * *

Me senté en nuestra mesa habitual, dejando dos muffins frente a mí.

Brillaba el sol, pero unos pocos árboles ofrecían sombra y lo hacían soportable. Llevaba las gafas de sol de aviador sobre la nariz para no forzar la vista.

Taylor emergió de entre la multitud y se acercó a la mesa. Iba vestida con un vestido de verano y una chaqueta rosa de punto, unos pendientes de cocodrilos y un bolso de lino con un globo terráqueo dibujado. Podría haber adivinado que era profesora aunque no la conociera, sólo con mirarla.

Y parecía cabreada.

Se sentó en el asiento opuesto y se arrancó las gafas de la cara, permitiéndome ver el alcance de su ira.

—Qué. Cojones. Pasa. Contigo.

Le acerqué el plato.

—He pedido tu favorito: muffin de chocolate.

Lo empujó de vuelta a mi lado de la mesa.

—No quiero tu comida de disculpas.

Eso no me lo creía.

—De acuerdo, entonces me los comeré yo. —Extendí la mano hacia él, sin dejar de observar su expresión en todo momento. Tal y como sospechaba, su enfado disminuyó a medida que su apetito tomaba el control. Si permitía que yo me lo comiera, tendría que hacer cola durante veinte minutos para conseguir otro, y lo más probable es que para entonces ya se hubiesen agotado.

Aferró el plato y volvió a moverlo hacia su lado, fuera de mi alcance.

Sonreí de oreja a oreja.

—¿Por qué me arruinaste la cita del fin de semana pasado?

Sabía que estaba enfadada conmigo, razón por la que no habíamos hablado en una semana; le había dado espacio para que pudiera tranquilizarse. Estaba claro que mi táctica no había dado frutos.

—Mira, no sabía que estabas en una cita. Me pasé como lo habría hecho en cualquier otro momento; no es como si hubieras colgado un calendario en la puerta.

—Pero te quedaste cuando viste que era una cita.

—¿Y? —pregunté—. Quería ver cómo era. Y, por cierto, no me ha entusiasmado nada.

Alargó la mano y me robó el muffin. Ahora tenía dos.

—Ooh… menudo castigo.

—¿Cómo te sentirías tú si yo te arruinara una de tus citas? Si me metiera de un salto entre los dos.

Fui incapaz de borrar mi sonrisa ante la excitante imagen que se

me formó en la cabeza.

—En realidad, eso me encantaría.

Las mejillas se le enrojecieron al instante.

—No seas asqueroso.

—¿Qué? —pregunté con gesto inocente—. Sólo estoy siendo sincero. Me encantan los tríos. A veces complacer a una única mujer es demasiado fácil.

—Puf, te odio.

—No mientas. —Si lo hiciera, no habría quedado conmigo para comer—. Y hablando de complacer, ¿sigue siendo tan malo en la cama?

—Nunca he dicho que fuera malo.

—Porque está claro que no se está dejando la piel, ni ninguna otra parte de su anatomía. —Moví las cejas.

Taylor arrancó un trozo de muffin y me lo tiró con fuerza a la cara.

Permití que cayera al suelo, donde un puñado de palomas lo hicieron trizas.

—¿Ha conseguido ya que te corras?

—Sí —me respondió a la defensiva.

—¿Cuántas veces?

—¿Qué importa eso?

—Claro que importa. ¿Te lleva hasta ese lugar tan especial cada vez que lo consigue?

Desvió su atención hacia el muffin y empezó a comérselo.

—No voy a hablar de eso contigo.

—¿Por qué? ¿Porque sabes que tengo razón?

—¿Razón en qué?

—En que el sexo no funciona y tienes que encontrar a otra persona.

—Volt, el sexo no lo es todo.

—Pero es una parte importante.

Alargué el brazo hacia mi muffin y volví a moverlo a mi lado de la mesa.

—¿Así que sólo hace que te corras de vez en cuando?

—No lo sé —respondió, dejando el muffin convertido en trocitos—. Diría que funciona una de cada cuatro.

Estuve a punto de escupir la comida de lo asqueado que me hizo sentir eso.

—¿Y se atreve a llamarse hombre?

—Cállate, Volt.

—No, eso es una tontería.

—¿Por qué te importa tanto mi vida sexual? —discutió.

—Porque eres mi amiga. Y los amigos no dejan que sus amigas tengan sexo del malo. Si fueras Derek, te estaría diciendo lo mismo. En una ocasión salió con una tía que odiaba las mamadas, así que le dije que le diera la patada. ¿Y adivina qué? Lo hizo.

Taylor puso los ojos en blanco.

—Esas cosas no son tan importantes para las mujeres.

Me reí; aquello sí que era absurdo.

—Las mujeres son seres tan sexuales como los hombres; les gusta tener sexo, y no deberían sentirse avergonzadas de decirlo. Está claro que no has tenido experiencias demasiado notables en el dormitorio. Si las hubieras tenido no te conformarías así sin más.

—No me estoy conformando.

—Sí que lo haces.

—Mira, ya basta de esta conversación. Sólo quiero que dejes de interrumpir mis citas.

—Ni siquiera es una persona interesante —continué—. ¿Y juega a videojuegos? ¿Qué edad tiene, cinco años?

—Eh, a mí me gustan los videojuegos —se defendió Taylor.

—Ese tío es un bicho raro. ¿Qué le ves?

—Para tu información, es muy dulce.

—Si tanto valor le das a la dulzura, cómete un melocotón.

Suspiró profundamente, expresando la evidente irritación que sentía hacia mí.

—No tengo nada más que decir de este tema.

Si quería conformarse con un tío delgaducho que no sabía cómo empotrar el cabecero de la cama contra la pared, pues muy bien. Ella se lo perdía.

—Lo que tú digas.

Taylor mantuvo la cabeza inclinada y se comió el muffin en silencio. Cuando la tensión pasó a ser demasiado arrancó unas cuantas migajas y se las tiró a los pájaros. Llevaba las uñas pintadas de un verde brillante, lo que me recordaba a un espectáculo de luces de neón. Me percaté de que siempre llevaba las uñas pintadas de distintos colores, pero siempre eran colores atrevidos y chillones.

—¿Cómo te ha ido la semana?

—Bien. —Pensé en el chico que había acudido a la oficina y cuyo nombre nunca había llegado a oír, y seguí preguntándome qué debía ocurrirle. Observé como los pájaros se paseaban entre nuestros pies, buscando cualquier trocito que pudieran haber pasado por alto.

—Eso no suena bien para nada. —Le quitó el envoltorio al

muffin y se comió lo que quedaba.

—Sólo ha sido una interacción extraña con un chaval.

—¿Qué significa eso? —Dejó el muffin en el plato, más interesada en mí que en comer; era la primera vez que pasaba algo así.

—Vino a la oficina e intentó apuntarse a las tutorías. Cuando le dije que tenía que rellenar un formulario de ayuda financiera salió huyendo.

—Eso no es tan raro.

—Tenía un moratón en la cara. Y es el primer chico del instituto Carmichael que viene.

Taylor se quedó inmóvil, respirando sólo de manera superficial.

—¿Un moratón?

—Le cubría todo el pómulo. —Usé la mano para señalar la zona sobre mi propio rostro—. Tenía el pelo cortado a trasquilones y le cubría la mayor parte, pero lo distinguí. Quería pagar él mismo por el servicio, pero sólo tenía unos pocos dólares. Echó a correr cuando le pedí que rellenara la información sobre sus padres.

—Eso no suena nada bien…

—No conseguí que me dijera su nombre, y no he podido dejar de pensar en él.

—Quizás le encuentres si vas al instituto.

—Si voy sin ningún motivo tendrá todo muy mala pinta.

—No entres en el campus, quédate mirando desde el otro lado de la calle.

—Supongo que podría hacer eso. —La breve interacción que había tenido con él había sido suficiente para perseguirme durante toda una vida.

—Creo que deberías hacerlo.

Mis padres eran ciudadanos de renombre, y Connor y yo siempre habíamos tenido todo lo que nos había hecho falta, y no sólo financieramente, también en el campo académico. Mi padre siempre había sido un modelo a seguir para mí, y me dio todos los recursos necesarios para lograr tener éxito. Cuando me percaté de los estudiantes que recibían la ayuda para el comedor o que acababan en el despacho del director día sí y día también, comprendí cuánto tenía en realidad. Fui el graduado con mejores notas de una escuela que contaba con dos mil estudiantes, algo que nunca habría ocurrido sin los ánimos que me habían ofrecido mis padres. Siempre había sentido pena por los estudiantes que no contaban con esa clase de apoyo en casa.

—Yo también.

* * *

Sonó el timbre, y los chicos fueron saliendo como hormigas de un hormiguero. Iban cogiendo sus bicicletas o patinetes y allá iban, en dirección al parque de skate o a beber algo en el Starbucks.

Examiné la multitud, buscando a aquel chaval bajito que había ido a la oficina. El instituto Carmichael estaba completamente saturado, y era un mar de rostros sin nombre.

Pero tenía a la suerte de mi lado; conseguí verlo.

Esperó a que se hubieran ido la mayoría de los estudiantes antes de acercarse al aparcamiento para bicicletas y quitarle la cadena a su bicicleta de montaña; parecía demasiado vieja como para poder usarse, y el cambio de marchas casi colgaba del cuerpo de la bicicleta. La apartó de las barras que conformaban el aparcamiento y estaba a punto de subirse a ella cuando notó el mismo problema. Se arrodilló, arreglándolo como si lo hubiera hecho un millón de veces.

«Ahora es cuando me toca mover ficha».

Cruce la calle, caminando por la acera hasta estar lo bastante cerca como para hablar con él. Me quedé de pie, con las manos en los bolsillos del traje. Mi sombra le oscureció el rostro.

Alzó la vista al percatarse de mi presencia.

—¿Qué? —Al principio no me reconoció, pero tras mirarme a la cara por fin vio la conexión—. ¿Qué demonios quieres? —Se enderezó, acercando más la bicicleta a su cuerpo, listo para volver a huir.

—Eh, tranquilo. Sólo quiero hablar.

—No tengo nada que hablar contigo.

—¿Por qué? —Mantuve las manos en los bolsillos, intentando parecer tan poco amenazador como fuera posible.

—¿Porque eres un bicho raro que sigue a la gente por ahí? —dijo con prepotencia.

Sonreí para relajar la situación.

—Seguir a críos no es lo mío. Sólo he venido porque tenía una reunión con el director, y te he reconocido. Así que relájate.

—¿En serio? —espetó—. ¿Cómo se llama el director?

Aquel chaval era más listo de lo que había pensado.

—Director Littleton. —Resultaba que lo sabía todo sobre el sistema escolar de Nueva York, tanto del lado público como del privado.

Sus sospechas disminuyeron, pero no desaparecieron por completo. El moratón que había tenido en la cara la semana pasada

había desaparecido, pero tenía uno nuevo en el brazo. Intenté no quedarme mirándolo.

—¿Tienes un minuto para hablar?

—No. —Fijó la cadena y se subió a la bicicleta de un salto.

Deseé detenerlo, pero no había mucho que pudiera hacer.

—Si sigues interesado en el programa, hay un hueco.

—No tengo dinero. —Empezó a alejarse pedaleando.

—No hay cuota de pago.

—No voy a rellenar ese maldito trozo de papel. —Me dirigió una última mirada antes de ganar velocidad.

Iba a perderlo si no hacía algo, y lo hacía ya.

—No tienes por qué hacerlo; ni siquiera tienes que decirme tu apellido si no quieres.

Tuve suerte y accionó los frenos. Le dio la vuelta a la bicicleta para quedar frente a mí, aferrando el manillar con fuerza.

—¿Estás mintiendo?

—No. Yo no te mentiría. —Mantuve la calma, aunque por dentro estaba entrando en pánico. Algo me decía que no podía dejarlo marchar; tenía que intervenir en su vida, hacer que asistiera a mi programa de tutorías. Si lo perdía, lo lamentaría durante toda mi vida

El chico me estudió con ojos desconfiados antes de acercarse pedaleando.

—¿Entonces no tengo que completar ningún papeleo?

—No.

—¿Mi padre no se enterará?

¿Por qué iba a querer esconderle a su propia familia que tenía un tutor? Aquello sólo me preocupó todavía más.

—No a menos que quieras decírselo tú mismo.

—¿Por qué es gratis de repente?

«Porque pagaré tu cuota».

—Tenemos programas especiales para cubrir las necesidades de todo tipo de estudiantes.

Por fin dejó de lado la desconfianza.

—¿Cuándo puedo empezar?

—Cuando quieras. Tenemos muchos tutores diferentes entre los que puedes elegir, según tus necesidades.

Retorció ligeramente las agarraderas del manillar, mirando a lo lejos, como si estuviera pensando.

Me percaté de que era muy cuidadoso con sus palabras; pensaba antes de actuar, como si hasta el más mínimo detalle importase. Tenía los procesos mentales de un diplomático. Tenía una sabiduría

que superaba por mucho su edad.

—Quiero presentarme a los exámenes de aptitud. —Bajó la mirada, como si aquello lo avergonzase.

—Parece un buen plan.

—Pero matemáticas y lengua se me dan fatal. En realidad todo se me da bastante mal. Esperaba poder conseguir una puntuación lo bastante alta como para entrar en una escuela profesional o algo parecido…

Me percaté de que llevaba los mismos tejanos que había llevado la primera vez que lo vi, y me pregunté si serían los únicos que tenía.

—Podemos hacer que ocurra.

—¿En serio? —preguntó, sorprendido.

—Desde luego. —Yo era el mejor tutor de todo el edificio con diferencia, puesto que era el único que había sido profesor en algún momento. No era que tuviera necesariamente más conocimientos, sino que comprendía mejor como trabajar con estudiantes con necesidades especiales. Estudiantes como aquél—. ¿Cómo quieres que te llame?

—Clay. ¿Y tú?

—Volt.

Arqueó las cejas.

—¿Señor Volt?

—No. —Le dirigí una sonrisa—. Sólo Volt.

* * *

Entré en el bar y distinguí al grupo pasando el rato en los sofás del fondo. Los ojos se me fueron al instante hacia Taylor, disfrutando del vestido gris marengo que le abrazaba perfectamente las caderas. Llevaba unos tacones púrpura, y a pesar del choque de colores, le quedaban genial. Los gemelos se le marcaban de manera impresionante, y las nalgas parecían más respingonas que de costumbre.

Pedí dos copas y me abrí camino hasta ellos.

—Para ti.

Taylor ya tenía una bebida, pero la aceptó de todos modos.

—¿Y eso?

—Siempre invito a las mujeres guapas, y hoy tienes un aspecto magnífico.

La comisura de los labios se le arqueó en una semi sonrisa al instante. Se giró, medio halagada y medio avergonzada, y dejó la copa que ya había tenido en la mano.

—Bueno, gracias… —Tomó un sorbo, saboreándola—. Espero que no le hayas echado nada raro.

—Qué va. No me hacen falta drogas para llevarme a una mujer a la cama. —Me bebí la cerveza, todavía con los ojos fijos en los suyos—. ¿Quién te ha elegido el conjunto?

—¿Qué?

La miré de arriba a abajo.

—El modelito.

—He sido yo solita, muchas gracias.

—Tienes muy buen gusto, y sé exactamente de dónde lo has sacado.

—¿De las revistas Cosmo? —preguntó, juguetona.

—Los dos sabemos que ha sido de mí.

Natalie se acercó, vestida con un vestido que le sentaba como una segunda piel y unos tacones tan altos que bien podría haberse partido el tobillo. Sabía que se vestía así para impresionar a la gente, pero en realidad sólo había una persona a la que le interesaba atraer, y precisamente él ni la notaba.

—Empezaba a preguntarme si ibas a saludarnos a los demás siquiera.

La saludé agitando la mano en el aire.

—Hola.

Nos miró del uno al otro con gesto desconfiado; parecía cargar ya con varias copas encima.

—Vale, en serio. ¿Qué hay entre vosotros dos?

—¿Entre nosotros dos? —preguntó Taylor, incrédula.

—Sí —siguió Natalie—. Siempre estáis en vuestro mundo particular, y siempre salís juntos. Tiene que haber algo que no nos hayáis dicho. —Nos había acorralado en una esquina y no planeaba dejar que nos escapáramos.

—Sólo somos amigos —contestó Taylor—. Ya te lo he dicho.

—¿Amigos con derecho a roce? —Natalie se inclinó hacia delante como si fuera nuestro secreto.

—Ojalá —dije—. Pero no.

—Estáis siempre pegados el uno al otro —argumentó Natalie—. Y nunca he visto a Volt manteniendo una amistad y nada más con nadie.

—Tú y yo somos sólo amigos —señalé.

—Pero eso es distinto. Tú y yo no quedamos a solas.

—¿Y qué estamos haciendo ahora mismo? —repliqué.

—Pero no estamos a solas —dijo Natalie.

—¿Por qué es tan importante? —pregunté—. Tayz y yo somos

amigos cercanos. No tiene nada de raro.

Aun parecía desconfiar, a pesar de toda la conversación que acabábamos de tener.

—Según mi experiencia, un chico y una chica no pueden ser nunca sólo amigos.

—Bueno, pues créeme —intercedió Taylor—, eso es lo único que somos, y no seremos nunca *nada más que eso*.

Me giré hacia ella con brusquedad, repitiendo en mi mente la manera en que le había dado énfasis a las palabras *nada más que eso*. El estómago se me retorció, incómodo, y de repente sentí como me asfixiaba de calor. Tomé un trago para disimular lo que fuera que estuviese sintiendo.

—Muy bien —dijo Natalie—. Lo que vosotros digáis.

—Además, me estoy viendo con Drew —le recordó Taylor—. Y me gusta de verdad.

No pude evitarlo, tuve que poner los ojos en blanco, y de manera exagerada.

—Nat, por favor dime que ese tío también te parece una broma.

Ésta se encogió de hombros.

—Conmigo ha sido muy agradable.

—Pesa como unos cincuenta kilos. —Ningún hombre debería ser tan delgaducho.

Pero Natalie sólo volvió a encogerse de hombros.

—Cada uno viene con su propio tamaño y peso. ¿A quién le importa?

—No es que me importe —discutí—, pero Taylor se merece lo mejor, y creo que todos estamos de acuerdo en que él no es lo mejor.

Taylor había estado a punto de tomar un trago, pero se detuvo al oír lo que acababa de decir. Sus ojos se suavizaron de un modo hermoso que hizo que deseara seguir diciéndole cosas parecidas.

—Ooh—susurró Natalie—. Ojalá alguien me dijera a mí cosas así. —Se alejó, volviendo con los chicos y ocupando su lugar junto a Jared.

Me aclaré la garganta e intenté cambiar de tema.

—¿Llegaste a decirle lo de Jared?

—No —respondió Taylor con un suspiro—. No consigo forzarme a sacar el tema. Si fuera yo, me moriría de vergüenza.

—¿No crees que será todavía peor si sigue así?

—Mañana vamos a salir para buscarle un chico; creo que, si consigo que dé un paso adelante con otra persona, todo resultará mucho más conveniente.

—Supongo que tienes razón. —Analicé la sala en búsqueda de una mujer guapa a la que llevarme a casa, pero nadie me llamó la atención. Era un mar de minifaldas y tacones.

—¿Encontraste al chico?

Volví a girarme hacia ella.

—Sí, junto a las bicicletas.

—¿Qué pasó?

—He conseguido que se apunte a las tutorías. Empieza el lunes.

—¿Cómo has logrado que rellene el papeleo?

—No lo he hecho. —Clay no vendría de ningún modo si le pedía que lo rellenase—. Le daré clases gratis.

—Ooh…

—Pero él no lo sabe; cree que ha recibido una beca que lo califica… Una tontería que me he inventado.

—Eso es muy dulce, Volt.

Me encogí de hombros; no sabía qué otra cosa hacer. Me gustaba que me prestase aquel tipo de atención, que me mirase como si fuera alguna clase de héroe, pero detestaba que lo hicieran los demás.

—Nadie debería darle la espalda a un estudiante sólo porque le falten fondos.

—Tienes toda la razón. —Se cambió la copa de mano y, por sorpresa, me rodeó la cintura con el brazo y me abrazó, apoyando la cabeza sobre mi brazo.

Me quedé completamente inmóvil, incapaz de procesar lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué haces?

—Te estoy dando un abrazo.

—¿Pero por qué?

—Porque me encanta este lado de ti… el dulce y compasivo.

Bajé la mirada hacia ella, esperando a que se apartase, pero no llegó a hacerlo. Le abracé la cintura en un gesto automático y la atraje hacia mí, y fue entonces cuando me percaté de que era la primera vez que la abrazaba. El aroma de su champú me inundó la nariz, haciéndome pensar en una pradera en verano. Era una sensación de afecto extraña, pero bienvenida de todos modos.

Y me gustaba.

Cuando alcé la vista, vi a Natalie mirándonos fijamente. Negó con la cabeza y puso los ojos en blanco. Después articuló unas palabras sin llegar a pronunciarlas: «Sólo amigos, y un pimiento».

Capítulo 9

Taylor

Entramos en el bar y fuimos directas a pedir una copa antes de dirigirnos a una mesa sin sillas. Natalie llevaba un vestido sexy, mostrando esas piernas perfectas y la cintura esbelta, pero parecía incomoda, como si aquel fuese el último lugar en el que quería estar.

—¿Ves a alguien que te guste? —Examiné la multitud y vi a algunos hombres monos repartidos aquí y allá.

—Eh. —Se encogió de hombros mientras removía su copa.

«Ni siquiera se está esforzando».

—¿Qué tal ese chico de la camiseta negra?

Lo miró de reojo.

—Está bien.

No me estaba dando nada con lo que trabajar.

—Natalie, ¿qué pasa contigo?

—¿Qué quieres decir? —Dejó el vaso sobre la mesa.

—Nunca sales con nadie, y cuando quedamos, no te interesa nadie. Empiezo a pensar que eres lesbiana. —Soltar de repente que sabía que estaba enamorada de Jared sólo haría que sintiera vergüenza. Tenía que ser ella quien me lo dijera según sus propios términos.

Me dio un codazo de manera bromista.

—Puede que lo sea.

—Lo que tú digas. Tampoco soy tu tipo.

—¿Por qué no?

—Soy bajita y castaña… Pareces alguien a quien le interesarían las mujeres altas y rubias.

—Supongo que sí —concedió—. ¿Cómo Charlize Theron?

Me percaté de que nos estábamos desviando del tema.

—Es que no te veo nada activa en el mundo de las citas, y es raro. Eres joven y estás en la flor de la vida. —Si seguía insistiendo, quizás consiguiera que desvelase su secreto—. Sólo llevo unos meses en la ciudad, y hasta yo he conseguido novio.

—Eso es porque eres mona.

—Lo que tú digas. —Le di una palmada en el brazo—. Tú

también eres mona, y ahora dime qué ocurre.

Mantuvo los dedos alrededor del vaso, como si eso fuera a darle seguridad.

—De acuerdo. La verdad es que…

Me incliné hacia delante, esperando el anuncio oficial.

—Siento algo por Jared.

Era la mayor obviedad del año.

—¿En serio? No tenía ni idea.

—Hace siglos que siento algo por él, y cada vez que intento librarme de mis sentimientos fallo sin remedio. No dejo de esperar a que por fin se dé cuenta de que estoy ahí y deje de pensar en mí como la hermana pequeña de un amigo.

Si el tema llevaba así años, dudaba de que fuera a pasar ya.

—Entonces quizás sea el momento de que sigas con tu vida y encuentres a otro hombre magnífico. Natalie, esto es Nueva York. Hay miles de hombres maravillosos.

—Lo sé, lo sé. Pero siempre que miro a mi alrededor, sólo lo veo a él.

Era peor de lo que había pensado.

—Si no va a pasar nada con Jared, vas a tener que alejarte un poco. Seguir prendada de él sólo servirá para que malgastes el tiempo y arruines tus oportunidades de encontrar a un buen hombre.

—Tienes razón. —Soltó un profundo suspiro, como si deseara que no la tuviera.

—¿Qué tal si empezamos ahora mismo? —Volví a girarme hacia el tipo con la camiseta negra—. Ve para allá y habla con él.

—¿Así, sin más? —me preguntó incrédula.

—Preséntate y ofrécete a invitarlo a una copa.

—Nunca antes le había tirado los tejos a un hombre.

—No es tan difícil, sólo tienes que tener algo de confianza en ti misma. A los chicos les gusta.

—¿Y si me dice que no?

Me encogí de hombros.

—¿Y qué más da? Si lo hace pasas al siguiente.

Se bajó un poco el vestido y se retocó el pelo.

—No me tomo los rechazos tan bien como tú.

—Tampoco es tan malo.

Se giró hacia mí.

—¿Qué aspecto tengo?

—Estás como un tren. Ahora ve y consigue algo de carne. —La obligué a girarse y le di un pequeño empujón.

Se acercó a la esquina en la que estaba el chico con sus amigos. Caminaba con elegancia, con los hombros echados hacia atrás y balanceando las caderas.

La noche estaba yendo mucho mejor de lo que me había imaginado. Me quedé en la mesa, bebiéndome mi cerveza, encantada con poder disfrutar del espectáculo. Le di un trago a la copa y me percaté de que ya me la había acabado.

«Necesito otra».

Me giré hacia la barra, y en ese momento frené en seco. Drew estaba de pie al otro extremo de la misma, vestido con sus tejanos y camiseta habituales.

Me había dicho que aquella noche saldría con sus amigos; debían de haber elegido también aquel local.

El entusiasmo creció en mi corazón al reconocerlo, pero desapareció con la misma rapidez.

Porque no estaba con sus amigos.

Estaba hablando con una rubia mona contra la pared. Ésta llevaba una copa en la mano y una sonrisa en los labios. Drew tenía los brazos cruzados sobre el pecho, pero estaba demasiado cerca de ella.

Mi mente quiso sacar conclusiones precipitadas al instante, pero me convencí de que me estaba apresurando. El bar estaba oscuro, y la poca luz que había a veces distorsionaba a la gente. Probablemente se trataba sólo de una amiga con la que se había encontrado. No había razón para enfadarse.

Decidí acercarme y saludar. Hacía algunos días que no lo veía, y lo echaba de menos. El bar estaba lleno hasta arriba y la música muy alta, así que tuve que abrirme paso entre el mar de cuerpos para llegar hasta él.

Volví a pararme a sólo unos pasos de distancia.

Porque la estaba besando.

Se había pegado a ella contra la pared, y la besaba con pasión. Tenía una mano perdida en su melena y con la otra le sujetaba el final de la espalda con fuerza; casi le arrancaba la ropa en su entusiasmo.

Y sólo pude quedarme ahí y mirar.

Se me taparon los oídos, y la música se convirtió en el eco distante marcado por el ritmo del bajo. Las conversaciones a mi alrededor desaparecieron, y lo único que oía era un fuerte sonido agudo. El corazón se me aceleró como si estuviera a punto de competir en la maratón de Boston. Mi cuerpo murió en aquel instante, pero al mismo tiempo cobró vida. Miré fijamente como

Drew besaba a aquella mujer y, a pesar de la horrible escena que se representaba frente a mí, no pude apartar la mirada, no pude parar. Me dolía, me abría la piel a tiras, pero era atroz que incluso resultaba hipnótico.

Por fin fui capaz de recuperarme lo suficiente como para darme la vuelta. Tenía que encontrar la salida más cercana y salir de allí de inmediato. Cualquier otra persona se habría enfrentado a él y le habría cruzado la cara de un guantazo, o al menos le habría tirado la copa encima, pero no hice nada de todo eso.

Elegí huir.

Cuando por fin me vi en la calle, abriéndome paso entre la gente que intentaba entrar, inhalé el aire frío de la noche. Olía a humo y a orín de rata, pero para mí seguía siendo el paraíso. Los ojos se me anegaron de lágrimas sin que me diera cuenta, hasta que éstas me cayeron por las mejillas. No me di cuenta de cuánto daño me había hecho Drew hasta que sentí como aquel líquido caliente me alcanzaba la barbilla y caía en pequeñas gotas sobre el cemento.

«No debería llorar; ningún hombre se merece mis lágrimas».

No se merecía nada de mí.

Me las sequé con el antebrazo, haciendo que se me corriera el maquillaje en el proceso, y me sorbí la nariz con fuerza para evitar que siguiera goteándome. Cuando por fin volví a controlar un poco mis emociones, decidí acudir a la primera persona que me vino a la mente. Acudí al mejor amigo que tenía en el mundo. Acudí a la única persona que realmente conseguiría que me sintiera mejor.

Acudí a Volt.

Capítulo 10

Volt

Ring. Ring. Ring.

Estaba leyendo en la cama cuando aquel sonido tan irritante me sacó de la historia. Dejé *El Conde de Montecristo* a un lado y aparté las sábanas de una patada.

Ring. Ring. Ring.

Miré la mesita de noche de reojo, percatándome de que eran las diez y media de la noche. La única persona que aparecería frente a mi puerta a aquellas horas de la noche tenía que ser algunos de mis líos habituales, pero nunca anunciarían su presencia de una manera tan escandalosa. Además, normalmente me enviaban un mensaje primero por si ya tenía la noche ocupada.

Ring. Ring. Ring.

—Joder, ya voy. —Crucé el salón vestido sólo con unos pantalones de deporte y llegué a la puerta. La abrí de par en par, listo para gritarle a aquella mujer tan dependiente por cabrearme tanto—. ¿Qué demonios…? —Me detuve en mitad de la frase al encontrarme cara a cara con Taylor.

El lápiz de ojos se le había corrido.

La máscara de pestañas había quedado hecha un desastre.

Tenía los ojos enrojecidos.

Las mejillas sonrojadas.

La mire fijamente, boquiabierto. Mi cerebro no podía comprender lo que estaba viendo; no tenía tiempo suficiente para procesarlo. No hubiese podido decir si era real o solo un sueño. Quise decir algo, pero me había quedado en blanco. ¿Cómo podía estar alguien tan hermoso en su peor momento?

Taylor se apretó contra mí, rodeándome el cuello con los brazos. Aplastó los labios sobre los míos, dándome el beso más fuerte que había recibido en la vida. Sus manos me aferraban por todos lados, ansiosas por cada parte de mi ser. Se entregó por completo, dando todo lo que tenía. Sus labios se movieron sobre los míos a toda velocidad, haciendo que me subiera la temperatura en milésimas de segundo. Me hundió los dedos en el pelo, sujetándome con fuerza. Se acercó más, intentando que la absorbiera para que fuéramos una

sola persona.

Respiré contra su boca y después la sujeté con fuerza por las caderas. Podía sentir cada centímetro de ella, las curvas femeninas de sus caderas y la caída en picado de su espalda. La piel de sus brazos era lo más suave que había acariciado nunca, y cuando llegué a su cabello hasta gemí contra sus labios. Las explosiones no dejaban de resonar en mi interior, y ni siquiera habíamos empezado.

No importaba lo que estuviese haciendo allí. Me deseaba, y nunca en la vida había deseado a alguien como la deseaba a ella. Nos alimentábamos del otro, necesitándonos para que aquella sensación siguiese viva.

«Qué sensación tan maravillosa».

La alcé en brazos e hice que me rodeara la cintura con las piernas antes de acorralarla contra la pared. Mi miembro palpitante se apretó contra ella a través de los pantalones, y me moví contra ella mientras plantaba cientos de besos sobre su boca. Mi lengua bailó con la suya del modo más erótico posible, y pensé que bien podría correrme allí mismo.

Le aferré la nuca con una mano mientras disfrutaba de la sensación de su cuerpo, enamorado de cómo se sentía contra el mío. Estaba inmovilizada debajo de mí, completamente a mi merced para disfrutar de ella. Antes ya la había deseado, y una parte de mí no había dejado de hacerlo en ningún momento, pero ahora ni siquiera recordaba ocasión alguna en la que hubiese llegado a desear a alguien que no fuera ella

—Me encantan tus besos. —Me encantaba todo en ella: lo suaves que resultaban ser sus labios, el modo en que se aferraba a mí desesperadamente y que me hacía sentirme como puñetero un rey—. Nunca he deseado más a una mujer en toda mi vida.

Su mano se perdió dentro de mis pantalones, bajándolos de un tirón hasta los muslos. Después fue a por los bóxers, apartándolos a su vez.

—Fóllame, Volt. Fóllame bien fuerte.

Aquella clase de vocabulario normalmente hacía que mi miembro empezase a cobrar atención por lo sexy que era, pero esas palabras en concreto tuvieron el efecto opuesto.

Me sentí usado.

Me sentí como un cuerpo más.

Me sentí como si no valiera nada.

La conexión que había tenido con ella se cortó de repente, y el calor ardiente y cegador que se había creado entre nosotros

disminuyó en seco cuando comprendí de qué iba todo aquello.

«Sólo está utilizándome».

Aparté los labios y la miré a la cara, viendo como aquella excitación desesperada se le reflejaba en los ojos además de en los labios. Pero también vi una tristeza abrumadora, la depresión, y un corazón roto.

—Estás llorando.

—No, no lo estoy. —Le dio un tirón a mi ropa interior, bajándola más.

Volví a subir el pedazo de tela, a sabiendas de que no podría acostarme con ella, no así.

—Pequeña, ¿qué ocurre? —Le acuné la mejilla, y de repente reconocí el sabor salado que me cubría la lengua. Era la sal de sus lágrimas.

—Estoy bien. —Me besó de nuevo, intentando seguir con las cosas.

—¿Entonces por qué estás llorando? —Me aparté una vez más, a pesar de que no quería hacerlo. Quería seguir besándola.

Taylor me metió la mano dentro de los bóxers y sujetó mi miembro duro como la piedra. Lo acarició como lo haría una profesional, pasando el pulgar por el glande para humedecerlo de líquido preseminal antes de mover la mano hasta la base de mi hombría, cubriéndola con mi propia humedad hasta los testículos.

«Joder».

Apretó la boca contra la mía, y me besó mientras me tocaba con fuerza, masturbándome del mismo modo en que lo habría hecho yo mismo.

No pude devolverle el beso; su mano se sentía demasiado bien. Mi boca estaba inmóvil, respirando contra la suya mientras conseguía que mi pene ansiara estar en su interior. Todo lo que despertaban sus caricias era pura euforia; le prendía fuego a cada uno de mis nervios, haciendo que me sintiera desesperado por conseguir el mayor orgasmo de mi vida.

Quería negarme, pero no podía. Joder, era demasiado placentero.

La llevé hasta el dormitorio, todavía respirando contra su boca mientras me masturbaba de la manera más sexy y sensual posible. La dejé sobre la cama y me coloqué sobre ella, listo para tener sexo espectacular con una mujer preciosa.

Taylor me bajó otra vez la ropa interior hasta los muslos y permitió que mi miembro emergiera al exterior. Le echó una mirada y se lamió los labios.

«Oh, joder».

Le levanté el vestido, revelando la cintura esbelta y cerrando los dedos sobre la tira del tanga, listo para arrancárselo. Era la primera vez que le veía la piel desnuda, y me percaté de lo libre de imperfecciones que estaba. Tenía unas piernas hermosas, las caderas redondeadas y abdominales firmes bajo la piel.

«Es perfecta».

Ella siguió acariciándome, haciendo que mi glande goteara más líquido preseminal.

La mano me tembló al hacerme con su tanga. Quería quitárselo y hundirme en ella, hacerlo durante toda la noche, pero en ese momento miré su rostro tan atractivo, todavía marcado por las lágrimas que había derramado. No importaba lo que hiciera, si se maquillaba o no; era preciosa.

Y por eso no podía hacerlo.

De algún modo, reuní las fuerzas suficientes para dominar mi sexo y di un paso atrás. Le solté la ropa interior y volví a bajarle el vestido, seguido de lo cual aparté las sábanas y me tumbé a su lado, escondiendo mi miembro bajo los pantalones de deporte.

Éste palpitó, disgustado.

Taylor volvió a lanzarse por él, extendiendo la mano hacia mi cintura.

Se la sujeté, frenándola.

—No.

—Volt, venga. Quiero un poco de sexo espectacular, y me han dicho que podría conseguirlo aquí. ¿No es esa la fama que tienes?

—Sí.

—Entonces fóllame.

Un escalofrío llegó a recorrerme la espalda, pero mantuve la concentración.

—Tengo fama de follarme a mujeres que no significan nada para mí, pero tú no entras en esa categoría. Tú tienes todo el significado del mundo.

Apretó los labios contra los míos, intentando seducirme. Mis palabras le habían entrado por un oído y salido por el otro; dudaba de que las hubiese oído siquiera.

—Por favor…

«Dios, me está matando».

—No.

—Quiero sexo sin ataduras. Te estoy diciendo que es eso lo que quiero.

Y yo quería dárselo. Quería pasarme toda la noche dentro de ella

e ignorar el sol cuando amaneciera. Quería hacerla gritar mi nombre una y otra vez hasta que se le rompiera la voz. Quería hacer realidad cada una de esas fantasías, y quería hacerlo con ella.

—Pero no es lo que te mereces.

Por fin dejó de intentar aferrarse a mí y besarme. Lo único que hizo fue mirarme fijamente, con un remolino de emociones reflejado en la mirada. No sabía qué era lo que le cruzaba por la cabeza, pero estaba claro que estaba pensando en mil cosas a la vez.

—No te daré una noche de sexo que después lamentarás por la mañana. No voy a usarte en tu mayor momento de debilidad. —La atraje contra mi pecho, acurrucándome con ella. Le rodeé la estrecha cintura con el brazo, acercando nuestros rostros—. Pero sí que te daré esto. —Le puse la mano en la mejilla, apartándole suavemente el cabello de la cara. Todavía tenía los ojos enrojecidos y llorosos, consecuencia del sin fin de lágrimas—. Y ahora dime qué ha pasado.

Me miró fijamente durante casi un minuto, sin dejarme saber qué pensaba. Y por fin habló.

—Esta noche he salido con Natalie. Todo iba bien, hasta que he visto a Drew…

No comprendía por qué estaba tan afectada, pero en lugar de interrogarla, dejé que siguiera hablando. Sabía que lo explicaría todo cuando se sintiera preparada.

—Estaba liándose con otra mujer. —Las lágrimas volvieron a brotar, transformándose en una muestra de su tristeza. Eran lágrimas grandes y pesadas, y le rodaban por las mejillas brillando como diamantes.

El dolor me estalló por todo el cuerpo, no sólo en el corazón. Había recibido una herida física, pero ésta no había dejado cicatriz, yo mejor que nadie sabía cómo se sentía, sabía cómo era encontrarte de frente con tu peor pesadilla y ser incapaz de salir de ella.

Taylor se sorbió la nariz y se secó las lágrimas, con la vergüenza escrita por toda la cara.

—Sé que no debería llorar. Llorar es una estupidez, algo que sólo hacen los débiles.

—Llorar es señal de emoción. Los débiles son los que no lloran; son demasiado cobardes para sentir algo de verdad. —Le acaricié la mejilla y deseé poder hacer desaparecer todo el dolor. Ahora me sentía todavía más agradecido de no haber cedido ante las exigencias de mi cuerpo; hubiese acabado haciendo algo que no hubiera podido deshacer nunca.

—Creía que te molestaría…

—¿Te parezco molesto? —Supe que notaba la tristeza en mis ojos sin necesitar mirarme siquiera la cara. Fuera lo que fuera lo que tenía en el corazón, al final emergió a la superficie, rodeado de pena—. ¿Lo querías? —Estaba tan afectada que era la única conclusión que podía sacar.

—No. Por eso sé que mis lágrimas son una estupidez aún mayor.

Le sequé una de ellas con el pulgar.

—No son estúpidas.

—Es que me siento tonta, ¿sabes? Confié en él, pensaba que era alguien digno de confianza. Pero entonces va y… y hace que ponga en duda lo que pienso de la gente.

Sabía exactamente a qué se refería.

—¿Le diste una bofetada?

—No. Me fui de allí sin más.

—Entonces, ¿no sabe que lo pillaste?

Negó con la cabeza.

—¿Romperás con él?

—Supongo, cuando me sienta con fuerzas. No se trata de orgullo, pero no quiero verlo en estas circunstancias. No quiero que se dé cuenta de todo el daño que me ha hecho. Simplemente no quiero que sepa lo bien que me ha engañado.

«Conozco esa sensación mejor que nadie».

—Sí.

—Supongo que tenías razón —susurró—. Puedes decirlo.

—¿Decir el qué?

—Que me avisaste. —No me miró a la cara; dirigió la mirada a mi pecho.

—Taylor, no quería tener razón. Detesto haberla tenido.

—Sí, yo también.

Le pasé los dedos por el pelo en un intento fallido de reconfortarla.

—He venido porque quería hacer algo que me hiciera olvidar el dolor. Quería sentir algo más fuerte que esta tristeza. Eres una máquina del sexo, así que pensé que debía venir aquí. —No tenía por qué explicar sus razones, pero siguió haciéndolo—. Puede que seas tú quien entiende cómo funciona todo. Tienes aventuras que nunca llegan a ninguna parte. Y nunca te hacen daño, nunca sientes dolor. Puede que hayas descubierto como deben ser las cosas, y soy yo la que no tiene ni idea. —Soltó una risa sarcástica carente de cualquier tipo de humor.

—No quieres ser como yo.

—La hierba siempre parece más verde al otro lado de la verja, y la tuya parece un jardín completamente verde tras una tormenta.

—La verdad es que… me siento bastante solo. —Nunca se lo había dicho a nadie, ni siquiera a mí mismo. Estaba siempre actuando, no sólo para todos aquellos que estaban en mi vida; también lo hacía para engañarme a mí mismo. Era el único modo en que podía convencerme de que estaba bien—. Creo que por eso tú y yo nos hemos hecho tan buenos amigos; mantienes esa soledad a raya. Me das todo lo que me falta.

Sus ojos se desviaron hacia mí; parecían dos orbes nublados.

—Tú también me das mucho. En cuanto lo vi besando a esa mujer, fue aquí a donde quise venir. No fui a casa de mi mejor amiga, no llamé a mi madre. Vine aquí… a estar contigo.

—Y me alegro de que lo hicieras. —Incluso si no había habido oportunidad alguna de sexo.

Se cubrió mejor los hombros con las sábanas y se puso cómoda en la almohada.

—¿Te importa si duermo aquí?

—No iba a dejar que te fueras, Tayz. —La atraje contra mi pecho, pasándole la mano por la espalda. Era agradable sentirla contra mi cuerpo; notaba el eco de mi propio corazón cuando me acurrucaba con ella.

Y notaba también el suyo.

—¿Volt?

—¿Hmm? —Me dolían los labios con el deseo de volver a besarla. Sentir como se movían juntas nuestras bocas parecía el gesto más natural del mundo.

—Gracias por no acostarte conmigo.

Al besarme, nada más cruzar la puerta, la había deseado con todo mi ser, todo mi cuerpo se había concentrado en conseguir ese premio. Pero fue cuando me dijo que la follara cuando supe que ya no quería hacerlo. Taylor no había querido que la besara anteriormente porque se sentía usada, y ahora ya sabía exactamente cómo se sentía eso. No quería que estar con ella careciera de significado. Taylor siempre sería importante.

—Sí.

* * *

Las luces estroboscópicas destellaban sobre las paredes, cambiando de diseño al ritmo de la música. El bajo sonaba muy fuerte, haciendo que me sintiera como si estuviera en una fiesta rave en lugar de en un club. Todo el mundo estaba bailando en la pista de

baile, colocados o borrachos hasta perder la cabeza.

Me quedé cerca de la entrada a los baños, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en mi presa. No la perdí de vista en ningún momento, esperando cuidadosamente a que se presentase la oportunidad. Las mujeres iban y venían, pero no acepté ninguna de sus ofertas.

Y llegó el momento.

Mi presa dejó la cerveza sobre la barra y se alejó de la chica con la que estaba, una rubia con el pecho operado. Rodeó la zona de baile que había en el centro del local, pegándose a la pared a medida que maniobraba hacia la entrada donde lo estaba esperando.

Aparté la cara discretamente, mezclándome con las sombras.

Pasó por mi lado y se dirigió al baño de hombres.

Fui tras él, dejando bastante espacio entre nosotros como para no hacerlo sospechar ni mirar hacia atrás. La cola para el baño de mujeres era interminable, pero no había nadie esperando para entrar en el de hombres.

Entré tras él, y cerré el cerrojo inmediatamente después. Emitió un clic audible, encerrándonos allí dentro y evitando que entrase ningún nuevo visitante.

Drew se giró ante aquel sonido, con el cabello castaño revuelto gracias al modo en que la mujer se había estado aferrando a él. Iba vestido con tejanos y una camiseta que hacía que su cuerpo pareciese todavía más pequeño de lo que ya era. Abrió los ojos de par en par al reconocerme.

Me acerqué más a él, dejando bien claro la amenaza que se reflejaba en mis ojos. Ahora que estaba tan cerca no conseguía que las manos dejaran de temblarme; tenía la imagen de Taylor llorando en mi cama grabada a fuego en la mente. Me ponía tan furioso que me sentía como un volcán en plena erupción.

Drew retrocedió, levantando lentamente la mano para intentar que no me acercase.

Fue entonces cuando estallé.

Lo empujé contra la pared y le estampé el puño en la cara, haciendo que le sangrara al primer golpe. La visión de la sangre no me detuvo, y volví a golpearlo, amoratándole ambos ojos y rompiéndole el labio. Me movía la rabia, y acabó tan ensangrentado que resultó irreconocible.

—¡Basta!

—Jodido cabrón. —Lo lancé al suelo, pateándolo con fuerza en las costillas y girándolo para que quedase boca arriba. La sangre de

la cara cayó sobre los azulejos, dejándolos resbaladizos.

—¿A qué coño ha venido eso?

Aquello volvió a cabrearme, y le di una patada más en la cara.

—Sabes exactamente a qué ha venido, capullo. Vuelve a acercarte a Taylor y te mataré. —Y cumpliría mi palabra; no hacía falta que le hiciera sangrar más para demostrarlo.

Lo había dejado muy claro.

* * *

Taylor estaba sentada frente a mí con aspecto triste, el mismo de todos los días. La ruptura la había afectado mucho, y aquello me sorprendía. Parecía una mujer capaz de recuperarse cualquier cosa.

Pellizcó el muffin con la vista baja. Fue entonces cuando me vio las manos.

—¿Por qué tienes los nudillos amoratados?—Me las sujetó entre las suyas, examinando la piel hinchada y violácea.

Las aparté a toda prisa, escondiéndolas bajo la mesa para que no pudiera seguir mirándolas.

—Hago boxeo.

—No sabía que lo practicaras.

—A veces. Me gusta ir cambiando la rutina de ejercicio.

—¿Y no te pones guantes?

Me inventé una excusa rápida.

—Me los puse mal.

—No existen muchas maneras de ponerse un guante…

Si seguía insistiendo, al final descubriría algo que no quería que supiera.

—¿Te ha llamado?

—No… y ya ha pasado una semana. —Volvió a centrarse en el muffin, a pesar de no estar comiéndoselo. Sólo le iba arrancando trocitos, convirtiendo cada uno de ellos en migajas todavía más pequeñas.

—Olvídate de él, Tayz. Eres demasiado buena para él.

—No quiero llamarlo porque lo eche de menos, no quiero llamarlo para oír cómo se disculpa. Supongo que simplemente quiero hacer ver que no me ha afectado, tener la última palabra y todo eso.

—Pero no tienes por qué hacerlo. Sólo tienes que dejarlo atrás y olvidarte de ello.

—Y además me siento como una tonta. Creía que era un buen tipo, pero ha acabado siendo un ligón de todos modos.

—Él se lo pierde. —Quería hacer que se sintiera mejor, pero

nada de lo que decía o hacía parecía marcar diferencia alguna—. ¿Qué vas a hacer el sábado?

Se encogió de hombros.

—Probablemente puntuar trabajos.

—A pesar de lo divertido que suena eso, ¿qué te parece si en su lugar vamos al partido de los Yankees?

—Me encanta el béisbol.

—Ésa es mi chica. —Le di un golpecito de broma bajo la mesa.

Ella me lo devolvió en la espalda.

—Y adoro los perritos calientes con chili.

—¿Acaso no lo hacemos todos?

—¿Invitamos a los demás?

No quería traer a todo el grupo; prefería pasar mi tiempo sólo con ella. Así podía ser yo mismo en todos los sentidos. De algún modo, Taylor conseguía que me relajara.

—Sólo tengo dos entradas.

—Vaya.

—De todos modos, Derek habla demasiado. ¿Y ha llegado Natalie a liarse con alguien?

—Empezó a hablar con un tío, pero no sé cómo acabó. No me ha dicho mucho más; ha estado demasiado ocupada preguntándome si estaba bien. Dice que quiere darle una buena patada a Drew en las pelotas y después hartarlo a bofetadas.

«Ya me he adelantado».

—Desde luego se merece una buena bofetada.

—Me contó lo que sentía por Jared. Intenté quitárselo de la cabeza todo lo que pude.

—¿Crees que durará?

—Creo que he plantado la semilla. Con suerte crecerá si se le añade un poco de agua y algo de sol.

«Me gusta las metáforas que usa».

—¿Y tú, hay alguna chica nueva en tu vida? —Lo preguntó con un suspiro, como si en realidad no quisiera conocer la respuesta.

—En realidad no. —De hecho, no me había liado con nadie en toda la semana, y eso era una primera vez. A pesar de que Taylor me había masturbado brevemente, el ambiente entre nosotros no se había enrarecido. Pero tampoco iba a mentir; había estado pensando mucho en su mano sobre mí, y en sus besos.

—¿No te ha llamado nadie la atención?

«Ni siquiera he estado buscando».

—Supongo que no.

Miró la hora en el teléfono.

—Bueno, debería ponerme en camino. Si vamos mañana al partido, será mejor que me encargue esta noche de esos trabajos.

—Podría acompañarte si quieres.

—¿Y ver cómo pongo notas? —preguntó, incrédula.

—Puedo ver la televisión o algo, hacerte compañía. —No quería dejarla sola ahora mismo. Uno de mis mayores miedos era que Drew la llamase suplicando otra oportunidad, y que ella no tuviera la fuerza suficiente para negarse.

«Tengo que estar seguro de que diga no».

—Claro —dijo—. Si te apetece.

—Me apetece. —Tiré los envoltorios a la basura y caminé a su lado por la acera.

Taylor llevaba el bolso al hombro, y tenía los ojos clavados en el suelo.

—Gracias por seguir siendo mi amigo durante todo esto. Sé que tienes mejores formas de pasar un viernes por la noche.

En realidad, no se me ocurría ningún modo mejor de pasar un viernes por la noche.

—Eres mi mejor amiga, Tayz.

Sonrió al mirarme con ojos brillantes.

—Y tú el mío.

Capítulo 11

Taylor

Sara me sacó de compras y a comer un helado para animarme. A veces un capricho helado era lo único que podía mejorar cómo te sentías, o como mínimo así era para mí.

No dejó de mirarme discretamente de reojo, como si pensara que iba a estallar en lágrimas en cualquier momento.

—Estoy bien, Sara.

—Sé que lo estás —mintió.

—¿Entonces por qué no dejas de mirarme?

—Sólo quiero asegurarme de que no te manchas la cara… Eso es todo.

«Sí, lo que tú digas».

—Drew me ha hecho daño, pero te aseguro que lo superaré. —No quería ser una de esas mujeres se deprimían cuando algún hombre las hería. Tenía mejores cosas que hacer con mi tiempo que dejar que un tío me arrastrara con él, pero necesitaba algo de tiempo para conseguir llegar a ese punto.

«Y, mientras tanto, me comeré un helado».

—Sé que lo harás. Eres la chica más fuerte que conozco.

—Gracias. —Era un cumplido que no me merecía, pero lo aceptaría por ahora—. Todo el mundo me ha estado asfixiando a base de amor. Ha estado bien. —Volt iba en cabeza, llevándome a partidos y pasando el rato conmigo en mi apartamento para que no me quedara a solas con mis pensamientos. No le había pedido que hiciera nada, y aun así tenía todos aquellos detalles conmigo—. Volt ha sido el más dulce de todos. No estoy segura de qué haría sin él.

—¿Tu otro novio?

Todo el mundo se metía conmigo por mi relación con él; ya sabía que sería más fácil dejarlo correr.

—Mi otro mejor amigo.

—No puedes tener más de un mejor amigo.

—Puedes si el otro es de otro sexo. —Y, francamente, pasaba más tiempo con él que con Sara. Ella pasaba ahora la mayoría del tiempo con Rick, y antes de eso era doña depresión—. La noche que pillé a Drew, fui a su casa e hice una auténtica estupidez…

Sara dejó caer la cucharilla en la copa del helado, abandonándolo a favor de mi cotilleo.

—¿Y lo hicisteis?

—Un poco. —Ni me di cuenta de la manera en que se me curvó la comisura de los labios en una sonrisa.

—¿Qué dices? —Dio un golpe en la mesa—. Chica, dime qué pasó.

—Ten en mente que en ese momento había perdido un poco la cabeza. Vi a Drew frotándose contra una rubia en un club.

—Cállate y empieza con lo interesante.

—Cuando Volt abrió la puerta, empezamos a besarnos. Me levantó del suelo y me puso contra la pared mientras seguíamos devorándonos el uno al otro como si llevásemos toda la semana en ayunas.

Sara estaba pendiente de cada palabra.

—Y está bueno, ¿verdad?

—Oh Dios, sí. —«Es uno de los tíos más buenorros que he visto nunca»—. Y besa muy bien.

—Sigue.

—El ambiente se estaba caldeando allí mismo, contra la pared, y yo sólo quería algo de sexo sin ataduras que me hiciera sentir mejor. Es el rey de los ligues, así que pensé que aquél sería el mejor lugar para conseguir algo así. Pero entonces se apartó y se detuvo.

—¡No! —Sara estaba incluso más decepcionada de lo que lo había estado yo.

—Lo acaricié un poco por debajo de los pantalones para hacerlo cambiar de idea, y estuvo a punto de funcionar… pero no lo hizo. —Al meterle la mano bajo la ropa y sujetar aquel miembro duro como la roca, me había esperado un tamaño muy concreto. Algo que rondara la media, puede que un poco más grande. Pero al cerrar los dedos alrededor de la base de su hombría, tuve que soltar un suspiro contra su boca, sorprendida por la envergadura que me llenaba la mano.

—¿Y cómo es ahí abajo?

No debería contarle a nadie información personal sobre Volt, pero Sara no iba a dejarme tranquila hasta que oyese la verdad.

—Digamos que al principio creí que era su pierna.

Jadeó y se cubrió la boca.

—Menuda herramienta.

—Lo sé. Es la más grande que he tocado nunca. No podía creérmelo.

Apartó la vista, como si estuviera reviviendo un antiguo sueño.

—Muriel también estaba muy dotado en ese campo… Lo echo de menos.

—Estoy segura de que Rick también es más que perfecto…

—Como si fuera a volver a verlo.

—¿Qué? ¿Por qué? —Creía que las cosas habían estado yendo bien. Sara salía de casa y ya no se quedaba tumbada en el sofá. Había abandonado el cojín que tanto había manchado de la mantequilla de las palomitas y el helado de Ben and Jerry.

—No puedo seguir viéndolo después de lo que te ha hecho Drew.

La miré fijamente, inexpresiva; no comprendía esa correlación.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Que es amigo de Drew. No voy a volver a acercarme nunca a ese capullo.

—Pero eso no es justo. Rick no ha hecho nada.

—Pues no quiero volver a estar en la misma habitación que ese tío. Si sigo saliendo con Rick, acabará pasando.

—Sigue sin estar bien. En serio, no me importa que sigas viéndolo. —En realidad, hasta la animaría a hacerlo.

—No. Eres mi mejor amiga.

—Pero…

—Rick es su mejor amigo, lo que significa que tendría que relacionarme con él. Y joder, ni hablar, no tendré nada que ver con un hombre que ha hecho daño a mi mejor amiga. No quiero que tengamos nada en común, y será mejor que no lo vuelva a ver o puede que acabe en la cárcel por mi reacción.

Su lealtad me arrancó una sonrisa, consiguiendo que me sintiera feliz por primera vez en algún tiempo.

—Vaya… gracias.

—No hay de qué. Ya encontraré a otro.

—Sí, en la ciudad hay muchos chicos fantásticos.

—¿Y qué hay de Volt? —Movió las cejas.

—Está prohibido —espeté. No lo pensé antes de decirlo; sencillamente la idea de que se tirase a mi mejor amiga me daba ganas de vomitar.

Sara arqueó una ceja.

—¿Ah, sí?

Sabía lo que significaba aquella mirada, la había visto cientos de veces.

—No porque sienta nada por él, sino porque me pondría en una situación incómoda si llegáis a romper. —Aunque no era cuestión de posibilidad, *sabía* que romperían.

—¿Incluso si es sólo un lío de una noche?

—Todavía más si es un lío de una noche. Sara, es mi amigo más íntimo aparte de ti. No puedo permitirme perderlo.—Cuando lo conocí me sentí atraída hacia él, pero su actitud no me gustaba demasiado. Me llevó algún tiempo ver más allá de la concha bajo la que se escondía y distinguir la belleza que había debajo. Pero, fuera como fuese, ahora era una parte integral de mi vida. Me ayudaba en el trabajo, y era la persona con la que salía los fines de semana.

—¿Oh, en serio? —Subió tanto la ceja izquierda que pareció estar a punto de despegarle de la cara.

—Sí, en serio.

—¿Así que dices que no hay ni una posibilidad de que sientas algo por él?

—Ninguna.

La ceja derecha se unió a la izquierda.

—¿Oh, en serio?

Detestaba cuando intentaba actuar como si fuera una detective.

—Sí.

—¿Ni siquiera una pequeñita? —Juntó el dedo índice y el pulgar hasta que casi se tocaban y los agitó frente a mi rostro.

—No.

—Te morreaste con él y le masturbaste, ¿pero no sentiste nada?

—Sara…

—Tienes que sentir algo por él. Lo siento, pero no me creo esa soberana tontería.

—Admito que me atrae físicamente, ¿pero a quién no?

—Y le llamas tu mejor amigo, lo que significa que además de atraerte te gusta como persona. Si me preguntas, yo diría que parece el hombre perfecto.

Me reí; aquello era absurdo.

—No es el hombre perfecto.

—¿Por qué no?

—Es el mayor ligón que conozco. No le interesan las relaciones, sólo las escapadas sexuales.

—¿Qué tiene eso que ver con nada?

—Cuando nos conocimos, me dijo que eso era lo único que podía ofrecer, y cuando me di cuenta de lo superficial y vacío por dentro que era, dejé de pensar en él en ese sentido.

—Está claro que no, si fuiste directa a su casa en busca de acción.

Entrecerré los ojos; empezaba a irritarme.

—Mira, estaba deprimida y no sabía lo que hacía.

—¿Habías bebido?

—No…

—Entonces sabías perfectamente lo que hacías.

—Sara, no siento nada por él. Ni siquiera estoy segura de por qué estamos hablando de este tema. Si sintiera algo, te diría la verdad.

—Puede que te lo estés negando también a ti misma.

—No. —Mi deseo de estar con él había muerto cuando intentó besarme frente a mi puerta. Aquella sensación de indiferencia, de ser simplemente otro cuerpo cálido, me había quitado las ganas hasta tal punto que no quería tener nada que ver con él. Hacía falta que hubiera sentimientos para que surgiera una pasión real, pero Volt no sentía nada por mí. Después de todo, lo cierto es que lo veía como un amigo, y nada más.

—Has dicho que es muy bueno besando.

—Me sorprendería si no lo fuera; ha besado a toda Nueva York.

—O puede que tengáis muy buena química. —Me dirigió una mirada de complicidad.

Aquello empezaba a cansarme, y mucho.

—Sara, déjalo ya. Empiezas a ponerme de los nervios.

—Muy bien, lo dejaré ir. —Volvió a coger la cucharilla y siguió comiendo—. Pero eso no significa que no lo crea.

* * *

Volt me acompañó a casa después de la película.

—Me ha gustado. —Caminaba a mi lado, con una mano en el bolsillo.

—La única razón de que te haya gustado era que había tetas.

—¿Y? —me preguntó con una risa—. Opino que unas tetas evitan que una película sea ordinaria y la convierte en extraordinaria.

—¿Significa eso que cada película porno es una obra de arte cinematográfica?

—Desde luego.

Puse los ojos en blanco sin dejar de andar.

—Creía que no mirabas porno.

—No de manera habitual, pero lo he hecho. Todos los tíos lo hacen.

—Pero si estás acostándote con gente todo el tiempo, ¿por qué te iba a hacer falta?

—Bueno, lo hago en muy pocas ocasiones, normalmente cuando no puedo acostarme con nadie. Pero tengo un apetito sexual

bastante marcado, así que necesito hacer algo con él.

—¿No has tenido ninguna conquista esta semana? —Parecía que conseguía unas cuatro o cinco mujeres cada semana; pasaba allá donde iba, ya fuera el supermercado, la lavandería, o donde fuera que hubiese mujeres presentes.

—Últimamente nada…

Era la primera vez que lo oía.

—¿Cómo es posible?

—No me he estado encontrando muy bien, así que me he tomado un respiro. —Se metió también la otra mano en el bolsillo.

Desde que lo conocía, nunca había oído que decidiera darle algo de tiempo a sus aventuras de dormitorio.

—¿Estás enfermo?

—Un poco.

—No pareces enfermo. —No lo había visto sorberse la nariz ni toser.

—Es sobre todo el estómago. Debí de comer unos tacos en mal estado o algo.

—Entiendo. —Eso sí que tenía sentido. Seguimos andando hasta llegar a una manzana de mi apartamento. Había un bar cerca, pero todavía no había tenido la oportunidad de pasarme; había tantas cosas que ver en la ciudad, y nunca el tiempo suficiente.

Justo cuando pasábamos frente a él, Drew salió del interior con el rostro descolorido. Unos moratones ya antiguos le cubrían los pómulos y los ojos, y también tenía algunos cortes en el labio inferior. Fue tan rápido que por un momento no estuve segura de qué era lo que estaba viendo; me hizo falta un segundo para concentrarme.

Drew, en cambio, se percató de mi presencia al instante, y en lugar de parecer confundido sobre por qué no lo había llamado, o de pedir disculpas por no llamarme él, se detuvo en seco con un gesto de horror. Le echó una mirada a Volt y salió corriendo en dirección contraria, apartando a la gente que había en la acera.

«¿De verdad acaba de pasar eso?».

Volt siguió andando como si no hubiese visto nada.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

—Drew acaba de salir disparado como si lo persiguiera una manada de fieras.

Volt se encogió de hombros.

—Ni idea.

Nada de todo aquello tenía sentido. Drew ni siquiera sabía que

lo había visto aquella noche en el club, y ahora iba cubierto de moratones como si hubiese recibido una buena paliza. Y, nada más verme, había salido corriendo de puro miedo. ¿Qué se me estaba pasando por alto?

El hecho de que a Volt no le pareciera nada sospechoso resultaba todavía más sospechoso.

—¿Has hecho algo? —Dejé de andar y me giré hacia él para poder verle la cara.

—¿Hacer el qué? —Tenía la misma expresión de aburrimiento, como si aquella conversación no pudiera importarle menos de lo que lo hacía.

—Hacerle algo a Drew. Porque parecía aterrorizado.

—Bueno, soy un tío bastante aterrador. —Volvió a echar a andar.

—Volt. —Lo sujeté por el brazo y tiré de él hacia mí. Ahora estaba segura de que pasaba algo, y no podía ignorarlo—. Has hecho algo, ¿verdad?

—¿Cómo el qué?

¿Qué otra cosa explicaría los moratones y la manera en que había huido Drew?

—Le diste caza, ¿a que sí?

Volt negó con la cabeza.

—Como si no tuviera mejores cosas que hacer.

—Y le pateaste el culo.

Puso los ojos en blanco.

—Te repito que no me importa lo suficiente como para hacer algo así. Y ahora vamos a tu apartamento; necesito una cerveza.

—Volt. —Mi voz adoptó un tono amenazador, diciéndole que no iba a dejar el tema hasta que le sonsacase la verdad. Insistí en silencio, fulminándolo con la mirada hasta que cediera. Si se lo pedía, me diría la verdad—. Dime qué pasó.

Volt empezó a ceder poco a poco, con un gesto resignado.

—Si quieres que me disculpe, estás malgastando el tiempo. No me siento mal por lo que he hecho, y nunca lo haré.

El corazón me martilleó contra el pecho, haciendo que me doliera.

—¿Qué has hecho?

—Lo busqué hasta encontrarlo en un club, donde le estaba tirando los trastos a una rubia, y cuando fue al baño lo seguí. Y después le hice desear estar muerto. —Me sostuvo la mirada sin parpadear, con un destello de esa antigua ira brillándole en los ojos. No había muestra alguna de lamentar lo que había hecho en su

mirada, ni mucho menos de arrepentimiento—. Te hizo daño, así que yo le hice más a él.

Me quedé mirándolo, sin palabras.

Volt me miró a su vez, preparado para cualquier cosa que pudiera decir.

—No tenías por qué hacerlo.

—Lo sé.

—Y no deberías haberlo hecho. Podrías haber acabado herido…

Soltó una risa sarcástica.

—O podría haberte denunciado.

—No me importa.

—No tenías que defender mi honor de esa manera. Lo aprecio, pero… no tenías por qué hacerlo.

—Te cuidaré las espaldas hasta el final de los tiempos, Tayz. —La expresión enfadada de sus ojos fue desapareciendo. El hombre al que conocía volvía poco a poco a mí, dejando la ira y la hostilidad en el pasado.

—Incluso así…

—Lo que está hecho está hecho. —Volvió a echar a andar—. Nadie hace daño a mi mejor amiga y se va de rositas.

Capítulo 12

Volt

Clay entró a las tres y media exactas.

Llevaba los mismos tejanos rotos y la camiseta fina como el papel. Una de las cremalleras de la mochila se había roto, haciendo que tuviera que llevarla siempre abierta a la espalda. Se sentó en la silla que había frente a mí y lo dejó todo en el suelo. Hoy no tenía ningún moratón en la cara, pero el pelo seguía siendo un desastre.

«Parece un sintecho».

—Eh, Clay. —Tenía un puñado de libros a mi lado; sospechaba que él no tenía el material que iba a necesitar.

—Eh, Volt. —Me miró al otro lado de la pequeña mesa, y enseguida pareció sentirse fuera de lugar. Examinó la habitación, estudiando las paredes grises y los muebles de caoba; era un tipo de lujo que seguramente no había experimentado nunca.

—¿Cómo va todo?

—Bien. —No me devolvió la pregunta. Hasta ahora, casi ni me había mirado.

—¿Estás listo para estudiar?

—Supongo.

Abrí el libro de los exámenes de aptitud y le di la vuelta para que pudiera leer las palabras.

—Vamos a empezar con el vocabulario. Leerás cada una de las frases, y determinarás el significado de cada palabra subrayada. —Era la parte más breve de los exámenes, pero podía argumentarse que también la más difícil.

—Uh, vale.

Señalé la frase y esperé a que empezara.

Se la quedó mirando con cara póquer antes de mirarme de reojo. Cuando vio que lo estaba observando volvió a centrarse en la página, pero sin seguir las palabras con la mirada. Sólo se quedó ahí, mirándola.

«¿A qué espera?».

—¿Qué tal si la lees en voz alta?

—Así está bien —se apresuró a decir.

Entrecerré los ojos.

—En ese caso, ¿qué significa la palabra antagonista en esta frase?

Mantuvo los ojos clavados en el papel, y pasaron varios minutos sin que dijera nada de nada.

Le di todo el tiempo que pudiera hacerle falta para que no se sintiera presionado, pero tras los tres primeros minutos, asumí que no tenía ni la más remota idea.

—La mejor manera de abordar esta clase de preguntas es leerla por completo y comprender de qué habla la frase. Después puedes retroceder y hacer una suposición.

—Vale.

—Así que, ¿qué tal si lees la frase en voz alta? —En aquel momento me invadía la curiosidad por saber qué nivel de lectura poseía. Lo más probable es que estuviera por debajo de un estudiante de segundo año, ¿pero cuánto?

Cambió varias veces de posición antes de empezar a leer.

—El he… he…

—Héroe.

—El héroe —repitió—, ve…. ven…

—Vence.

—Al dra… drag… Al dragón en el cas… casti… Castillo. Es el anta… anta…

—Antagonista.

—Antagonista. —Continuó intentando acertar los sonidos de las palabras como lo haría un niño de cinco años, e hicieron falta casi diez minutos para que la acabase. Y, cuando lo consiguió, ya se había olvidado de lo que acababa de leer.

«Está todavía más atrasado de lo que me temía».

Nunca había tenido ningún estudiante con una capacidad lectora tan baja, y ya me temía cómo se le darían las matemáticas. Si quería que consiguiera una puntuación decente en los exámenes de aptitud, tendría que enseñárselo todo, empezando por el principio.

Clay apoyó la cabeza en la mano y se quedó mirando la superficie de la mesa. El valor que había demostrado anteriormente había desaparecido por completo; emanaba vergüenza en oleadas.

Y sentí pena por él. No tenía ninguno de los recursos necesarios para conseguir las cosas y, sin mi ayuda, acabaría saliendo del instituto sin graduarse siquiera, y probablemente acabaría metido en asuntos turbios.

«Soy su única esperanza».

—Ha sido un buen comienzo, Clay.

La incredulidad en su rostro era imposible de pasar por alto.

—¿Lo ha sido?

—Sí. Tenemos un largo camino por delante, pero he tenido estudiantes que han empezado desde una posición todavía más difícil. —Lo cual era mentira, pero no iba a decírselo.

—¿En serio? —Se enderezó en la silla, bajando la mano.

—Sí. Pero va a hacer falta trabajar duro. Espero que estés listo.

—Lo estoy.

—Genial. —Le dirigí una sonrisa antes de volver a centrarme en el libro—. Sigamos.

* * *

Volví a mirar el teléfono por decimoquinta vez, esperando que hubiera un mensaje de Taylor.

No lo había.

Aquella noche llegué tarde a casa, pero no quería quedarme en mi apartamento. Quería salir y hacer algo, pero tampoco quería salir solo. Quería estar con Taylor. Me hacía reír de un modo que no había hecho desde que era niño. Hacía que me sintiera bien conmigo mismo, incluso en mis peores días. Y me hacía feliz en general.

Pero ya había quedado con ella la noche anterior, y la otra… y la otra. Si seguía así, iba a acabar cansándola. No era mi única amiga, y yo tampoco era su único amigo.

Y ahora le estaba dando demasiadas vueltas a todo, preguntándome qué debía de pensar cuando pedía que quedáramos. ¿Qué pensaba cuando me pasaba sin avisar por su apartamento?

«¿Por qué me importa eso?».

Pasé un buen rato sentado sin hacer nada, pero al final decidí hacerlo de todos modos y le envié un mensaje.

¿Tienes planes para cenar?

No. Me he olvidado de cenar; estoy perdida entre informes de laboratorio.

Parece que necesitas un respiro. ¿Pita Paradise?

Uh, claro que sí.

Era su lugar preferido para comer, así que sabía perfectamente que no iba a negarse.

Te veo allí en quince minutos.

Ok.

Fui al armario y me puse unos pantalones oscuros y una camiseta gris. Se ajustaba a la perfección a mi torso, y los vaqueros eran de corte bajo; era lo que me ponía siempre que intentaba llamar la atención. Evalué mis brazos en el espejo y tanteé el

músculo. No me parecieron lo bastante marcados, así que me eché en el suelo e hice veinte flexiones. La sangre los recorrió, haciendo que se hincharan un poco.

Salí del apartamento y me dirigí al restaurante. Llegué el primero, simplemente porque estaba más cerca, y elegí una mesa del jardín que había junto al local. Había plantas y flores repartidas por todo el espacio, y los pájaros cantaban a pesar de la falta de sol.

El corazón me latía deprisa.

¿Por qué me latía con tanta fuerza? ¿Por qué sentía que se me subía la sangre a la cabeza? ¿Por qué sentía aquel cosquilleo en la yema de los dedos?

Taylor entró en el restaurante y se acercó a la puerta que daba al patio. Era donde habíamos comido por última vez, así que seguramente había asumido que estaría allí. Llevaba un vestido rosa champán ajustado en la cintura que se ensanchaba en las caderas. Los tacones color beige le resaltaban las piernas, haciendo que parecieran largas y bien torneadas. Llevaba el cabello castaño peinado en unas ondas suaves, cayéndole en cascada sobre el hombro, con aspecto de ser tremendamente suave. No llevaba casi nada de maquillaje, como siempre, pero aquella noche sus ojos parecían resaltar más de lo habitual.

Tragué saliva contra el nudo que sentía en la garganta.

Sonrió al verme, y se dirigió en mi dirección.

No supe qué hacer; me quedé inmóvil allí donde estaba. Aquel dolor sordo que sentía en el pecho volvió con toda su fuerza, y sentía la boca angustiosamente seca. Intenté pensar en qué hacer, y no supe por qué no podía pensar en nada.

Taylor llegó a la mesa y dejó el bolso de mano sobre su superficie.

Fue entonces cuando me levanté de la silla de un salto y la rodeé con los brazos. Era un impulso salido de la nada, y cuando tuve su pequeña figura entre ellos me sentí al fin en paz. Era la misma sensación que sentía cuando nos tumbamos juntos en la cama. Notaba la marcada curva de sus caderas en el tramo que llevaba hasta la cintura, y percibí la hendidura de las costillas a través de la tela. Su aroma me invadió al mismo tiempo, junto con la nítida imagen de los dos besándonos.

Taylor se quedó inmóvil ante mi abrazo; estaba claro que no se lo había esperado. Apoyó los brazos sobre los míos, conteniendo la respiración.

—Eh… ¿Va todo bien?

Me di cuenta de lo estúpido que debía parecer. Me aparté.

—Sí. Claro que sí. —Me metí las manos en los bolsillos tan rápido que conseguí fallar incluso en una tarea tan sencilla como esa, golpeándome los dedos en los muslos. Intenté cubrir mi error haciendo ver que me sacudía algo de los pantalones.

Taylor alzó las cejas.

—Parecía como si necesitaras un abrazo… después de todos esos informes de laboratorio.

Sus cejas volvieron a su posición normal, y supe que se lo había tragado.

—Muy cierto. Son abrumadores. —Movió la mano hacia su silla.

Y yo, como el idiota que era, me coloqué tras ella y la aparté de la mesa para que pudiera sentarse. No había hecho algo así en mucho tiempo, tanto que ya ni me acordaba. Fui el más sorprendido de todos la comprobar que todavía me quedaba educación.

Taylor se sentó y me miró por encima del hombro.

Pretendí que todo era perfectamente normal, y me senté al otro lado de la mesa. Me clavó la mirada en la cara, con más incredulidad que incomodidad. Abrí el menú, simulando que lo repasaba a pesar de saber ya lo que iba a pedir.

Taylor siguió mirándome durante otro minuto antes de abrir también su menú.

Sabía que estaba actuando como un bicho raro, pero no tenía ni idea de por qué lo hacía. Lo último que quería era que empezase a interrogarme al respecto; no tenía respuestas.

—¿Hummus? —Normalmente pedíamos un plato para compartirlo.

—Como si fuéramos a venir algún día y a irnos sin pedirlo. Nunca me lo perdonaría.

Me reí entre dientes.

—Tienes razón.

El camarero tomó nota de la bebida y la comida, y desapareció junto a los menús. Ya no tenía nada tras lo que esconderme; tenía que mirarla y mantener mi aura de confianza, aun a pesar de sentirme de todo menos confiado.

Taylor me miró largamente con su expresión habitual. Tenía la sombra de una sonrisa en los labios, y se le reflejaba una chispa distante en los ojos. Eran más brillantes de lo normal, y siempre los tenía algo húmedos, y reflejaban la luz mejor que todos los demás ojos a los que había mirado en mi vida. Ahora mismo reflejaban las luces blancas que colgaban por el jardín, justo a mis espaldas. Parecía una constelación sobre sus pupilas, como si poseyera la respuesta al misterio que era nuestro universo.

«Podría quedarme mirándolos todo el día».

—¿Volt?

Volví a la realidad, y la conversación subió de volumen a mi alrededor al hacerlo. Mis ojos examinaron su rostro al completo, y me percaté de que estaba moviendo los labios.

—¿Disculpa?

—Te he pedido tres veces que me pases la carta de los postres. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —Fui a coger el tríptico plastificado, volcando sin querer la botella de aceite. Cayó de costado, aunque por suerte no llegó a romperse. La enderecé rápidamente y le tendí la carta.

Taylor la aceptó, pero me estaba mirando con gesto desconfiado.

Cambié de tema antes de que hiciera esa pregunta que tanto derecho tenía a hacer.

—¿Ya estás pensando en el postre cuando ni siquiera nos han traído el entrante? Me parece muy típico de ti.

Se le formó una sonrisa en los labios y bajó la mirada hacia el menú.

—Así es como soy.

Sentí como se me cubría la frente de sudor, y me lo sequé rápidamente. El corazón me iba tan rápido que hasta dolía. Tenía el miembro erecto bajo los pantalones, y había perdido el control de mi respiración. No estaba seguro de si estaba teniendo un ataque de pánico, o un ataque al corazón a secas.

Lo único en lo que podía pensar era en la suavidad de sus labios. Habían parecido perfectos contra los míos, y cuando los rozaba al hablar se adherían ligeramente antes de liberarse. Había podido notar su sabor, un marcado sabor a cereza por el protector labial que usaba. Nunca un beso me había excitado tanto; incluso fantaseaba con él.

No había llegado a verla desnuda, pero ahora era incapaz de dejar de imaginarme qué aspecto tendría. Sus pechos estaban dentro de la media, pero apostaba a que serían firmes y redondos. Seguramente sus pezones tendrían un tacto maravilloso contra mi lengua.

Redistribuí mi peso sobre la silla; mi hombría estaba luchando contra la cremallera de los vaqueros.

Sus palabras no dejaban de repetirse en mi mente. *Fóllame, Volt. Fóllame con fuerza.*

Dios, no podía dejar de pensar en ello.

No era la primera vez que me sentía excitado, pero nunca me había visto acompañado de aquella ansiedad. Me habían arrancado

los pies del suelo y estaba flotando dos palmos por encima de éste. No conseguía volver a tierra firme; no hacía más que girar sin control. Los escalofríos me recorrían la espalda, pero al mismo tiempo sentía tanto calor que me asfixiaba.

En aquel momento no sabía ni quién era.

El camarero trajo el humus y el pan de pita, dejándolo frente a los dos, y Taylor se sirvió inmediatamente. Cogió algo del humus cremoso con un trozo de pan y se lo llevó a la boca, cerrando los ojos y soltando un suave gemido.

—Oh, Dios…

Mi miembro se estremeció, y el corazón me latió todavía más rápido. Sabía que estaba refiriéndose al humus, pero me la imaginé hablando de otra cosa. Se me formó una imagen vívida en la cabeza, de ella tumbada debajo de mí, con los pechos agitándose con cada una de mis embestidas.

Y me imaginé la cara que pondría al correrse.

* * *

— Taylor parece estar mejor. —Derek se sentó frente a mí en la mesa del bar.

Miré de reojo hacia donde Taylor y Natalie estaba de pie, cerca de la televisión. Ambas tenían una copa en la mano, y estaban mirando el partido.

—Sí. Se ha recuperado. —Clavé la mirada en las curvas que marcaban el vestido negro que llevaba, a sabiendas de que no era el único hombre de la sala que le prestaba atención

—Ese tío era un idiota —continuó Derek—. Taylor está tan buena, ¿Cómo iba nadie a…?

—Repite eso y te quedarás sin dientes. —La mano se me cerró en un puño sobre la mesa y me quedé mirándolo fijamente, como si fuera su verdugo.

Derek había estado a punto de darle un trago a su cerveza, pero cambió de opinión.

—Sólo digo que…

—No digas nada sobre ella, ¿vale? —Me obligué a relajar la mano, y volví a mirar a Taylor desde el otro lado de la sala—. No es un pedazo de carne. ¿Cómo te sentirías si dijera algo así de Natalie?

—No me importaría un pimiento. Y me sorprende que a ti te importe.

—Es mi amiga. —No tenía por qué decir nada más.

—¿Sólo amiga? —La sospecha pesaba en su voz.

—Sí. *Sólo amiga*. —Vi cómo Taylor se reía de algo que había

dicho Natalie. No podía oír el sonido de sus carcajadas, pero me lo imaginé en la cabeza; lo había oído tantas veces que resultaba fácil.

—Tío, pasas todas las horas del día con esa mujer. No es una amiga, y los dos lo sabemos.

—No actúes como si supieras lo que pienso o lo que siento. Confía en mí, no siento nada por ella.

Derek puso los ojos en blanco y bebió de su cerveza.

—Eso tiene algo que ver con *ella*. Sé que lo tiene.

Sabía a quién se refería, y me sentí agradecido de que no dijese su nombre. Era el nombre más horrible que había oído nunca; cuando me insinuaba a alguna chica que resultaba tener el mismo nombre, le daba la espalda al instante.

—No tiene nada que ver.

—Te hizo algo, ¿verdad? Es la única explicación. Porque cambiaste de un día para otro.

—Tío, déjalo.

—No sé qué pasó entre los dos, pero sea lo que sea que tienes con Taylor, es distinto. Lo noto.

«¿Lo nota?».

—No sabes nada sobre nuestra relación.

—Sé que ha conseguido ocupar mi lugar como tu mejor amigo. —Sus palabras sonaron algo amargas, como si estuviera intentando ocultarlo pero no acabase de conseguirlo.

—No lo ha hecho.

—Déjate de gilipolleces; sí que lo ha hecho. Un hombre y una mujer no puedes ser mejores amigos a menos que uno de ellos sea gay, y sé que tú no eres gay, lo que debe significar que Taylor es lesbiana.

—Cállate, tío.

—Lo que tú digas. —Dejó de hablar, tomando un buen trago de cerveza.

No sentía nada por Taylor. Me negaba a pasar por aquello con nadie. Ya me habían arrancado el corazón del pecho en una ocasión, y nunca había sanado después de aquello; las cicatrices seguían allí, al igual que los recuerdos. Nunca en toda mi vida le había tenido miedo al dolor, pero el dolor de un corazón roto era algo que afectaba a todo el mundo.

«Y a mí me afectó».

Volver a salir a ese campo de juego y que volvieran a pisotearme era algo que ni siquiera había considerado. Me gustaba la vida tal y como era, yendo de mujer en mujer sin tener nunca nada importante con ninguna. En cuanto acabábamos me olvidaba de sus

caras y sus nombres.

Era tan fácil.

Pero hacía ya algún tiempo que no lo hacía. Me quedaba en casa todas las noches, esperando a que Taylor me enviara un mensaje. Me convencía de que sólo intentaba cuidar de ella después de que Drew le hiciera daño, pero ahora ya no estaba tan seguro.

«No estoy seguro de nada».

Mis ojos vagaron por la habitación hasta encontrar a una chica guapa. Rubia o morena, no me importaba. Alta o baja, ¿qué diferencia había? Tenía que demostrarme a mí mismo que mi corazón seguía siendo sólo mío, que Taylor no era más que una amiga, y que el único sentimiento que sentía por ella era el de la lujuria.

Y sólo lujuria.

* * *

Embestí dentro de Trish y oí como el cabecero de la cama chocaba contra la pared. Lo estaba haciendo fuerte y con brusquedad, intentando arrancarme los sentimientos del pecho a base de sexo. Trish me había rodeado la cintura con las piernas, y gemía en voz alta, deseando más incluso de lo que ya le estaba dando.

Me clavó las uñas en la espalda, haciéndome una pequeña herida. Me gustó el dolor; me hacía sentir vivo.

Ya se había corrido hacía sólo un minuto, y ahora era mi turno de acabar. Tenía el cuerpo cubierto de sudor, y todo se sentía bien. No estaba pensando en Taylor, sólo en sexo.

Embestí una última vez en ella, sintiendo cómo aquella placentera sensación nacía en lo profundo de mi entrepierna y se extendía por todas partes. Miré su cabello rubio, y vi cómo pasaba a ser castaño; los mechones se alargaron hasta alcanzarle los hombros y el pecho. Los ojos verdes cambiaron al instante hasta un tono azul claro, como el de las aguas de una isla tropical. Sus labios pasaron de ser finos a gruesos, e incluso el tono de sus gemidos cambió.

Y entonces me corrí.

—Taylor… —Llené el extremo del condón con la mayor cantidad de semen que había liberado nunca. Todo mi cuerpo estalló en llamas, y la sensación aumentó de manera exponencial; era el mejor orgasmo que había tenido nunca. La cabeza me dio vueltas por la oleada de emociones, todas de ellas físicas e inmortales.

Pareció durar una eternidad, y cuando por fin el orgasmo empezó a retirarse, la realidad volvió a entrar en escena. Su cabello pasó a ser rubio de nuevo, y los ojos se volvieron verdes. No me

miró con gesto de satisfacción, sino con expresión de horror.

—Puto imbécil. —Me apartó de encima con un empujón, haciendo que rodase sobre las sábanas.

Recogió el vestido, poniéndose a toda prisa antes de ajustarse los tacones y salir como un torbellino de mi apartamento. Supe que se había ido cuando oí como la puerta se cerraba de un portazo.

Me quedé allí tumbado, mirando fijamente el techo, respirando todavía con dificultad. La verdad, innegable, me cayó encima como una montaña de ladrillos; ya no podía negar lo que sentía. Taylor estaba en mi mente, había infectado hasta el último rincón de mi ser. No podía sacudírmela de encima, porque formaba parte de mí.

Y aquello me aterraba.

Capítulo 13

Taylor

Natalie entró en mi clase al final del día.

—¿Cómo va?

—Bien. —«Ahora que ya ha acabado el día»—. ¿Y tú?

—Estoy lista para que acabe el año escolar.

—Pero si acaba de empezar.

Se encogió de hombros, sentándose sobre una de las mesas.

—Este año no tengo muchas ganas de nada. Ya me entenderás algún día.

Ya sabía perfectamente a qué se refería.

—Resulta que Peter y yo vamos a salir el viernes.

Era el mismo chico al que había conocido en el bar en el que había pillado a Drew frotándose contra aquella mujer.

—¿En serio? Eso está genial.

—Sí. —Cruzó las piernas y se inclinó hacia delante—. Supongo que sí.

—¿Debo creer que no te gusta demasiado?

—No sé… —Sus ojos se apartaron, y se puso a mirar los pósteres del sistema solar que colgaban de las paredes—. Quiero decir, sí que me gusta. Pero… sigo pensando en Jared.

—Con el tiempo dejarás de hacerlo.

—Es difícil cuando lo veo todo el tiempo. Llevo sintiendo algo por él desde… desde siempre. —No siempre se mostraba así de vulnerable conmigo, y las únicas ocasiones en las que parecía pasar era cuando el tema de conversación giraba en torno a Jared—. Sé que es una estupidez; no es más que un tío que ni se percata de mi presencia, pero lo quiero.

Le dirigí una mirada de tristeza, sintiendo pena por ella en lo más profundo de mi corazón. Notaba la manera en que lo miraba, y después veía como la miraba él; eran miradas completamente opuestas. Una contenía una cantidad inabarcable de emociones, mientras que la otra carecía del más mínimo interés.

—Lo siento, Natalie.

—No pasa nada —dijo con un suspiro—. Tenías razón cuando me dijiste que siguiera con mi vida. He perdido mucho tiempo

esperándolo.

—Eres guapa e inteligente; encontrarás a un hombre que pierda la cabeza por ti.

—Eso espero.

—Puede que ese hombre sea Peter.

—Puede —dijo sin comprometerse—. Pero tengo que dejar de ver a Jared si quiero que esto funcione. Porque, si lo veo todo el tiempo, siempre sentiré algo por él. ¿Y cómo sería entonces justo para cualquier hombre con el que saliese?

—Es cierto.

—Así que… He pensado en poner algo de distancia con el grupo.

Aquello cambiaría completamente la dinámica existente, pero probablemente era lo mejor para ella.

—No será para siempre.

—Lo sé, pero sigue siendo raro.

—Eso no significa que tú y yo no podamos quedar todo el tiempo.

—Sólo si no estás demasiado ocupada con Volt. —Me miró con gesto bromista, excepto que no lo era demasiado.

Sospechaba que seguiría recibiendo esa clase de acusaciones mientras durase mi amistad con Volt.

—Podemos quedar los tres.

—No quiero arruinar vuestras citas nocturnas.

Puse los ojos en blanco.

—Él y yo sólo somos amigos. No estoy segura de por qué a todo el mundo le cuesta tanto creerlo.

—Porque los dos estáis buenos. ¿Cómo podéis no sentiros atraídos el uno por el otro?

—Nunca he dicho que no me atrajera. —«Porque lo hace»—. Pero no lo veo con ojos románticos.

—¿Ni siquiera después de besarlo y frotársela?

—No —respondí con toda sinceridad. No le estaba escondiendo nada a nadie, ni siquiera a mí misma.

—¿Pero cómo es posible?

—Lo es porque sé qué clase de relación me daría. Sería una vacía y carente de todo sentido y, al final, tan sólo conseguiría acabar frustrada. Quiero algo más de mi pareja, y sé que él nunca me lo dará. Quiero algo profundo y romántico, ya sabes, esa clase de amor que ves en los libros y en las películas. Eso es lo que quiero, y con Volt sencillamente no es posible.

—¿Pero cómo puedes saberlo si no lo intentas? —preguntó.

—Porque ese tipo de amor ocurre en el mismo momento de

conocerse. Ya sabes de qué te estoy hablando; os veis por primera vez y notáis la química…

—Creo que tienes unas expectativas muy poco realistas.

—Puede. —Puede que el romance no se diese exactamente como ocurría en las películas y en los libros, pero tenía que creerlo—. Pero no me voy a conformar con menos. Prefiero pasar la vida buscando al hombre perfecto antes que estar con un hombre que no me hace feliz. —La primera vez que vi a Volt, éste casi ni me miró; lo único que le importaba eran las mujeres con vestidos ajustados y escuetos y cómo les resaltaban los pechos. Y, cuando me miró, su mirada no reflejó nada. Más tarde se había formado una profunda amistad, y aquella era una relación que valoraba inmensamente. No quería perderlo jamás en mi vida; le quería, sí… pero de un modo platónico. Porque aquello era lo único que llegaríamos a ser.

Natalie me estudió el rostro antes de responder.

—De acuerdo. Te creo.

—Ya iba siendo hora.

—Todas las mujeres aman a Volt, así que había asumido que tú eras una más. Pero ahora lo entiendo, y creo que eres muy inteligente. Es la clase de tío con el que te acuestas, pero no con quien te vas a dormir día tras día, ya me entiendes.

Lo entendía mejor que ella.

—Vaya si te entiendo.

—¿Entonces vuelves a estar disponible?

—Supongo que sí. —Habían pasado unas semanas desde que Drew y yo habíamos escogido caminos distintos, y lo mejor sería que siguiese mi propio consejo y volviera a probar suerte, pero me sentía algo desanimada tras esa relación. Había estado tan segura de que Drew era un buen hombre, y me había tomado el pelo como una completa estúpida.

—Quizás deberías probar una aplicación de citas. Mucha gente lo hace.

—Sí… —Pero resultaba vergonzoso decírselo a la gente. Aunque consiguiera conocer a alguien online, sólo parecería como si fuera incapaz de conseguir citas por mi cuenta—. Aunque es algo raro.

—A mí no me lo parece; lo hace mucha gente.

—¿Y si conozco a un acosador?

—Estoy segura de que los hay, pero eres una chica lista y los verás venir.

«¿Lo haré?».

—Supongo que puedo darle una oportunidad.

—Lleva a Volt contigo, así sabrán que contigo no se juega.

Todavía no podía creer que hubiese atacado a Drew de ese modo; Drew había seguido teniendo un aspecto horrible incluso días después del altercado. Volt había hecho algo que yo jamás hubiese aprobado, pero saber que se había jugado el cuello por mí me parecía dulce… de una manera algo violenta.

—No voy a decirle nada a Volt; últimamente actúa de manera extraña.

—¿Qué quieres decir con extraña?

—Ni siquiera sé cómo explicarlo. —Se comportaba de manera tímida y asustadiza. Tenía gestos extraños conmigo, como lo de abrazarme o sacar la silla para que me sentara, pero después pasaba a no oír ni una palabra de lo que le decía durante la cena. Tenía la cabeza en otra parte todo el tiempo—. Y sé que se burlará de mí. Con Drew se metía conmigo cada vez que se le presentaba la oportunidad; con esto sería mil veces peor.

—Desde luego Volt tiene opiniones muy marcadas.

—Lo intentaré, pero si acabo saliendo con un rarito, se acabó.

—Me parece justo. —Se bajó de un salto de la mesa y saco el teléfono—. Venga, deja que te haga una fotografía para tu perfil.

—¿Vamos a hacerlo ahora mismo? —pregunté con incredulidad.

—Sí. Te configuraré la cuenta y ya estarás lista para empezar.

Supuse que no había mejor momento que el presente.

—Deja que vaya primero al baño y me arregle el pelo.

* * *

—Adelante. —Sabía que era Volt quien llamaba a la puerta; unos minutos antes me había enviado un mensaje diciéndome que estaba de camino.

Entró con un pack de seis latas de cerveza en la mano. Iba vestido con tejanos y una camiseta, como siempre. No me saludó, sino que salió disparado hacia la nevera y abrió dos de las latas, tendiéndome una al volver.

Tomé un trago antes de dejarla sobre la mesita de café. Tenía la planificación de las clases de la semana siguiente extendida encima, justo al lado del primer examen del trimestre, que realizaría al cabo de unos días. Gran parte de la nota dependía de él, y quería la opinión de Volt antes de hacerlo. Si a los padres no les gustaba, mi vida podría volverse todavía más difícil.

Volt se sentó en el otro extremo del sofá y se abrazó al reposabrazos; estaba tan lejos que ni siquiera podía ver la planificación a menos que se inclinase hacia delante y doblase el cuello de un modo que debía doler.

Había algo que no encajaba. No me había dicho ni una palabra, y me trataba como si tuviera un virus mortífero y contagioso.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Dio otro trago a la cerveza.

—¿Entonces por qué te has sentado ahí?

—Es más cómodo.

—Pero desde ahí no ves nada. —En serio, ¿qué le pasaba ahora? Cada día estaba más y más raro.

Miró el espacio que nos separaba con gesto indeciso, y por fin se movió, acercándose más pero manteniendo un espacio extra entre nosotros. Y se aferró a la cerveza como si le hiciera falta para seguir vivo.

Había llegado a conocerlo bastante bien en el curso de los últimos meses, y nunca lo había visto actuar de aquel modo. Era una persona completamente distinta, alguien a quien no conocía.

—¿Seguro que estás bien? Últimamente has estado distinto.

—No estoy distinto —espetó—. Sólo que el trabajo me tiene agotado y esas cosas. No eres tú.

«¿Que no soy yo?».

—No te he preguntado si estabas enfadado conmigo.

—Bueno, no lo estoy. No siento nada hacia ti.

«Eso es todavía más raro».

—Vale…

—La otra noche acabé con una chica. Trish algo más…

Ni siquiera su tono de voz era igual. Tenía los rasgos laxos, y su actitud juguetona habitual había desaparecido.

—Bien… ¿Te gusta?

—No me gusta nadie. Soy soltero para siempre, ya lo he dicho.

Esta vez su hostilidad me molestó.

—Si vas a comportarte como un imbécil toda la noche, vete. Tengo muchas cosas que hacer.

—¿Por qué soy ahora un imbécil? Lo único que he dicho es que no me interesan las relaciones, y que no pienso cambiar de idea.

«Y eso ha salido de la nada».

—Lo sé… Ya lo habías dicho. Ni siquiera sé por qué estamos hablando de eso. Creía que habías venido a ayudarme con el trabajo, pero parece como si estuvieras pensando en otra cosa.

—No estoy pensando en otra cosa.

Sólo quería dejar de lado esa conversación, y rápido.

—¿Qué opinas del examen? —Se lo tendí.

Volt dejó la cerveza y repasó el examen, tomándose su tiempo y leyendo todas y cada una de las preguntas. Se reclinó contra el sofá,

sentándose como una persona normal de una vez por todas; apoyó el tobillo sobre la rodilla opuesta y sus rasgos empezaron a relajarse, difuminando el ceño con el que había entrado.

—¿Cómo va con Clay?

Apartó la mirada del examen y me miró. Volvía a ser una expresión normal; ahí estaba el hombre al que yo conocía.

—Está todavía más atrasado de lo que me había imaginado.

—Es una pena.

—Su nivel de lectura es de primaria.

Hice una mueca.

—Tengo algo de tiempo para prepararlo para el examen, pero… es mucho contenido a cubrir.

—Y muchas horas.

—Pero el chico parece motivado. Ha dicho que quiere conseguir una puntuación lo bastante alta como entrar al menos a una formación profesional.

—Al menos tiene expectativas realistas.

—Me siento mal por él. Mis padres nos lo dieron todo a Connor y a mí, y no hablo sólo desde el aspecto financiero; mi padre siempre me ayudó a estudiar, y mi madre a preparar todos mis proyectos y esas cosas. Me motivaron para triunfar, y sabían exactamente cómo hacerlo. Los chicos como él… no tienen ninguna oportunidad.

—Te rompe el corazón.

—Así es. —Negó con la cabeza y volvió a centrarse en el examen. Había pasado a ser de nuevo el hombre amable y compasivo que tanto apreciaba. Aquel lado suyo era tan suave que parecía irreal; me encantaba cuando surgía. Ojalá lo hiciera más a menudo.

—¿Qué opinas?

—Creo que es algo difícil…

—¿No es ése el objetivo?

—Me refiero a las preguntas en sí, el modo en que están redactadas. —Cogió uno de los bolígrafos y fue marcándolo—. Intentas ponerles trampas en cada pregunta.

—No lo hago con malos fines —argumenté—. Así es como serán todos los exámenes cuando entren en la universidad.

—Pero todavía son estudiantes de primer año. Todavía no han llegado a ese nivel.

—Bueno, tienen que ir preparados. —No iba a darles un examen sencillo y fácil; todos los exámenes que me habían realizado durante toda mi vida había exigido una concentración meticulosa

con el único objetivo de descifrar qué pedía exactamente cada pregunta. Si no los preparaba ya, cuando llegasen esos exámenes los cogerían por sorpresa.

—Podrías poner algunas preguntas así, a modo de preguntas extra.

«Oh, de eso ni hablar».

—No voy a dar puntos extra. No soy esa clase de profesora.

—Entonces descarta todas estas preguntas ya mismo.

Estaba a punto de echar humo por las orejas.

—Estoy cansada de tener que suavizar mis métodos de enseñanza para complacer a todo el mundo. La educación no trata de eso. Quiero que esos chicos sientan desagrado hacia mí, pero que después me den las gracias. ¿Cómo voy a conseguirlo cuando me dedico a intentar hacer felices a los padres? Ni siquiera son profesores; no comprenden lo que hay que hacer.

Volt paró de leer el examen y lo tiró sobre la mesita del café.

—Pequeña, escúchame.

Estaba tan cabreada que debía de estar a punto de echar lava por la nariz, pero en cuanto dijo esas palabras me encontré reaccionando de manera muy distinta.

—Guau, ¿qué?

Se puso pálido al comprender lo que había dicho.

—Quiero decir que estás actuando como una niña pequeña.

—No, no lo estoy haciendo —espeté—. Yo sólo…

—Sólo haz lo que te diga hasta que te hagan fija. Una vez que llegues a ese nivel, tendrás mucha más libertad para hacer todo lo que quieras. Pero eres una profesora novata, y te están analizando con lupa. —Me sujetó la muñeca, apretándola con firmeza—. Odio decirlo, pero eres su zorra… por ahora.

—No soy la zorra de nadie.

Volt se encogió de hombros.

—Todo el mundo es la zorra de alguien, al menos durante algún momento de su vida.

* * *

—¿Qué piensas de éste? —Giré el ordenador hacia Natalie, que estaba sentada junto a mí en mi escritorio.

—Eh, no está mal.

—Sí… es el mejor que he encontrado. —Recibí muchos mensajes nada más hacer público mi perfil, pero la mayoría de ellos eran raros, divorciados, no tenían ninguna fotografía en su perfil o directamente me daban miedo; aquel hombre era el primero que

parecía decente. Vivía en la ciudad, trabajaba de contable, y no tenía mal aspecto—. Pero esto me da un mal presentimiento. Creo que sólo conseguiré malgastar el tiempo.

—No lo sabrás hasta que no lo intentes.

—Pero si lo intento quizás acabe muerta.

Natalie puso los ojos en blanco.

—No te pasará nada. Puedo acompañarte si quieres.

—Podríamos hacer eso de sincronizar los GPS de nuestros teléfonos, para que sepas dónde estoy en caso de que desaparezca…

Me dio un golpe en el brazo.

—Eso no va a pasar. Ni se te ocurra pensar en ello.

Respondí al mensaje, accediendo a quedar el sábado por la noche. Nada más darle a enviar supe que ya estaba. No había vuelta atrás. Iba a arriesgarme para encontrar al hombre perfecto, pero tenía un fuerte presentimiento de que no sería aquel tipo.

* * *

Volt y yo no volvimos a hablar durante esa semana

«Y eso es muy raro».

Normalmente hablábamos cada día, incluso si era sólo una conversación rápida a través de mensajes. A menudo se pasaba por mi clase para asistir a ellas, o quedábamos después del trabajo y compartíamos una pasta en nuestra pastelería favorita.

«Pero se ha incomunicado».

Algo pasaba en su vida de lo que no se sentía cómodo hablando; eso era lo único que podía explicar su peculiar comportamiento. Sentía como si hablara con tres personas diferentes cuando mantenía una conversación con él. Saltaba de un tema a otro, confundiéndome por lo poco predecible que era.

Un momento me abrazaba y me apartaba la silla en los restaurantes para que me sentara, y unos días después, actuaba como si mi odiase. Me resultaba imposible pensar en nada que lo explicase todo, así que sencillamente dejé de pensar en ello.

«De todos modos es malgastar el tiempo».

Acudiría a mí cuando estuviera listo para volver a ser él mismo, y cuando ese momento llegase, no lo interrogaría con un millón de preguntas. Sencillamente lo dejaría tranquilo, tal y como hacía siempre.

Me preparé para mi cita y me puse el vestido que Volt había escogido en una ocasión para mí. Era muy ajustado y corto, y temía parecer demasiado facilona en la primera cita. Pero era el que él me había recomendado, y confiaba en su buen gusto. Me puse unos

tacones a juego y elegí un bolso de mano rosa. Íbamos a un restaurante italiano; esperaba no ir demasiado arreglada.

Llegué la primera, y me sentaron en una mesa junto a la ventana. Me acerqué a mi silla y me acomodé antes de mirar la hora. Había llegado tarde a propósito, tal y como me había dicho Natalie que hiciera, y él todavía no había llegado. Miré el teléfono para comprobar si tenía algún mensaje suyo, pero nada.

Abrí la lista de vinos e intenté decidir qué debería pedir. Sentí como unos ojos se posaban en mí, abrasándome; era una sensación intrusiva y nada hospitalaria. Supe que alguien me miraba fijamente sin necesidad siquiera de alzar la vista.

«Pero no sé quién».

Alcé los ojos del menú y miré fijamente la mesa de al lado. Estaba junto a la ventana, igual que la mía, y estaba decorada con un mantel blanco y velas bajas encendidas.

Había un hombre sentado, solo, de cara a mí. Iba vestido con una camisa de vestir gris que le encuadraba los hombros de un modo la mar de agradable. No importaba que la tela lo cubriera por completo; sus brazos seguían viéndose completamente definidos. Tenía el cabello castaño oscuro con unos ojos a juego y el rostro completamente afeitado, revelando una mandíbula dura y labios suaves.

Y me miraba fijamente.

El corazón se me subió a la garganta al instante, quedándose en la boca. No había esperado que me estuviera mirando alguien como él. Era atractivo, y estuve segura de que tampoco se sentiría nada mal contra mi cuerpo.

«Joder, qué guapo».

Volví a mirar el menú para tener algo que hacer. Si lo soltaba acabaría volviendo a mirarlo.

«¿Por qué no puede ser él mi cita?».

Nada más pensar eso me sentí culpable. Probablemente el hombre que había quedado conmigo era una buena persona, y me sentí como una imbécil por estar prestándole interés a otro tipo que lo más seguro es que estuviera esperando a su novia supermodelo.

Pasaron los minutos y mi cita seguía sin llegar. ¿Me había dado plantón? Aquello no tenía sentido; había sido él quien me había pedido quedar. Y sabía qué aspecto tenía yo, así que no podía ser que me hubiera visto de lejos y hubiese decidido irse.

Seguía sintiendo la mirada de ese hombre fija sobre mi rostro, y quise mirarlo a mi vez de reojo para ver si era verdad que me miraba. Pero si lo hacía no podría mantener mi expresión de

indiferencia.

Al final, el camarero se acercó y me preguntó si iba a acudir mi cita.

—¿Llegará pronto?

—Ah, eso creo…

El camarero me miró con mala cara y se alejó.

Ya llegaba treinta minutos tarde, y no parecía que fuera a aparecer.

«Menuda vergüenza».

Mi teléfono se iluminó con un mensaje de la aplicación de citas, y lo leí rápidamente. Era de mi cita.

Oye, ¿vas a venir? Tengo una mesa junto a la ventana en Le Chance.

¿Le Chance? Eché una ojeada al menú que tenía sobre la mesa y leí el nombre del restaurante. Le Chancet.

«Mierda, me he confundido de restaurante».

Estaba a punto de responderle cuando alguien se sentó en la silla que tenía delante.

El hombre de la mesa aledaña se había sentado frente a mí. De cerca era incluso más guapo; tenía un tono de piel bonito que le realzaba los ojos avellana, y había en él una amabilidad que no me había esperado.

—Estaba esperando a mi cita a ciegas, pero no ha aparecido.

Mi primer impulso fue decirle que yo también tenía una cita, pero que había ido al restaurante equivocado. Pero, en lugar de eso, dije otra cosa.

—A mí me ha pasado lo mismo. —Me sentía mal dejando tirado al hombre que se suponía que era mi cita, pero algo me decía que sería un error dejar pasar esta oportunidad. Muy rara vez me encontraba a un hombre que me atrajese de verdad. La primera vez que había ocurrido había sido con Volt.

«Y ahora vuelve a ocurrir».

—Si me preguntas, te diría que él se lo pierde.

Guapo y dulce; qué combinación más mortífera. Moví los labios para hablar, pero no tenía nada que decir. Por fin encontré algo que sí podía compartir.

—Es un detalle de tu parte. Tu cita también se lo ha perdido.

—Ha sido cosa de un amigo; creía que encajaríamos bien. Supongo que se equivocaba.

—A veces las cosas no funcionan.

Me miró fijamente durante casi un minuto, examinando cada uno de mis rasgos como si estuviera intentando memorizarlos.

—¿Puedo ser tu cita de esta noche? ¿Y tú la mía? —Recogió el

menú y me lo tendió.

El corazón me latía contra las costillas de un modo tan doloroso que estaba segura de que debía de notarlo. Tenía la boca seca y la punta de los dedos entumecida. Nunca me había interesado tener citas online; eran encuentros orgánicos como aquél los que me interesaban. Quería algo natural, la clase de química que explotaba en el mismo segundo en que coincidíamos en el mismo espacio. Quería una historia de amor que fuera más auténtica, más genuina.

Quería algo como aquello.

Capítulo 14

Volt

Di un paso atrás.

Mis sentimientos por Taylor eran innegables; estaban ahí constantemente, burbujeando bajo la superficie. Cuando no estaba con ella, ella era lo único en lo que podía pensar, y cuando estaba con ella, hacía estupideces como llamarla «pequeña».

Estaba fuera de control.

No sabía exactamente qué sentía por ella. ¿La amaba? ¿Era simplemente que me gustaba? ¿Quería tener una relación con ella?

No tenía ni idea.

Pero sí que sabía que no quería sentirme así; quería volver a la vida que había tenido antes, cuando mi pecho no albergaba ninguna emoción y sólo me movía por la vida, cuando estaba lejos de toda emoción humana.

Y así era como me gustaba.

Fuera lo que fuera aquello con Taylor, era una mala noticia. Si nos convertíamos en algo más que amigos, todo acabaría en un desastre; me rompería el corazón, igual que mi última pareja, y me humillaría al mismo tiempo. No confiaba en nadie, y nunca volvería a hacerlo.

Ni siquiera en Taylor.

La mejor manera de librarme de aquellos sentimientos era evitarla. Si me alejaba lo suficiente, las emociones desaparecerían y podríamos volver a ser amigos. Ella podría empezar a salir con otra persona, y a mí no me importaría un pimiento. Me tiraría a una progresión infinita de bellas mujeres y no pensaría en ella.

Era un plan genial.

Pero, para cuando acabó la primera semana, lo que sentía era abstinencia. No había hablado con ella en todos esos días y echaba de menos su voz. Cada vez que veía un meme divertido online, quería enseñárselo, pero entonces me daba cuenta de que no podía hacerlo. Quería contarle el progreso que estaba consiguiendo con Clay, pero tampoco podía.

Me sentía solo.

Me quedaba en casa todas las noches después de trabajar, y me

encontraba mirando fijamente el teléfono. Quería que su nombre apareciese en la pantalla, porque sabía que no sería lo bastante fuerte como para ignorar sus llamadas. Era una excusa para hablar con ella, una excusa que me permitía ser débil.

Pero no llegó a llamarme.

Y ahora me preocupaba por qué no me llamaba. ¿Sabía lo que sentía por ella? ¿Había notado las señales? ¿O es que simplemente la molestaba? Esperaba que no fuera más que la distancia que yo mismo había impuesto entre nosotros.

Necesitaba esa distancia.

Porque nunca volvería a ser el novio de nadie, ni siquiera de ella.

* * *

—¿Qué pasa contigo? —Jared me tendió una cerveza antes de dejarse caer a mi lado en el sofá.

—Nada. ¿Y contigo?

—Últimamente pareces raro. Bueno, más raro de lo habitual.

—Yo no soy raro, tú eres raro.

Derek entró desde la cocina y se sentó en el otro sofá.

—Los dos sois raros.

—¿Qué pasa con Taylor? —me preguntó Jared.

—¿Por qué demonios iba a saberlo? —pregunté a mi vez a la defensiva—. No es mi novia.

Jared me dirigió una mirada extraña.

—Nunca he dicho que lo fuera, tío.

—Bien. —Tomé un trago de cerveza y me concentré en el partido—. Porque no lo es.

—Dijo que iba a pararse a por una pizza por el camino —ofreció Derek—. Pero Natalie no va a venir.

—¿Por qué no? —preguntó Jared.

Derek acabó de comerse el puñado de patatas que había cogido antes de hablar.

—Ha dicho que estaba…

—Guau, espera. —Levanté la mano—. ¿Taylor va a venir?

—Sí. Tayz. ¿Por qué?

—Mierda. —Dejé la cerveza e intenté salir de allí pitando—. Tengo que irme.

—Pero si acabas de llegar —me discutió Jared—. ¿Y por qué no viene Natalie?

Rodeé el sofá y recogí mis llaves.

—Supongo que tenía una cita o algo —dijo Derek—. Parece que

por fin te ha superado.

—¿Una cita? —Jared sonaba sorprendido.

Derek se encogió de hombros.

—Eso es lo que ha dicho Tayz.

—Me largo de aquí. —Me dirigí a la puerta.

Derek se giró hacia mí.

—Repito, ¿por qué?

—Tengo que ir a un sitio. —Y, justo cuando llegaba a la puerta, ésta se abrió. Taylor estaba al otro lado, con dos pizzas entre las manos.

—Perdón. No pretendía abrir de una patada.

Me quedé mirándola, en blanco y odiando el hecho de que adoraba el modo en que el pelo le caía sobre el hombro. Se había puesto un poco de máscara de pestañas, lo que hacía que los ojos se le vieran todavía más bonitos de lo habitual. No pude evitar memorizar su aspecto, deseando imaginármelo cuando la hacía correrse en mis fantasías.

«Joder, esto es malo».

—No pasa nada —intervino Derek—. Si traes comida, puedes hacer lo que quieras.

Taylor rió entre dientes y pasó por mi lado.

—Eh, Volt. ¿Qué tal estás? —Me hablaba como si mi silencio durante las dos últimas semanas hubiese sido perfectamente normal.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. Cambié el examen, y a los chicos les fue genial. Puede que tus sugerencias fueran para bien. —Dejó las pizzas sobre la encimera de la cocina—. ¿Tienes platos de papel?

—En el mueble de la cocina —gritó Derek.

Taylor cogió unos pocos y se sirvió unos trozos de pizza.

Ahora que estaba allí, no podía irme así sin más. Resultaría evidente que ella era la razón por la que me iba, y eso provocaría preguntas innecesarias.

Eligió una cerveza y se sentó en el sofá junto a Derek. No me prestó casi atención, lo que resultó tanto un alivio como una frustración. ¿Es que no le parecía extraño que no la hubiese llamado desde hacía ya algún tiempo? Pero, ¿acaso no era peor que me molestase tanto que ella tampoco me hubiese llamado cuando yo deseaba tanto que lo hiciera?

«Ese nivel de psicología hace que me duela la cabeza».

—¿Así que Natalie está en una cita? —preguntó Jared.

Volví al sofá y me senté, obligándome a no mirarla. Iba vestida

con unos pantalones cortos azul oscuro y una blusa rosa. Normalmente iba con vestido, pero me encantó verla con aquel conjunto nuevo; tenía unas piernas que eran para morirse.

«Detesto haberme dado cuenta».

—Sí, lleva algún tiempo viéndose con un tío —dijo Taylor—. Parece interesarla.

—Guau —comentó Derek, sorprendido—. Me alegro por ella.

Jared guardó silencio, con los ojos fijos en la televisión.

—Sí —concordó Taylor—. Les gusta pasar tiempo juntos, y no deja de hablar de él. Creo que va a durar bastante.

—¿Quién es? —preguntó Derek.

—Se llama Peter —le contó Taylor—. Se conocieron cuando salimos la otra noche. No sé mucho más sobre él.

—Espero que sea un tío guay —dijo Derek.

—Creo que lo es. La hace feliz.

Jared tomó un trago de cerveza.

Me sentí incómodo al no sentarme junto a Taylor ni hablar con ella como hacía normalmente. De hecho, era tan raro que incluso me sentí fuera de lugar. Estaba un planeta distinto con gente distinta. Sin ella actuando a modo de ancla, me alejaba a la deriva hacia un lugar que no me gustaba.

* * *

—Di lo que quieras, pero ese partido estaba completamente comprado. —Derek limpió las cajas de pizza y las metió en la basura.

—Es sólo que eres mal perdedor —se metió con él Jared.

—Lo que tú digas. Esas faltas eran una tontería, y todos lo sabemos.

—No es más que un juego —intervine—. No hay por qué alterarse.

—¿Que no es más que un juego? —preguntó Derek, incrédulo—. Ya está. Fuera de mi casa.

—De todos modos debería irme, mañana trabajo. —Y necesitaba una excusa para salir de allí sin tener que hablar con Taylor… aun a pesar de que quería hablar con ella.

«¿Qué demonios me pasa?».

—No pasa nada —dijo Derek—. Nos vemos más tarde.

Jared se acercó a Taylor con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Así que… ¿Natalie va en serio con ese tío?

«¿Y a él por qué le importa?».

Taylor se encogió de hombros.

—No estoy segura, pero quiere seguir viéndolo. —La sospecha floreció en sus ojos; la reconocí porque yo mismo la había visto muchas veces—. Supongo que eso responde a tu pregunta.

Jared giró en seco y se metió en el baño sin decir nada más.

«¿De qué ha ido eso?».

—De acuerdo, os veré más tarde. —Taylor pasó de largo junto a mí y se dirigió a la puerta.

Salí tras ella; no me quedaba más opción.

—Adiós.

Esperaba que, en cuanto estuviéramos fuera y la puerta quedase cerrada, me interrogase por el cambio que había sufrido nuestra relación. Después de todo, habíamos pasado de ser inseparables a crear una distancia entre nosotros al segundo siguiente.

—Un buen partido, ¿eh? —me preguntó mientras recorríamos el pasillo.

Era lo último que esperaba que dijese.

—Ha sido bastante tenso.

—Me encantan los deportes, pero al mismo tiempo te dejan destrozado. Hacen casi que los odie.

—Sé a lo que te refieres.

Entramos en el ascensor y bajamos lentamente hasta el vestíbulo.

Esperaba preguntas, preocupación, pero no llegó ninguna de esas cosas.

—¿Cómo va con Clay?

—Va bien —respondí—. Está muy atrasado. Nos reunimos todos los días después de clase, y aun así me parece que no será suficiente.

—Siempre quedan los fines de semana.

—No, no voy a perder también los fines de semana.

Taylor sacó el teléfono y leyó un mensaje que le había llegado; se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja. Escribió una respuesta y volvió a guardar el teléfono en el bolso.

Lo vi todo en el reflejo de las puertas de metal.

Éstas se abrieron y cruzamos el vestíbulo hasta llegar a la calle. Su apartamento estaba en la dirección opuesta al mío, así que estábamos a punto de separarnos.

—Nos vemos otro día, Volt. Que tengas una buena semana. —Se giró inmediatamente, alejándose.

«¿Qué demonios?».

«¿Es que no me ha echado de menos?».

«¿No ha pensado que lo frío que estoy siendo es raro?».

«¿Es que no espera que la acompañe a casa?».

«¿Qué está pasando?».

«¿Cómo puede ser que no le importe?».

—Taylor.

Se dio la vuelta, sujetándose el bolso al hombro.

—¿Sí?

Ahora que ya tenía toda su atención, intenté pensar en qué decir. Había millones de cosas que quería compartir con ella; era la única persona con quien podía hablar, y me hubiese gustado poder contarle esos extraños sentimientos que sentía hacia ella. Taylor habría podido ayudarme a entenderlo y a saber qué debía hacer al respecto. Pero era precisamente la única persona a quien no podía decírselo.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

—Para nada, lo tengo dominado. —Y volvió a echar a andar.

Me quedé allí de pie, mirando cómo se marchaba, contando cada paso que daba lejos de mí, dejándome atrás.

«¿Qué demonios me pasa?».

* * *

Trabajé con Clay durante una hora, pero todavía seguíamos en la sección de vocabulario de las pruebas de aptitud. Era imposible que completara el temario al no poder leer, así que le hice leer todas y cada una de las frases del libro de preparación para el examen y que encontrase el significado de cada una de las palabras. Reconocía las palabras que ya había visto antes, y eso hacía que le resultase más fácil recordarlas y leerlas sin dificultad.

«Pero todavía tenemos mucho camino por delante».

Temía llegar al apartado de matemáticas. Me aterraba. A la mayoría de los chicos las matemáticas les costaban de un modo u otro, y era de lo más normal, pero sospechaba que Clay no sabía más que sumar y restar.

«Pobre chaval».

Se frotó la frente al acabar la sesión.

—Joder, me duele el cerebro.

—¿Qué te he dicho sobre soltar palabrotas?

Puso los ojos en blanco.

—Sólo lo estás empeorando.

—Perdón… —Abrió la mochila y guardó todas sus cosas. El estómago le rugió con un volumen ensordecedor bajo la mesa, lo bastante alto como para que ambos lo oyéramos.

—Será mejor que vayas corriendo a casa y cenes algo.

—Sí… —Se levantó de la silla y se echó la mochila a al hombro—. Nos vemos, Volt.

—De acuerdo, chaval. Buen trabajo el de hoy.

Se despidió con la mano y se marchó.

Cerré la oficina, al ser el último que quedaba en el edificio. Normalmente me marchaba justo después de comer, pero desde que me había hecho cargo de Clay, tenía que quedarme hasta tarde. Tiraba por los suelos todo mi estilo de vida, pero era algo temporal. Clay necesitaba ayuda, y yo era muy consciente de que era su única esperanza para conseguir una vida algo mejor.

Salí del trabajo y eché a andar hacia mi piso. Tras algunas manzanas, distinguí una bicicleta que me resultaba familiar, apoyada en la pared de un callejón. Era gris, estaba completamente oxidada y tenía el cambio de marchas a punto de caerse.

«Clay debe de andar por aquí cerca».

Me detuve y me asomé al callejón, y fue entonces cuando vi algo que no olvidaré jamás.

Clay sacó una caja de poliestireno directamente del contenedor de la basura y la abrió; examinó las patatas reblandecidas y los restos de pollo que había dentro, y, tras unos segundos de reflexión, empezó a comérselo.

Se me rompió el corazón.

—Clay. —Entré en el callejón y le arranqué la caja de las manos.

Clay dio un paso atrás e intentó quitarle importancia.

—Estaba buscando comida para mi perro.

—No, eso no es lo que estabas haciendo. —Volví a tirar la caja al contenedor—. No me mientas; estás perdiendo el tiempo.

Cruzó los brazos sobre el pecho, levantando todos sus escudos para protegerse de cómo iba a juzgarlo.

—¿Por qué estás comiendo de la basura?

Se encogió de hombros.

—Te he hecho una pregunta.

—Tenía hambre. Está claro.

—¿No tienes nada de comer en casa?

Volvió a encogerse de hombros.

—En realidad no.

—¿Es que tu padre no te prepara nada?

Negó con la cabeza.

—No. En casa no hay nada que se pueda comer.

Sentí como palidecía al mismo tiempo que la depresión se adueñaba de mí. Sabía que Clay no disfrutaba de una buena situación financiera, pero no me había dado cuenta de que las cosas

estuvieran tan mal. Puede que el moratón que le había visto en la cara fuera exactamente lo que me había parecido en un primer momento.

—¿Te pega?

—No. —Lo dijo sin un segundo de vacilación—. No me pega. Estamos bien. —Dio un paso atrás, con la cabeza agachada.

—Clay, ¿me estás mintiendo?

—No.

—¿Qué te he dicho de mentirme?

—No estoy mintiendo —discutió—. No llames a los servicios sociales. Perderás el tiempo.

Y ahora estaba todavía más confundido. ¿Cómo sabía eso de los servicios sociales? ¿Por qué iba a mentir y a decir que no lo pegaban cuando sí lo hacían? Nunca me había encontrado en una situación así, y no sabía qué hacer.

—Venga. Vamos a buscarte algo de comer.

—No necesito tu caridad. —Se acercó a su bicicleta, dándome la espalda.

—No es caridad. —Lo seguí y lo sujeté por el hombro—. Sólo intento ayudarte.

Alzó la vista para mirarme a la cara, con una rabia inexplicable grabada en todos sus rasgos.

—Puede que tu crecieras siendo rico, pero no todo el mundo tiene esa suerte. No tienes que tenerme pena, ni menospreciarme. Puedo cuidar de mí mismo.

—Estoy seguro de que puedes, Clay, pero cuando se abre una puerta, lo que tienes que hacer es cruzarla.

—¿Qué?

—Tú ven conmigo. —Lo solté y empecé a andar por la acera.

—No tengo candado para la bicicleta.

—Nadie la verá. Y si desaparece, te prestaré la mía. Nunca la uso.

* * *

Le compré la comida más deliciosa y grasienta que pude encontrar.

Fuimos a Mega Shake y pedí hamburguesas y patatas; era mucho mejor que cualquier resto que pudiera encontrar en un callejón.

«Sólo pensar en ello me revuelve el estómago».

Al principio no estaba cómodo comiendo, pero en cuanto dio el primer mordisco ya no pudo controlarse. Lo devoró todo en menos de cinco minutos. Tenía los dedos llenos de grasa y salsa, y se los limpió con la lengua.

Por suerte, le había dicho que fuera a lavarse las manos antes de comer.

—No está mal, ¿eh?

Asintió, todavía con los dedos en la boca.

—¿Quieres más?

Negó con la cabeza.

—No. Estoy bastante lleno.

Probablemente tenía un estómago más pequeño que una nuez a estas alturas.

—Si alguna vez necesitas algo, siempre puedes pedirme ayuda, Clay. —No iba a dejar que aquel chico comiera de la basura. No permitiría que ningún chaval tuviera que llegar a eso.

Se limpió las manos con una servilleta.

—Lo digo en serio, Clay.

—Ya te he oído, Volt.

Cuanto más lo ayudaba, más resentimiento sentía hacia mí. Comprendía que quería ganárselo todo por sí mismo en la vida, y que lo abochornaba estar tan abajo en la jerarquía financiera, pero no debería sentirse tan avergonzado.

Abrí la cartera y dejé un billete de veinte sobre la mesa.

—Eso es para la comida de mañana.

Lo miró, pero no hizo ademán de cogerlo.

—Te daré más dinero cada día.

—¿Qué se supone que voy a hacer con eso?

—Comprar comida en la escuela. ¿Qué haces normalmente?

—Nada…

—¿Es que no tienen un programa de comedor?

—No lo sé. Todo el mundo se ríe de los chicos que están en él… Prefiero no comer.

¿Cómo podía siquiera ponerse en pie? Ya no me sorprendía que no pudiera prestar atención en la escuela; estaba desnutrido y hambriento a todas horas.

—Coge el dinero y compra comida.

—No voy a aceptar tu dinero. Y, de todos modos, tampoco podría usarlo.

—¿Por qué no?

—Usan tarjetas. Las cargas con dinero en el despacho y después usas la tarjeta.

Incluso las escuelas se estaban pasando a lo digital.

—Me encargaré de ello mañana.

—No quiero tu dinero. —Movió el billete de veinte dólares hacia mi lado de la mesa—. Estoy bien sin él.

Lo volví a empujar hacia él.

—No voy a cogerlo, Clay. Bien puedes quedártelo tú.

Se lo quedó mirando durante varios segundos antes de guardárselo en el bolsillo.

—Pagaré la tarjeta y la dejaré en el despacho; ve a buscarla a la hora de comer.

—No tienes que hacer eso —susurró.

—Sé que no tengo que hacerlo, Clay. Lo hago porque quiero.

Se quedó mirando la bandeja ya vacía, con la mente en otro lugar.

—Es la primera vez que me siento lleno desde… Ni siquiera recuerdo la última vez.

No sabía que se me podía romper el corazón tantas veces seguidas.

—No volverás a pasar hambre, te lo prometo.

—No soy problema tuyo, Volt. No tienes por qué convertirme en uno. No soy más que un chico pobre que morirá en una zanja algún día. Nadie me recordará, y nadie se dará cuenta siquiera de que ya no estoy.

Fue una de las pocas ocasiones en que no supe qué decir. Nadie me había derribado nunca de ese modo con sólo unas palabras. La tristeza de su voz hacía que me costara incluso escucharlas; hacía que deseara hacer todo lo que estuviera en mi mano para hacerlo feliz, incluso si ello conllevaba arrancarme yo mismo un brazo.

—No es eso lo que te espera en el futuro, Clay.

—¿Ah, no? —preguntó, sarcástico.

—No. Vas a ir a la universidad y llegarás a ser alguien. Vas a tener una vida llena de felicidad con una chica preciosa y con niños algún día. Vas a ser feliz hasta el fin de tus días, y este momento, ahora mismo, será lo que quede en el olvido. No tú, Clay.

* * *

Taylor estaba siempre en mis sueños.

Me hubiese esperado que apareciese desnuda y a cuatro patas, pero no era así. A veces estaba tumbada a mi lado, en el sofá, con el cabello largo suelto sobre mi brazo. A veces paseábamos por el campo, cogidos de la mano. A veces se reía. Sólo eso, se reía.

«¿Qué significa eso?».

Cuanto más la apartaba de mí, más me obsesionaba con ella. Su ausencia sólo conseguía recordarme lo mucho que la necesitaba. La soledad era peor de lo que nunca lo había sido, y ya ni siquiera sabía quién era yo.

Quería contarle lo de Clay. Era la primera situación que me veía incapaz de manejar a solas, y no había mejor persona a la que pedir consejo que una magnífica profesora. En realidad, ella era la mejor persona a quien preguntar, y punto.

Me presenté en su clase al final del día, y comprobé mi aspecto justo antes de entrar. Llevaba un traje azul marino con una corbata teñida, y me preocupaba no tener el mejor aspecto posible. Nunca me había preocupado lo que pensaran las mujeres de mi aspecto, ya que siempre parecían impresionadas sin importar con qué estuviera vestido, pero ahora no soportaba la idea de ser menos que perfecto. Al menos para ella.

Mantener las distancias había hecho que valorase todavía más nuestra amistad; ser tan cercano a alguien sin sentir dolor era una sensación fantástica. No había tenido algo así desde… desde hacía mucho tiempo, y no quería perderla. En realidad, no podía permitirme perderla.

Entré con la intención de comportarme con normalidad; Taylor era una amiga, y nada más. Esos sentimientos desaparecerían si los negaba con la fuerza suficiente.

Taylor estaba borrando la pizarra cuando entré. Iba vestida con un ancho vestido azul con una chaqueta rosa de punto. Unos pendientes de flamencos le colgaban de las orejas, y los tacones tenían un estampado de safari.

«Está monísima».

Solía pensar que su vestuario era extraño y un poco tonto, pero ahora me encantaba. Destacaba entre la multitud gracias a su belleza poco habitual y su manera de ser única. No le importaba lo que pensaran los demás, y adoraba eso de ella. De hecho, prefería sus conjuntos al vestido ajustado que le había dicho que se pusiera para ir a los bares y clubes.

«Porque así es como es ella».

Dejó el borrador en el borde y se giró hacia la mesa. Fue entonces cuando me vio.

—Ah, hola. —Se llevó la mano al pecho y soltó un suspiro de alivio—. Durante un segundo me has asustado. —Se rió ante su propia reacción.

«Puedo hacerlo».

«Es igual que en los viejos tiempos».

«Es sólo mi amiga. Una amiga preciosa y genial… pero sólo una amiga».

«Piensa con claridad».

—Deberías ser James Bond con la manera en que te mueves

—siguió con otra risa.

Me acerqué más a su mesa, intentando pensar en algo inteligente con lo que responder. Mi mirada se centró en esas mejillas enrojecidas y me imaginé pasando los dedos sobre esa piel suave hasta apoyarlos sobre sus labios. Y entonces la imagen cambió, y en su lugar estaba besándola contra la mesa, subiéndola a ésta hasta que estuvo sentada sobre la madera, rodeándome la cintura con las piernas.

—Te echaba de menos.

«Joder».

«Maldita sea».

«¿Cuál es mi puto problema?».

Todavía no había parpadeado desde que había pronunciado aquellas palabras, y el silencio inundó el aula con toda su fuerza. No esperaba que Taylor respondiera nada; ¿qué podía decir? Había venido decidido a continuar con nuestra amistad pero, en lugar de eso, lo había echado todo a perder.

«Como un idiota».

Sus ojos se suavizaron mientras me miraba, viendo la sinceridad en mis ojos al igual que todo lo demás. Separó ligeramente los labios, recordándome a los suaves besos que compartimos en una ocasión.

—Yo también te he echado de menos.

Una suavidad líquida se extendió sobre mi corazón, dándome el placer más grande que hubiese experimentado jamás. Nunca me hubiese esperado que dijera eso, por lo que no estaba preparado para el modo en que me hicieron sentir. Resultaba que el Paraíso era un lugar real, y yo acababa de llegar a él.

—Asumí que tenías muchas cosas en la cabeza y necesitabas algo de espacio. —Se detuvo junto a su escritorio, observándome con cariño. Le brillaban los ojos, como de costumbre, conteniendo todo un mundo de secretos en su interior.

Nunca necesitaba espacio con ella, sólo necesitaba que aquellos ridículos sentimientos desapareciesen.

—He estado ocupándome de algunas cosas… —Estaba más convencido que nunca que aquellas emociones habían llegado para quedarse. Lo único en lo que podía pensar era en el tono fascinante de su voz, el modo en que el cabello le enmarcaba el rostro, como si estuviera a punto de hacer una sesión fotográfica, y la manera hipnótica en que me miraba. No dejaba de imaginármela en mi cama, pero no desnuda y mojada; iba vestida con una de mis camisetas y unos bóxers. Tenía los labios enrojecidos e hinchados

de besarme como si me amara, y yo sólo la miraba dormir.

—¿Quieres hablar de ello? —Taylor se sentó en su silla.

No podía decirle lo que sucedía en realidad. Si lo hacía, sólo conseguiría que el ambiente entre nosotros se volviera incómodo, o al menos todavía más incómodo. Si le decía cómo me sentía y ella sentía lo mismo, sería inútil, porque no podría ofrecerle nada. Puede que mis sentimientos fuesen reales y no meramente superficiales, pero aquello no significaba que quisiera comprometerme con nadie. En aquel momento lo único que me interesaba era hacerlos desaparecer.

Acerqué una silla y me senté frente a ella, al otro lado de la mesa.

—Pillé a Clay comiendo de la basura.

Le llevó un momento reaccionar, pero cuando lo hizo no fue con sorpresa, sólo con tristeza.

—Oh, no…

—Le di algo de dinero para que comprase comida en la escuela, pero dijo que usan un sistema con tarjetas, así que he cargado una con bastante dinero como para que le dure hasta que se gradúe. Y ahora llevo comida a nuestras sesiones, así me aseguro de que cena.

—Es muy dulce de tu parte, Volt.

No, no lo era. No lo hacía porque quisiera que la gente me reconociera el mérito, ni porque me hiciera sentir bien. Lo hacía porque… porque el crío me importaba.

—Le he preguntado si su padre le pega, pero me ha dicho que no. Tengo la impresión de que me miente.

—¿Por qué iba a mentir?

—Exacto… no lo sé. No hay ninguna razón para hacerlo. Si estuvieras en una casa violenta, ¿acaso no querrías que te sacaran de ella?

—Eso creo —susurró.

—No le he visto ningún moratón últimamente, así que… Quizás diga la verdad.

—Espero que así sea.

—Pero si no está recibiendo comida, y si tiene que ocultar el hecho de que está recibiendo tutorías… Sólo puedo asumir lo peor. —En aquel momento había dos cosas que pesaban sobre mí: la primera era mis sentimientos hacia Taylor; no se habían debilitado durante nuestro tiempo separados y estaba claro que ganaban fuerzas cuando estábamos juntos. Lo segundo era Clay; me preocupaba por él constantemente, temiendo lo que debía ocurrir cuando estaba en casa con su padre. Ningún niño debería pasar por

dificultades así, y el corazón se me rompía una y otra vez. Yo no era una persona emotiva, pero Clay sacaba ese lado en mí.

—Espera hasta que confíe en ti, y cuando lo haga, vuelve a preguntárselo.

—Los chicos como Clay no confían en nadie. Así es como consiguen sobrevivir.

—Pero has hecho de todo por él —susurró—. No eres un adulto cualquiera. Sabe que te importa.

Esperaba que así fuese y que Clay fuera consciente de ello, porque sospechaba que no le importaba a nadie más.

—Me gustaría conocerlo, si hay tiempo en alguna ocasión.

—¿De verdad?

Asintió.

—No tiene madre, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No que yo sepa. Parece que el único presente es su padre.

—Todos los niños necesitan una madre, no importa lo fuertes que sean.

De eso podía dar fe. De joven había sido un niño de mamá y, francamente, seguía siéndolo.

—Le daré algo más de tiempo para que se acostumbre a mí antes de añadir a nadie más. Es muy tímido con la gente, como si temiera ser castigado si llama demasiado la atención.

—Volt, eso es horrible. —Se pasó los dedos por el pelo y suspiro—. ¿Cómo lo haces?

—No lo sé… —No tenía respuesta para aquello.

—Bueno, si es estudiante de segundo, significa que ya casi ha acabado la escuela. Puedes hacer que saque una buena puntuación en los exámenes de aptitud y ayudarlo a salir de esta situación. En unos pocos años todo mejorará, y esto no parecerá más que una lejana pesadilla.

—Cierto. —Esperaba poder conseguir que sacase una buena puntuación en el examen. Si sus notas reflejaban el nivel en el que estaba ahora mismo, tenía que asumir que debía de estar suspendiéndolo todo, así que la puntuación del examen de aptitud sería todavía más importante.

Taylor me miró fijamente, con empatía en la mirada.

—¿Y cómo estás tú? Aparte de todo eso.

«Destrozado».

«Confundido».

«Perdido».

—Bien. ¿Y tú?

—Todos mis chicos lo han hecho muy bien en el examen, pero ahora me preocupa que eso vaya a meterme en problemas.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Bueno, todos han sacado de notable para arriba. Y es sospechoso.

«Lo es».

—Parece como si hubiera hecho el examen demasiado fácil… y lo era. Y ahora tengo miedo de que, cuando sigan adelante, no estén preparados. Temo que hablen de mí en los pasillos y digan lo fácil que soy. Los otros profesores no me respetarán, y cuando el director se dé cuenta, empezará a reevaluar su opinión sobre mí.

Todo eso eran preocupaciones válidas.

—Pero te quitará a los padres de encima.

—Francamente, ahora mismo los padres son el último de mis problemas.

—El director tiene que lidiar con ellos todo el día. Créeme; cuantos menos padres vengan para hablar de ti, más bien le caerás. Puede que este examen haya sido demasiado fácil, pero puedes hacer que el siguiente sea algo más complicado. A los padres no les preocupará tanto, porque sabrán que eres justa.

—No me había dado cuenta de que dar clase involucrase tanta política…

Aquello se aplicaba a todas las cosas.

—Tiene tanta política como cualquier otra cosa de la que oyes hablar.

—Genial…

—Pero cuando te hagan fija, tendrás mucha más libertad para llevar tu clase como quieras. Sólo tienes que evitar acostarte con uno de los chavales, y todo resuelto.

Me miró con los ojos entrecerrados.

Me reí entre dientes.

—Me alegro de que no te interese.

—Eso no hace nada de gracia.

Nunca me había encontrado con algo así durante mi breve experiencia como profesor, por suerte. Me habría puesto furioso si le hubiese pasado a uno de mis estudiantes, y si le pasaba a Clay, cedería ante la ira. Y si le pasaba a mi propio hijo o hija… Acabarían juzgándome por asesinato.

—Sí, probablemente tengas razón.

Taylor cerró su carpeta y guardó todos los papeles en su maletín.

—¿Tienes planes para esta noche?

Esperaba poder pasar todas y cada de mis horas disponibles con

ella.

—No. ¿Y tú?

—No.

Quise invitarla a mi casa con la esperanza de que intentase algo conmigo: esta vez no la rechazaría, y disfrutaría de cada segundo de aquellos preciosos labios contra los míos. Pero sabía que no eran más que ensoñaciones; incluso si se insinuaba, tendría que rechazarla. Sabía que yo no era lo que Taylor deseaba realmente… pero era divertido imaginárselo.

—¿Puedo sacarte a cenar? —Me odié al instante por formularlo de aquel modo.

Taylor no pareció notar nada.

—Creo que debería ser yo quien te invite a ti a cenar, y también a una copa.

«Nada me gustaría más».

—Será un placer.

* * *

Me obligué a no mirarla demasiado fijamente durante la cena. Los ojos se me desviaban solos hacia su rostro, especialmente a los labios, y tenía que controlarme antes de que la asustase. Empezaba a darme cuenta de que estaba obsesionado con ella.

«Nunca he estado tan obsesionado con una mujer».

—¿Has superado el incidente con Drew? —Parecía más animada de lo que lo había estado tres semanas atrás. Sonreía tal y como solía hacer antes, y volvía a tener aquella sensación burbujeante de vitalidad en los ojos.

—Sí. Está olvidado.

—Bien. —Tomé un sorbo de vino y volví a mi nuevo pasatiempo favorito: mirarla—. Es un idiota por dejar escapar a una mujer como tú. —Me odié una vez más por las estupideces que estaba soltando, pero nunca conseguía frenarlas a tiempo.

Taylor sonrió antes de tomar un trago de su copa.

—En realidad, he empezado a salir con otra persona.

Sentí como el corazón se me hundía en el estómago en cuestión de un milisegundo, y sentí náuseas. Tenía los dedos tan tensos que estuve a punto de romper la copa que tenía en la mano. Me dieron ganas de tirar la mesa al suelo y tener una pataleta, pero conseguí controlarme.

—Oh…

—En realidad es una historia curiosa.

«¿Curiosa en el sentido de risas? ¿O curiosa en el sentido de

volarme los sesos?».

—Empecé a tener citas online…

—¿Por qué demonios harías algo así? —exploté como un volcán. Mi enfado había ido aumentando desde que había mencionado que se veía con alguien y ahora ni siquiera podía guardarme nada dentro. No quería que se viera con nadie, especialmente con desconocidos al azar que conocía por internet—. Sólo los perdedores tienen citas online. Estás muy por encima de eso, Taylor. Yo jamás saldría con alguien que se hubiese arrastrado hasta ese nivel.

Taylor sostuvo la copa frente a los labios, pero no bebió. Entrecerró los ojos para mostrar su irritación y su incomodidad; noté como se alejaba de mí sin tener que moverse siquiera.

«Joder, soy un capullo».

Por fin bebió para disimular la tensión. Apartó los ojos, más y más incómoda con cada segundo que pasaba.

—Perdona por decir todo eso. No lo decía en serio, sólo que… —«Que no quiero que salgas con nadie que no sea yo. Que quiero llevarte ahora mismo a casa y besarte como ningún hombre lo ha hecho antes. Que quiero que seas mía para siempre, y que quiero ser tuyo»—. He bebido demasiado.

Taylor tomó otro sorbo antes de dejar la copa.

—No pasa nada. Sé que has tenido un día muy estresante.

Sólo ella podía perdonarme por ser tan capullo.

—Eso no es excusa.

—De verdad, no pasa nada. Vamos a olvidarlo.

La tensión volvió a hacerse con la mesa. Parecía que estaba decidido a sabotear esta relación en cada oportunidad que se me presentaba. Había intentado apartarme de ella, y lo había conseguido, aunque no de la manera en la que quería.

—Así que… ¿has conocido a alguien que te gusta online? —Sólo lo preguntaba por educación; no estaba seguro de poder tolerar la respuesta.

—Eh… —Jugueteó con el tallo de la copa, mirándola fijamente—. No. No he conocido a nadie online. —Tomó un buen trago de vino, acabándoselo—. Natalie me dijo que lo intentara, pero no encontré a nadie que me gustase.

«Qué alivio».

—Puede que de todos modos sea demasiado pronto para salir con nadie. Tómate tu tiempo. No hay prisa.

—Sí… Puede. —Se sirvió otra copa de vino.

Nuestra química natural todavía no había vuelto, y había echado

a perder toda la noche al perder el control de mi temperamento. Me enfadaba al pensar que estuviera saliendo con alguien, pero no tenía ningún derecho a hacerlo; la deseaba, pero no quería desearla. Así que, ¿por qué iba a tener derecho a cabrearme?

Al menos Taylor todavía no había conocido a nadie que le gustara.

«Todavía tengo tiempo para arreglarlo».

Capítulo 15

Taylor

Sage me acompañó hasta la puerta al acabar la noche. Me cogió de la mano y me acercó a él, queriendo que nuestros cuerpos estuvieran tan cerca el uno del otro como fuera posible.

Me hundió una mano en el pelo por sorpresa y me acercó todavía más. Frotó la nariz contra la mía del modo más sexy imaginable antes de inclinar la cabeza y darme un beso lleno de fiereza.

Empezó poco a poco, con suavidad, antes de que las cosas alcanzaran un nivel mortífero. Me encontré jadeando contra su boca y aferrándome a sus bíceps, como si fuera a salir flotando por el placer. Era un beso casi tan bueno como el que me había dado Volt, y sospechaba que muy pronto lo superaría.

—¿Puedo entrar? —susurró contra mis labios.

Era nuestra segunda cita, pero habíamos conectado desde el primer momento. Era encantador, divertido y tan, tan dulce; todo en él me gustaba. Hacía que Drew pareciera un trol.

«Quiero invitarlo a entrar».

Pero recordé todo lo que había pasado con Drew. Habíamos ido demasiado rápido y, como resultado, acabé con el corazón roto. Sage me parecía diferente, y por eso quería estar segura de que no lo saboteaba con una decisión apresurada.

—Me encantaría… pero puede que sea mejor que primero nos conozcamos un poco más.

En lugar de sentirse decepcionado, Sage me dio un beso suave.

—Lo que tú quieras, cariño.

«Ahora me gusta todavía más».

Me dio un abrazo, reteniéndome durante un buen rato.

—Nunca me habría imaginado que sería tan feliz de que me dieran plantón.

—Yo tampoco.

Me besó en la sien al separarse.

—¿Estás libre el viernes?

—Sí.

—Entonces cena conmigo.

No hacía falta que me lo preguntase dos veces.

—Sería un placer.

—Genial. Nos vemos el viernes, entonces. —Me dio un beso de despedida antes de marcharse.

Me quedé mirando cómo se alejaba hasta que giró la esquina del pasillo, atesorando la visión de ese culo tan bonito durante todo el tiempo.

Entré en el apartamento y llamé al instante a Natalie.

—¿Cómo ha ido? —Había insistido en que la llamara en cuanto acabase la cita.

—Genial. Realmente genial.

—¿Has conseguido decirle que no a que se quedase a dormir?

—Sí… y ha sido duro.

—Bien por ti. Estoy segura de que no ha sido fácil.

Me dejé caer en la silla y me percaté de que ya lo echaba de menos.

—Me gusta de verdad, Nat.

—Lo noto.

—Creo que podría llegar a algún sitio. Y parece que a él también le gusto.

—¿Y por qué no ibas a gustarle? —preguntó—. Eres perfecta.

Puse los ojos en blanco.

—¿Cuándo va a conocerlo Volt?

Contuve la risotada que intentó escaparse de entre mis labios.

—Nunca. No voy a decírselo a Volt.

—¿Por qué no? Creía que era tu mejor amigo.

Recordé la horrible conversación que habíamos tenido hacía tan sólo unos días.

—Empecé a contarle la historia, comenzando por lo de la cita a ciegas, y perdió los papeles… Más de lo que creía que lo haría.

—¿En serio? ¿Por qué te juzga tanto ese tío?

—No tengo ni idea.

—Bueno, tarde o temprano se enterará.

—Sé que lo hará, pero al menos no seré yo quien tenga que decírselo.

«Ni quien tenga que lidiar con sus tonterías después».

—Te entiendo.

—Bueno, debería colgar. Tengo que llamar a Sara y contarle todo lo que te he dicho.

—¿Me has llamado a mí primero? ¡Ooh!

—Pero eso no voy a decírselo.

—O puede que la hayas llamado primero a ella, y que me estés

engañando…

—Hmm… Supongo que nunca lo sabrás.

Se rió.

—Qué bromista.

Capítulo 16

Volt

Derek cruzó corriendo la cancha y dribló, pasándome de largo.

Hice una finta a la derecha y después me lancé a la izquierda, robándole la pelota de las manos. Cargué hacia el lado opuesto de la cancha e hice un mate.

No había más que aire.

—¡Pasos! —gritó Derek.

—No han sido pasos —discutí.

—Sí que lo han sido —insistió.

—A mí me ha parecido limpio —añadió Jared.

—Oh, cállate. —Derek puso los ojos en blanco y recuperó el balón.

—Yo he acabado. —Jared se secó la cara con la camiseta, limpiándosela de sudor y polvo.

—Creo que yo también. —Me senté en el banquillo y vacié mi botella de agua. Era un día inusualmente caluroso en la ciudad para esta época de año.

—Si os preguntan, he ganado yo. —Derek hizo girar la pelota sobre el dedo durante un momento antes de perder el equilibrio y que se le cayese.

—No estábamos contando los puntos. —Me eché algo de agua en la cara para refrescarme.

—Bueno, pues yo sí —dijo Derek.

Era mal perdedor, así que lo dejé pasar.

Jared se sentó junto a mí en el banquillo.

—Así que… ¿Natalie sigue viéndose con ese tío?

Era una pregunta salida de la nada, y me descolocó tanto que me quedé mirándolo. ¿Es que de repente sentía algo por ella? No se había fijado en Natalie ni una sola vez en cinco años. ¿Por qué lo hacía ahora?

—Sí —respondió Derek—. Taylor y ella salieron anoche en una cita doble.

«¿Que qué?».

—¿De verdad? —preguntó Jared—. ¿Y cómo fue?

«Espera, un momento. Taylor me dijo que no se estaba viendo

con nadie».

—A Natalie le gustó, pero supongo que Taylor está completamente prendada del tipo al que conoció —continuó Derek—. Los dos tenían una cita a ciegas, y ninguna de sus parejas se presentó, así que en su lugar se liaron.

«¿Se liaron?».

—¿Cuánto hace que se ve con él?

Derek se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Unas dos semanas?

«Joder».

Jared me miró.

—¿Estás bien, tío? Pareces enfermo.

Ignoré su pregunta. Taylor ya estaba saliendo con una persona mientras yo seguía sentado sin más, intentando entender qué demonios quería. Ahora que sabía que otro tío ya estaba enamorándola nada más acabar una relación, me percaté de todo el tiempo que había malgastado. Podría haber entrado en escena antes de que ningún otro hubiese tenido oportunidad de hacerlo.

«He tenido la ocasión perfecta».

Pero lo había estropeado por cabezota y estúpido.

No estaba listo para tener una relación, no después de la manera en que me habían traicionado, pero tampoco podía dejar marchar a Taylor. No podía perder la oportunidad de estar con alguien a quien le tenía tanto cariño. Era mi mejor amiga, la única persona que había entrado con tanta facilidad en mi círculo íntimo. Era especial.

«No puedo dejarla ir».

Tenía que hacer algo antes de que fuera demasiado tarde.

* * *

No me detuve para ducharme y cambiarme de ropa; fui tal cual iba, con una camiseta sudada y pantalones cortos de baloncesto. Tenía las palmas cubiertas de suciedad, y el sudor me había dejado rayas pintadas en los brazos.

«Pero no tengo tiempo para tonterías».

Llamé a su puerta, pero no respondió, así que llamé algunas veces al timbre y me convertí en la persona más pesada del planeta. Siguió sin responder, así que volví a llamar al timbre una vez más, para estar seguro.

Tuve que aceptar el hecho de que no estaba en casa.

«Pues no sé qué hacer ahora».

Se estaba haciendo tarde, así que debería llegar pronto a casa. No había salido conmigo, así que debía de haberlo hecho con quien

fuera ese tipo de ensueño.

O puede que estuviera pasando la noche en su casa.

La idea me ponía enfermo.

Me paseé de un lado al otro frente a su puerta con tal de tener algo que hacer; me resultaba imposible quedarme quieto ni siquiera durante un segundo. El corazón me latía de forma dolorosa contra el pecho y a duras penas podía respirar.

Tenía que arreglar aquello.

Si tan solo se lo hubiese dicho desde el principio, no me encontraría ahora en esta situación. Cuando la besé en mi cama hubo más química entre nosotros que en toda la jodida tabla periódica. Fue una explosión de sensaciones; era imposible que ella no lo hubiese sentido también.

Sabía que se había sentido atraída hacia mí en el momento de conocernos, y que nos volvimos amigos en cuanto el romance quedó descartado. Así que sí que tenía una oportunidad. Si me ofrecía a darle algo más que una noche, era posible que aceptase.

«Pero he sido un capullo con ella».

¿Querría estar conmigo después de la manera en que la había insultado? ¿Querría estar conmigo después de que me hubiese tomado tanto tiempo intentando entender lo que sentía? ¿Querría estar conmigo después de que hubiese pasado gran parte de mi vida siendo un mujeriego?

«¿Seré lo bastante bueno para ella?».

Las puertas del ascensor se abrieron, y se oyeron voces al otro lado del pasillo. Supe exactamente a quién pertenecían sin necesidad de verlos: Taylor y su cita se dirigían directos hacia mí, susurrando entre ellos como si fueran amantes de toda la vida.

«Joder».

Taylor me vio junto a la puerta, y soltó al instante la mano del tipo.

Pero no la miré a ella. Lo miré a él.

Era de mi altura, con el cabello castaño oscuro. Estaba claro que iba al gimnasio varias veces a la semana, y vestía para impresionar a los demás. Irradiaba confianza en oleadas. Sentí el poco agrado que le producía mi presencia en cuanto poso los ojos sobre mí, un desconocido frente a la puerta de Taylor.

«No me gusta».

«No me gusta que sea guapo».

«No me gusta que no me tenga miedo».

«No me gusta que haya vuelto a coger a Taylor de la mano cuando ella lo ha soltado a propósito».

«Y no me gusta que sea una amenaza».

Taylor se me acercó enseguida, con la preocupación reflejada en la cara.

—¿Volt? ¿Va todo bien?

—Sí, estoy bien. Sólo… sólo quería hablar.

—¿Sobre qué? —preguntó.

—¿Podemos hacerlo dentro? —«Lejos de este imbécil».

—Eh… —Miró a su cita de reojo antes de volver a girarse hacia mí—. Ahora mismo estoy en una cita. ¿No puede esperar?

—No. —No podía esperar ni un segundo más.

—Um, vale. —Se giró hacia aquel tipo y bajó la voz—. Lo siento. ¿Puedo llamarte mañana?

El tipo seguía con el ceño fruncido.

—¿Nos presentas?

—Oh, lo siento. —Taylor se giró hacia mí—. Sage, éste es mi amigo Volt. Volt, éste es mi amigo Sage.

No lo llamó novio, lo cual fue música para mis oídos.

Sage extendió la mano para apretármela.

—Un placer conocerte. —Me la apretó con firmeza, amenazándome.

Le respondí del mismo modo.

—Lo mismo digo.

Los dos apartamos la mano rápidamente.

Sage se giró hacia Taylor y la besó.

—Llámame mañana.

—Lo haré. —Taylor le devolvió el beso.

«Me quiero morir».

Sage se alejó por el pasillo sin mirar atrás hasta llegar al ascensor. Las puertas se cerraron, y por fin desapareció de nuestra vista.

Taylor abrió la puerta y entró en su apartamento.

La seguí.

—Mira, yo…

—Perdona por no haberte hablado de él. —Lanzó el bolso de mano sobre la mesa—. Pero cuando saqué el tema de tener citas online, te pusiste agresivo conmigo, y cuando salía con Drew fuiste un capullo con él en todo momento. Sencillamente no quería lidiar con todo eso. —Lo soltó a cien por hora, parando sólo cuando se le acabó el aire.

La cara se le contorsionó con el estrés y, de algún modo, me pareció preciosa. Siempre me había parecido preciosa.

—Tenías todo el derecho a sentirse así, Taylor. He sido un

idiota. No te culpo. —En ese momento fui consciente de hasta qué punto no me la merecía. Aquel tipo la había deseado nada más verla, mientras que a mí me habían hecho falta cuatro meses para entender que tenía todo un tesoro justo delante. Ella me había deseado, pero yo a ella no.

«¿Qué clase de hombre era yo?».

Solía pensar que sus vestidos y pendientes eran raros. Solía pensar que era despistada. No la había apreciado hasta mucho después de conocerla. Siempre había sido una buena amiga conmigo, y yo sabía que no era lo mejor para ella.

«No me la merezco».

—¿De qué querías hablar? —Cruzó los brazos sobre el pecho.

Mi plan era ir allí y decirle la verdad; iba a confesarle todos mis sentimientos y pedirle que me diera una oportunidad. Pero me di cuenta de que era un plan que no iba a funcionar. Había sabido nada más verlos juntos que a ella le gustaba él.

«No soy yo quien le gusta».

Si lo hacía, sólo conseguiría caer derrotado.

«Derrotado por un corazón roto».

Había tardado demasiado en encontrar una respuesta.

Sólo había una cosa que podía hacer; podía intentar lograr que Taylor volviera a desearme. Podía ser la clase de hombre que quería que fuera. Podía poner el mundo a sus pies y convencerla para que fuera mía sin decir ni una palabra.

«Puedo perseguirla… y esforzarme a muerte».

Y pude que, así, dejara a Sage y me escogiera a mí antes que a él.

«Puede».

—¿Volt?

Podía ser el hombre que se merecía, pero sólo si me esforzaba lo suficiente. Hasta ese punto la deseaba. Estaba dispuesto a abrir antiguas heridas para hacer que funcionara. Estaba dispuesto a que volvieran a herirme con tal de tener una oportunidad.

«Estoy dispuesto a cualquier cosa».

—He tenido un día difícil con Clay… Quería alguien con quien hablar. —Me sentí como un gilipollas al usarlo como excusa, pero si había algo que enternecía a Taylor, eso era los chicos indefensos.

—Oh, no. ¿Qué ha pasado? —Bajó las manos a los lados y se acercó, poniéndomelas al instante en los bíceps.

No podía respirar cuando me tocaba así.

Deseé sujetarla por la cintura y pegarla contra mi cuerpo.

La miré fijamente a la cara, y amé la preocupación que

reflejaban sus ojos. Amaba cuando me miraba así, como si yo constituyera el centro de su mundo, al menos en aquel momento.

—Últimamente no se ha estado concentrando. Parece distraído. —No podía pensar en una mentira más compleja en aquel momento, así que me decidí por algo vago.

—Puede que esté pasando algo en casa.

—Puede…

Entró en la cocina para hacer dos tazas de té.

—Siéntate.

Me senté a la mesa de la cocina, mirándola directamente. De mi té se alzaba vaho, ondeando en el aire. No bebí, sino que mantuve en ella toda mi atención. Deseé que no hubiera una mesa separándonos. Deseé que no hubiera nada evitando que estuviéramos juntos. Deseé no tener que competir con Sage.

«Desearía poder llamarla mía».

A partir del día siguiente empezaría a competir en un juego en el que nunca antes había participado. Lo daría todo para ganarme a una mujer que podría haber tenido mucho antes, pero para ello tenía que convencerla para que estuviera conmigo, y todo eso sin llegar a pedírselo nunca.

«Y tengo que ganar».

Mensaje de Hartwick Publishing

Como los lectores de romántica insaciables que somos, nos encantan las buenas historias. Pero queremos novelas románticas originales que tengan algo especial, algo que recordemos incluso después de pasar la última página. Así es como cobró vida Hartwick Publishing. Prometemos traerte historias preciosas que sean distintas a cualquier otro libro del mercado y que ya tienen millones de seguidores.

Con sus escritoras superventas del New York Times, Hartwick Publishing es inigualable. Nuestro objetivo no son los autores ¡sino tú como lector!

¡Únete a Hartwick Publishing apuntándote a nuestra newsletter! Como forma de agradecimiento por unirte a nuestra familia, recibirás el primer volumen de la serie Obsidiana (*Obsidiana negra*) totalmente gratis en tu bandeja de entrada.

Por otra parte, asegúrate de seguirnos en Facebook para no perderte las próximas publicaciones de nuestras maravillosas novelas románticas.

- Hartwick Publishing